

UN CASO DE CAYETANO BRULÉ

ROBERTO AMPUERO

¿Quién mató a
Cristián Kustermann?



Lectulandia

Carlos Kustermann, un adinerado hombre de negocios, contrata al detective Cayetano Brulé para que investigue el homicidio de su hijo Cristián, pues la policía no ha logrado esclarecerlo y el padre no se conforma con el rumor de que se haya tratado de un crimen ligado a las drogas o a la delincuencia común. Las pistas llevarán a Brulé a Alemania y a Cuba para desentrañar el misterio, pero descubrirá también una sorprendente trama que involucra los vaivenes políticos de una generación que vivió el auge y la frustración de los ideales de la izquierda en América Latina, en la época en que los regímenes de Fidel Castro y Augusto Pinochet agitaban al continente.

Lectulandia

Roberto Ampuero

¿Quién mató a Cristián Kustermann?

Cayetano Brulé - 1

ePub r1.0

Titivillus 16.05.15

Roberto Ampuero, 1993

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ana Lucrecia

*Estoy harta de esas gentes que
mueren cuando prometían tanto.*

KATHERINE MANSFIELD

I

El visitante cerró suavemente la puerta de la pequeña oficina a sus espaldas.

—¿Cayetano Brulé? —preguntó.

La pieza olía a café y a cigarro.

Cayetano giró en su asiento: ante él se erguía un hombre enjuto de ojos celestes deslavados y canas. Vestía un traje de lino oscuro cruzado y una corbata de seda roja, fijada con un prendedor de oro.

—Soy yo —respondió el detective desde detrás del escritorio, el paquete de café *express* aún en la mano, la cafeterita italiana desarmada a sus espaldas.

La luz de la tarde entraba a través de la ventana y caía ahora sobre la nuca y los hombros de Brulé. Colocó el paquete junto a la Olivetti, se puso de pie, intentó secarse las manos con el paño húmedo de las tazas, y alargó el brazo por sobre el escritorio.

—Mucho gusto. ¿Con quién tengo el placer?

—Kustermann, Carlos Kustermann —repuso el visitante estrechando la mano del detective.

Kustermann sonrió mostrando unos dientes esmaltados. Brulé calculó que con la venta de la dentadura, el traje y el reloj podría pasarse dos años sin trabajar.

—Acomódese, que voy a cerrar para que no haya tanto ruido —dijo Brulé, empinándose sobre un lote de archivos y diarios amarillentos acumulados junto a la ventana—. Pasa tanto vehículo abajo que es imposible entenderse.

Kustermann tomó asiento frente al escritorio, en una silla desvencijada. Cruzó una pierna, se desabotonó la chaqueta y vio que el escritorio se lo disputaban un par de archivos, un teléfono, una lámpara con pantalla de paño desteñido, un cenicero repleto de pitillos, la Olivetti, una taza semivacía y ahora el paquete de café. De una pared colgaba un diploma de detective otorgado por una academia de estudios a la distancia de Miami.

—Los micreros están destruyendo la ciudad con el ruido y la contaminación —sentenció Brulé. Se sentó—. Lo que no logró el Canal de Panamá lo van a lograr los micros y los taxis: van a matar a Valparaíso. ¿Un cafecito?

Kustermann sacudió la cabeza.

—Por las mañanas solo bebo agua mineral y jugos naturales.

—Como cubano, solo brindo café fuerte y en taza chica —comentó Brulé acomodándose en su silla.

Se viró y echó unas cucharaditas de café en la cafetera sintiendo el peso de la mirada escrutadora del visitante. Cerró la cafetera y la puso sobre la hornilla instalada en el antepecho de la ventana, detrás de su sillón.

—Me habían dicho que usted era norteamericano...

La decepción de siempre, pensó Brulé. Un gringo está bien en Chile como detective, genera confianza y es sinónimo de discreción, el cubano sirve a lo sumo para bailar pachanga y tocar las maracas.

—Soy norteamericano de pasaporte —aclaró—. Pero nací en La Habana en el 45. Mis padres emigraron a Florida en el 56, tres años antes de que Castro tomara el poder, y allá estudié y trabajé hasta que conocí a una chilena, de la cual prefiero no acordarme. Me convenció de venir a Valparaíso.

—Entiendo.

—Pero al final soy cubano, norteamericano y chileno.

—¿Desde cuándo vive en Chile?

—Desde los años setenta.

—¿Arrepentido?

—Se sobrevive, como usted ve. Lo que pasa es que vengo de un país de clima caluroso, playas prístinas, mulatas y negras sandungueras, donde el ritmo flota en el aire y corre por las venas. ¿Ha leído a Hemingway? —preguntó con una sonrisa nostálgica.

Kustermann asintió con inseguridad. Comentó:

—Chile es muy distinto. Frío y gris.

—Ustedes se consuelan diciendo que es europeo —opinó Brulé.

Se echó hacia atrás su escasa cabellera y se acomodó los gruesos anteojos. Luego se atusó el bigotazo mexicano que usaba desde que había comenzado a quedarse calvo. A menos pelo, más barba, se había dicho veinte años atrás.

—Usted dirá en qué puedo ayudarlo —agregó y acabó con el último buche de café frío que quedaba en la taza. Se revisó los bolsillos de la chaqueta y extrajo una cajetilla semivacía de Lucky Strike.

—Tengo buenas referencias tuyas. Sé que es un detective sagaz, que ha logrado esclarecer casos complicados —dijo el visitante.

—Me alegra que los comentarios sean favorables, porque de esto vivo —replicó el detective—. ¿Se trata de seguir a alguna dama o a algún caballero, robos en la empresa?

—No —respondió Kustermann extrayendo dos habanos de su chaqueta y ofreciéndole uno a Brulé—. Son Lanceros, no necesitan presentación ante un cubano.

El habano tenía el color del nogal, el aroma fresco de la costa y respondía flexiblemente al tacto.

—Diez a doce dólares la unidad —apostó Brulé oliéndolo.

—Un habano de estos no tiene precio —replicó Kustermann y mordisqueó una de sus puntas. Después hurgó en sus bolsillos y extrajo un encendedor dorado—. Disculpe, pero este humo es más sano que el que expelen sus micros.

Lo encendió y el aroma inundó la oficina, recordándole al detective las cafeterías de la Calle Ocho de Miami y los hoteles para extranjeros de La Habana de Castro.

—Usted dirá —repuso guardando el habano en su chaqueta. Se lo fumaría con

calma en casa. Un cigarro así merecía primero un buen trozo de cerdo asado con arroz, frijoles y yuca.

—Se trata de mi hijo, —dijo el visitante e hizo una pausa larga en la que mantuvo sus ojos clavados en la Olivetti. Solo se escuchaba la tos de las micros—. ¿Se acuerda de Cristián Kustermann, el de la pizzería Il Amico de Reñaca, que fue asesinado?

—Sí. Lo recuerdo, y lo siento —masculló Brulé.

—No, no diga nada —interrumpió el visitante—, yo ya sufrí lo que tenía que sufrir, ahora tengo otra tarea: hallar a los asesinos.

Brulé dio una chupada a su cigarrillo y se acarició el bigote. El caso Kustermann había sido muy bullado por cuanto se trataba del hijo de un acaudalado empresario de origen alemán de la región, que había amasado una fortuna con conservas y exportaciones.

—Fue hace unos cuatro meses —recordó—. ¿Aún no detienen a nadie?

—No —respondió el visitante. Sus ojos se clavaron en los de Brulé—. Quiero que se haga cargo del caso. No puede ser que la gente crea que mi hijo fue liquidado por el narcotráfico.

—¿Qué edad tenía?

—Treinta y dos años.

—¿Casado?

—Soltero, pero con variadas historias de pololas —aclaró Kustermann—. Tenía una vida inusual, pero eso lo explica su larga estancia en Europa.

—¿Vivió mucho tiempo allá?

—Desde 1980. A los veintiún años emigró. Volvió en el 90.

—¿Qué hacía? ¿Adónde se fue?

—Interrumpió la universidad y se fue a Alemania, a Bonn, donde comenzó a estudiar varias cosas y trabajó en distintos lugares, sin terminar nunca nada. Lo típico de muchos jóvenes que confían en que los padres les dejarán herencia. Pasó en total doce años fuera.

—¿Herencia? —inquirió Brulé.

—Era mi único hijo, y como usted debe saber, tengo fuerte participación en un par de empresas, además de tierras en el sur.

—¿Y por qué volvió a Chile?

—¡Qué sé yo! —resopló el visitante haciendo girar el habano entre sus dedos—. Nostalgia, desarraigo, desengaños amorosos, afán por prepararse para manejar mis propiedades. Terminó manejando una pizzería...

—¿No era muy estrecha su relación con Cristián, no es verdad? —preguntó Brulé enarcando las cejas tupidas, que con sus ojos café intenso le daban aire de árabe.

El visitante asintió con la cabeza y bajó la vista.

—Siempre fue muy independiente y se alejó joven de la familia. Vivió en Alemania, allá la gente es muy diferente y esa experiencia lo hizo cambiar aún más.

—Discúlpeme, pero ¿por qué me escogió para esto? Me imagino que usted cuenta

con recursos para emplear a investigadores...

—... ¿más caros?

—... de mayor alcance y con más conexiones, diría yo. Yo suelo dedicarme a casos modestos: infidelidades, seguimientos, robos, investigación de antecedentes, en fin, cosas así.

Kustermann miró al cielo. Era un edificio de puntal alto, construido alrededor de 1920, de paredes descascaradas por el tiempo y agrietadas por los terremotos.

—Se lo voy a decir —dijo examinando la etiqueta del habano—. La policía detuvo a tres rateros al mes de ocurrido el crimen, pero la jueza los dejó en libertad por falta de méritos. Según mi abogado, ella estaba en lo justo. La policía sigue dando palos de ciego, y el detective privado que contraté no ha podido ofrecerme una sola pista...

—El caso desapareció pronto de los titulares —dijo Brulé—. Creí que se había resuelto, porque aparentemente era de fácil solución: un asalto que degenera en asesinato por la resistencia de la víctima.

—Quiero que se haga cargo de este caso y se dedique por entero a él, le pagaré bien y correré con todos los gastos que tenga —aseguró Kustermann sin perder la calma ni la postura elegante con que mantenía en alto el habano.

—Ahora tengo varios casos...

—... de monta menor, me imagino —repuso el visitante y consultó su reloj de oro.

—Pero me debo a mi clientela y no puedo dejarla abandonada.

—Estoy hablando de dos millones de pesos para comenzar —insistió Kustermann. Volvió a aspirar el habano—. Si esclarece el asunto puede duplicar esa suma, y todos los gastos extras corren por mi cuenta. Necesito la verdad y limpiar el nombre de mi hijo y mi familia.

Lo despertó el olor a salitre y a azaleas que se filtraba por la ventana entornada. La bahía brillaba como un medallón de plata y aún reinaba el silencio en los cerros. Era una buena mañana para Cayetano Brulé: Kustermann había hecho una oferta tentadora, la mejor que había logrado en sus años de investigador.

Se preparó un *express* y tostó un pan batido. Después recogió el diario del antejardín y aprovechó de dejar en libertad a Esperanza, la perrita callejera que le habían regalado ya no recordaba cuantos años atrás. Eran las nueve. Kustermann había quedado en llamarlo al mediodía para pasarle un anticipo.

Telefonó a Margarita Flores, la dueña de La Porteña, una agencia de empleo ubicada en el barrio del puerto, y le pidió información sobre los Kustermann. La mujer, que a veces se quedaba por las noches en casa de Brulé, era una excelente fuente de información gracias a sus empleadas domésticas, que conocían al dedillo la vida de la gente bien de la ciudad.

—Las empleadas son los espías más antiguos del mundo —se ufanaba Margarita cada vez que Brulé la consultaba.

La Porteña, «la agencia de la mujer elegante», funcionaba en dos piezas del segundo nivel de un descolorido edificio de cuatro pisos que miraba hacia la fuente seca de la plaza Echaurren.

—No te preocupes —lo calmó Margarita al otro lado de la línea—, conozco a una niñera empleada en la avenida donde viven los Kustermann, ya veremos.

A las diez, tras una afeitada sin cortes, que aprovechó para rebajar las puntas rebeldes de su bigotazo, Brulé salió al Paseo Gervasoni, donde lo saludó una brisa cargada con los ecos del puerto. Avanzó por los adoquines, con el malecón repleto de barcos de telón de fondo, y observó por unos instantes el Café Turri. La casona blanca con sus balcones y ventanales parecía un velero dispuesto a despegar del cerro e internarse por el Pacífico. Entró al ascensor, que resbaló quejumbroso sobre los rieles hasta hundirse en la ciudad.

Abordó un *trolley* y se apeó en el mercado de antigüedades de la plaza O'Higgins. Lo cruzó atusándose el bigote y echando vistazos furtivos a los libros de ocasión. Buscaba entre el gentío a Moshé Dayan.

Descubrió al lustrabotas tuerto en el lugar de siempre: sentado a ras de suelo, el diario de la mañana entre las manos teñidas, un parche negro cubriéndole el ojo derecho. Se guarecía bajo un quitasol deshilachado de la Coca Cola, que en invierno le servía de paraguas.

—¿Te acuerdas, Moshé, del crimen del dueño de la pizzería de Reñaca? —preguntó Brulé tirando de sus pantalones antes de tomar asiento en la frágil silla de los clientes.

—¿El del cabro ricachón? —consultó el ojo bueno parpadeando a la altura de los botines de Brulé.

Una mano azul le alcanzó al detective *La Cuarta* con su ración diaria de mujeres desnudas y escándalos.

—El mismo.

—Nunca se aclaró. Ahí no más quedó la cosa —respondió Moshé Dayan. Sus manos esparcieron el betún sobre el cuero con movimientos eléctricos—. Y la pizzería pasó a manos de un argentino que dicen que es pantalla de un boliviano.

—¿De un boliviano metido en la droga?

—Seguro, creo que todo es una movida del gobierno de La Paz, ¿no ve que los bolivianos no pueden adquirir en Chile propiedades que den al mar?

Moshé volvió a pasar el escobillón por los botines. Luego extrajo de un cajoncito una botella y aplicó la tinta al calzado con un cepillo dental. Brulé sintió un cosquilleo. Desde arriba solo veía la calva manchada de pecas del lustrabotas.

—Dicen que a Cristián Kustermann lo mataron los de la droga —masculló Brulé hojeando el diario.

Moshé sacó lustre con un paño grueso y replicó:

—Se dicen tantas cosas.

Los compases de un tango, emanados de un organillo, comenzaron a revolotear por la plaza. Un niño pidió le compraran una pelotita de aserrín. Brulé plegó el matutino y lo devolvió, después hurgó en los bolsillos de la chaqueta hasta hallar un billete de mil pesos. Dijo:

—El vuelto es tuyo si me averiguas si la víctima tenía cuentas pendientes con los camellos de la droga.

—Es un caso difícil, don Caye, ¿no ve que pueden estar involucrados los bolivianos? Por menos de cinco no pongo la cabeza bajo la guillotina.

Lo había afirmado con tono decidido, sin dejar lugar a dudas, colocando al mismo tiempo el periódico debajo de la silla.

—Te estás poniendo muy caro —advirtió Brulé.

—Lo que sabe Moshé Dayan no lo sabe nadie.

El detective extrajo de su billetera un billete rojo y se lo entregó al lustrabotas, que había hecho de la aversión a los países vecinos su filosofía de vida.

—Vengo en un par de días —anuncio Brulé bajando de la silla—. Si no tienes nada, te denuncio al ejército como espía boliviano.

Cayetano Brulé arribó a su oficina cuando Bernardo Suzuki recalentaba el café de la víspera.

Su asistente era hijo de un marinero japonés que había atracado por unas horas en Valparaíso en la época en que en el puerto se vivía mejor que en Kyoto. De su madre chilena, muerta de una pulmonía tras años de alegres jornadas de trabajo al aire libre, no había sacado nada, salvo el idioma y el pasaporte. De su padre japonés el resto. Vale decir, todo.

Limpiando la oficina y ordenando los archivos de Brulé, engrosaba los escuálidos ingresos que obtenía con su kiosco de fritangas del barrio del puerto. El Kamikaze, que abría a las doce de la noche y cerraba cuando se iba el último cliente, era a decir verdad un varadero de prostitutas viejas, homosexuales nostálgicos y marineros aburridos.

—Un tal Carlos Kustermann llamó y dijo que lo espera a la una en el Café Riquet —anunció Suzuki detrás del escritorio, donde recortaba noticias de la página policial de *El Mercurio*—. ¿Quién es ese señor de apellido tan complicado?

—Un nuevo cliente, Suzukito, ya te explicaré —replicó Brulé apoyando sus palmas sobre los recortes—. Por ahora encárgate de averiguar qué comenta tu distinguida clientela sobre Cristián Kustermann.

—¿Quién es ese señor?

—Era el dueño de la pizzería Il Amico de Reñaca, que fue asesinado el año pasado. Hasta la fecha no se sabe quién lo mató. Unos creen que fue la droga.

—Si fue la droga, se sabría.

Brulé se rascó una oreja y precisó:

—Aprovecha de recolectar todos los recortes que tengamos sobre Kustermann. El asesinato ocurrió hace como cuatro meses.

—Ah, antes que se me olvide —apuntó Suzuki tras un largo bostezo—, llamó Margarita y dijo que el señor Kustermann vive solo con su esposa, sin hijos, y que son malos patrones, exigentes y tacaños.

—Me lo imaginaba —repuso el detective—, para tener dinero hay que saber no derrocharlo.

Poco después de mediodía, cuando el sol pegaba fuerte y encandilaba, y los porteños aguardaban a que el viento refrescara la ciudad, Brulé volvió a la calle.

Kustermann lo esperaba en una de las mesas del fondo del café Riquet ante dos *pisco sours*. Tras saludarlo, extrajo su chequera y llenó un cheque con una impecable Parker 51.

—Aquí está el anticipo. El resto cuando haya resultados de algún tipo.

El detective echó un vistazo al documento. Banco Santander, dos millones. No

estaba mal. El *pisco sour*, helado y fuerte, le vino al pelo. Ordenaron el menú del día: *cocktail* de camarones, crema de tomates, y un bistec a lo pobre, lo que amenizaron con un Casillero del Diablo.

—Anoche estuve conversando con un amigo de Investigaciones y con el jefe de la página policial de *El Mercurio* —dijo Brulé.

Cristián Kustermann había sido sorprendido en la noche, poco antes de cerrar, mientras cuadraba la caja en su oficina. Los asaltantes, que llevaban el rostro cubierto con medias de mujer, habían disparado cuatro veces sobre la víctima, se habían apoderado del dinero y habían huido ante la impotencia de los empleados de la pizzería.

—Todo hace presumir que se trató de un asalto, y que su hijo prestó resistencia —agregó el detective—. Habrá que investigar en los bajos fondos, buscar dateros... Aunque no le puedo ocultar que habría que manejar también la otra alternativa.

Kustermann levantó los ojos inquieto.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—Podría haberse tratado de un asesinato premeditado.

—No me diga que usted va a hacer caso a los rumores y va a vincular a mi hijo con el narcotráfico.

—Aquí hay dos alternativas —precisó Brulé—. O estamos ante un crimen circunstancial o ante un homicidio premeditado. No necesariamente se trata de droga, si le tranquiliza.

El empresario terminó su *cocktail* de camarones en silencio.

—Por eso necesito saber todo de la vida de Cristián —insistió Brulé—. ¿Sospecha usted de alguien? Me refiero a alguna persona cercana a él, amigo, amante, alguien que le adeudara dinero o alguien con quien hubiese tenido disputas.

—No, no puedo imaginar que alguien hubiese querido matar a Cristián. Un padre nunca puede imaginar motivos para el asesinato de su hijo —reconoció el empresario—. Pero en realidad uno nunca sabe, un dueño de restaurante se complica fácil con sus parroquianos o sus suministradores de alimentos... No sé.

—Tenía polola, me imagino...

El tradicional café comenzaba a llenarse. Kustermann se miró las uñas y reaccionó:

—Era una estudiante. Paula Gómez. Vive en Playa Ancha, cerca de la universidad. Es una mujer separada, inteligente, mayor que él. Clase media que se desdibuja con el ocaso de Valparaíso.

—¿Nunca habló de casarse con ella?

El empresario esperó a que el mozo retirara las copas vacías y sirviera la crema.

—Era un noviazgo sin consecuencias, al menos esa era la imagen de la relación que dejó Cristián para tranquilidad mía y de mi esposa.

—¿Cómo?

—No nos parecía la mujer adecuada para él...

—¿Por qué no?

—Paula era separada y cinco años mayor que Cristián. Nosotros esperábamos que Cristián se casara algún día por la iglesia y nos diera nietos —Kustermann hizo una pausa para pasarse la servilleta por los labios. Usaba colleras de oro.

—Entiendo.

—Además se trataba de una mujer muy radical en sus apreciaciones políticas —agregó—, muy marcada por las medidas que tuvo que tomar el régimen militar. ¿Me entiende?

—Entiendo.

—Demasiado izquierdista para el gusto de mi esposa y el mío, para ser claro.

—¿Y su hijo?

El empresario elevó la copa de vino, ignorando la pregunta.

—Porque usted pueda aclarar las cosas —dijo con una sonrisa sin convicción.

Era un excelente vino reposado.

—Sabe, Cristián era gremialista en la universidad, después perdió el entusiasmo inicial, se fue de Chile, y volvió cambiado de Alemania. Políticamente cambiado. No sé.

—¿Militaba en algún partido?

—Nada de eso —exclamó Kustermann en tono enfático—, era un ser emprendedor, pero solitario, los partidos no lo convencían, desconfiaba de los políticos, como la mayoría de los jóvenes.

—Volviendo a Paula —interrumpió el investigador—, ¿usted cree que estará dispuesta a brindarme información?

Kustermann le dijo que la mujer había entregado numerosos antecedentes a la policía civil y a Carabineros, y que no veía motivos que la indujeran a modificar su actitud. Le recomendó que no le mencionara que venía de su parte.

—Necesito además los nombres de los exempleados de Cristián —añadió el detective.

—Según tengo entendido, todos siguen en el mismo local, que pasó a manos de un arquitecto argentino de origen italiano, Stefano Alessi —replicó Kustermann.

Brulé se acarició las puntas del bigote y enarcó una ceja.

—¿Conocido de Cristián?

—Sí, amigos y competidores. Alessi tenía antes una pizzería de regular desempeño en Viña del Mar. Se llevaban bien, el público que transita por Viña, usted sabe, no es tan exclusivo como el del balneario de Reñaca, por lo que no se hacían competencia real.

—Tendré que hablar con Alessi y sus empleados, y también con Paula —masculló Brulé—. Además me interesa saber dónde puedo hallar efectos personales de Cristián.

—Están en lo que fue su departamento. Tenía uno pequeño en el edificio Caribe, en la plaza de Viña del Mar. Está tal como lo dejó, porque no hemos tenido fuerza

para entrar allí desde entonces...

—Necesito ingresar a la vivienda.

—Le haré llegar las llaves.

Paula Gómez vivía con sus padres en una casona destartada de dos pisos y balcón de la calle Santa María, en cuyos muros de calamina reverberaba el sol y se retorcían las bignonias. Dominaba la bahía y desde sus ventanas altas se distinguían las banderas de los barcos atracados al puerto.

Cayetano Brulé cruzó a eso de las cuatro de la tarde el empedrado de la calle solitaria. Empujó una puerta de hierro oxidada que cedió chirriando para internarse por un senderito deslindado por helechos y flores del inca, y ascendió la escala de mármol que conducía a unas mamparas de vidrio empavonado.

La mujer estaba sola en casa, pero lo invitó a pasar. En el living, de puntal alto, descollaban gruesas vigas al aire, una chimenea enorme y muebles desvencijados.

—No tengo deseos de pasarme el resto de mi vida hablando de Cristián, pero tome asiento —advirtió ella dejándose caer resignada sobre un sillón tapizado en terciopelo desgastado. Los jeans se le apretaban a las pantorrillas.

Tenía el rostro demacrado y los rasgos duros que se le acentuaban por el cabello corto. Las bolsas bajo los párpados revelaban una época tormentosa, y pese a ello, su contextura fuerte y bien proporcionada la hacía atractiva a los cuarenta años.

Brulé tuvo la impresión de que para Paula no existía diferencia entre la función de los investigadores oficiales y la suya. Para ella casi todos los detectives habían servido al gobierno militar y por lo tanto merecían ser tratados con desconfianza. La mujer se levantó con las manos en los bolsillos y le ofreció un té. Brulé aceptó y encendió un cigarrillo.

—Con Cristián terminamos el invierno pasado. Fue duro para ambos, no para sus padres —dijo Paula y se perdió por la puerta que conducía a la cocina.

Desde allá, confundida con el ruido de tazas y platillos, llegó su voz aguda, pero serena:

—Nunca me aceptaron. Cuestiones sociales. Usted ve como vivimos, sin lujos, nada nos falta, pero estamos a años luz del tren de vida de los Kustermann.

Paula reapareció portando una bandeja con dos tazones.

—¿La relación de ustedes terminó por la presión de los padres de él o por conflictos entre ustedes? —preguntó Brulé aceptando un tazón.

—Difícil saberlo. ¿Azúcar? Estas cosas se agravan cuando hay oposición de los padres. Además no fue tanto tiempo. Terminamos tres meses antes de que...

—¿Pensaron alguna vez en casarse?

—Era muy complicado —dijo ella deteniéndose en medio de la sala—. Soy divorciada.

—De todas formas pudieron haberse casado por el civil.

Ella sacudió la cabeza y lanzó un chasquido con la lengua. Después comentó:

—Se nota que usted no concede valor a las solemnidades.

—Cristián era emocionalmente inestable, ¿no es así? —dijo Brulé cambiando un tanto el tema.

Paula colocó la bandeja en el piso, junto a su sillón. No se sirvió azúcar.

—Era huraño, pero cariñoso —repuso—. No le gustaba hablar de su pasado, solo a retazos contaba algo. Creo que fue su experiencia en Alemania lo que lo marcó.

—¿En qué sentido?

Ella hizo una pausa. Sus ojos cafés pasearon por la sala, evitando los del investigador.

—Sí —continuó—, tengo la teoría de que... pero, bueno, ¿de qué sirve?

—Todo puede serme útil...

—A veces me parece que todo esto es perder el tiempo. ¿Me puede ofrecer un cigarrillo? Lo necesito, estoy fumando como nunca antes. ¿Usted cree que todo esto tiene sentido? Sabe, la muerte es irremediable.

Paula mantenía la vista baja, aferrándose al tazón y al cigarrillo.

—¿Cuál es su teoría? —insistió el detective. Se rascó el cuello.

—Siempre he pensado que no contaba toda la verdad sobre su estadía en Alemania, y que por eso era tan discreto y misterioso. Varias veces descubrí contradicciones en sus versiones. Le costaba ordenar ciertos sucesos. No sé si me entiende.

—Entiendo —respondió el investigador desconcertado—. ¿No cree usted que el homicidio pudiese haber estado relacionado con algo que pasó en Alemania? ¿No se habrá vinculado con delincuentes de los cuales quiso escapar volviendo a Chile?

Paula lo miró fijo. Brulé sintió que sus ojos lo perforaban.

—¿Droga, cree usted?

—Pudiera ser.

La mujer bajó la vista pensativa, apretó los labios. Dio una chupada al cigarrillo.

—Era inestable —continuó—. Una persona de insomnios y pesadillas. Pero eso se le agravó en los últimos meses. Varias veces despertó empapado en sudor, gritando, pero nunca me contó qué le ocurría. No, nunca le hizo a las drogas.

—¿No se dedicaría a su comercialización?

Ella soltó un resoplido y aspiró el cigarrillo. Dijo:

—Habría tenido dinero, y no lo tenía. El capital de su pizzería consistía en un préstamo de su padre, que lo hacía sufrir.

—¿Por qué?

—Hubiera preferido haber sido completamente independiente.

—¿Usted cree que el nerviosismo de Cristián se agudizó poco antes del homicidio? ¿Como si hubiese habido, digamos, amenaza de por medio?

—No sé —respondió Paula meneando la cabeza varias veces.

Brulé se puso de pie y caminó hacia la chimenea lanzando una voluta de humo. Indicó hacia una pequeña escultura en madera: una mujer desnuda arrodillada con los

brazos en jarra. La figura no era más alta que una vela, y se destacaba sobre la repisa, cerca de un reloj de mesa detenido.

—Tenía gran facilidad para el trabajo manual, era un artista —dijo Paula. Tomó la estatuilla con delicadeza y se la pasó al detective—. Supuestamente soy yo, pero con rasgos negroides: senos pequeños, caderas generosas y trasero prominente. Así le gustaban las mujeres, decía él.

En realidad no había parecido alguno entre esa figura de líneas sensuales y los rasgos severos de Paula, concluyó Brulé.

—Era además un ser con una gran sensibilidad —continuó Paula.

—¿Qué significa eso?

—Escuche:

«Me gustan, querida, las casamatas y las troneras, las ergástulas y las almenas y el puente levadizo de tu desnutrida ideología».

—¿Qué es eso?

Ella sonrió con un deje nostálgico y dijo:

—Un poema de Cristián «Versos para una muchacha dogmática», supuestamente esa era yo.

El detective quedó desconcertado. De lírica entendía poco. Preguntó:

—¿Tuvo otras mujeres?

Ella le arrebató la escultura de las manos y la colocó delicadamente sobre la chimenea. El detective tuvo la impresión de que había cometido una grave imprudencia.

—Entiéndame, estamos hablando de un hombre maduro que era soltero —continuó acariciándose el bigote—. Estamos buscando indicios que eventualmente no fueron advertidos por las investigaciones anteriores.

—La fama de mujeriego se la ganó en Alemania. En Viña le seguían llegando cartas de mujeres desde Alemania. «No son mujeres para mí», comentaba Cristián, aunque contestaba a veces.

—¿Con quién se escribía?

—¡Qué sé yo!

—¿Hombres? ¿Mujeres?

—No sé.

Paula volvió a tomar asiento en su sillón. Él se paseó por el living.

—¿No tenía enemigos? —continuó Brulé—. Me refiero a posibles maridos engañados, comerciantes a los que les adeudara algo o acreedores.

—¿Pero qué imagen tiene usted de él? —preguntó la mujer tras beber de su tazón—. Cristián inició su pizzería con el capital que le prestó su padre. Pagaba puntualmente el alquiler, que era bajo, porque lo caro había sido el derecho a llaves, y se «defendía», como decía. Nada espectacular. Reñaca es solo la temporada veraniega.

—¿Y qué tipo de gente frecuentaban ustedes?

—Cristián era de pocos amigos. Un par de veces intenté llevarlo a fiestas y encuentros con compañeros de mi universidad, pero no le gustaba. La pizzería le consumía el tiempo. Que ir a comprar la harina y el queso, que los cocineros están robando, que la atención decaía si estaba ausente. En fin —resopló—, un negocio muy sacrificado.

—A lo mejor no le gustaban sus amigos demasiado izquierdistas, demasiado dogmáticos. La universidad de Playa Ancha es famosa por su tendencia —repuso el detective paseando por el living.

—Usted está prejuiciado, la universidad tiene un magnífico nivel académico.

—¿Qué estudia usted?

—Estudié pedagogía en alemán. Ahora estudio filosofía y letras.

—¿Y sabiendo alemán no leyó las cartas que recibía Cristián? —inquirió Brulé.

Ella apagó el cigarro en el platillo y le devolvió una mirada de reproche.

—Era un tipo con mucha sensibilidad social —continuó. Cruzó una pierna en su asiento. El jeans se lo permitió apenas—. Le exasperaba que en este país de tanto crecimiento económico hubiera tantos pobres. Decía que era una bomba de tiempo que podía estallar en cualquier momento y acabar con la democracia.

—¿Cuál era el mejor amigo de Cristián?

—Samuel. Samuel Léniz, de Santiago.

El investigador se detuvo ante Paula.

—¿A qué se dedica Léniz?

—Tiene una pequeña empresa de publicidad. Estudió en Alemania, igual que Cristián. No lo veo desde el entierro.

—¿No lo vio más?

—Me llamó un par de veces después del funeral. No lo quise ver. Era reeditar el pasado.

—¿Me puede dar su teléfono para ubicarlo?

—Llámeme mañana y se lo doy.

Brulé continuó su paseo por la sala.

—Volviendo a Cristián: ¿Era izquierdista?

—No. Más bien conservador. Uno de los pocos derechistas con sensibilidad social, empantanado en un mar de contradicciones, por lo mismo.

—¿Usted es comunista?

—Hágame el favor —respondió ella molesta—. Esas preguntas se acabaron en este país con la ida de Pinochet.

—Es probable que en el transcurso de mi investigación —continuó el detective— surjan nuevos elementos que me obliguen...

—¿A hablar conmigo nuevamente? No, estoy cansada de estos interrogatorios que solo sirven para mortificarme aún más la vida. ¿No cree que tengo derecho a mi vida privada?

Su tono era ahora francamente agresivo. Brulé percibió que estaba poniendo en

peligro una fuente informativa.

—Creí que el mismo amor que sentía hacia Cristián la haría cooperar conmigo —añadió en tono conciliatorio.

—Descubrir al asesino no cambia el hecho fundamental, que es que Cristián ya está muerto y enterrado, señor Brulé.

En ese momento se abrió la mampara de la calle y entró un hombre cincuentón de barba y anteojos.

—Jaime, el señor Brulé, un detective —dijo Paula recibiendo sin entusiasmo al recién llegado. Luego se dirigió a Brulé—. El profesor Carrasco es mi compañero.

Carrasco besó a Paula en la boca y lanzó un buenas tardes de pocos amigos al investigador. Luego cruzó la habitación, y desapareció por la puerta de la cocina. A juzgar por el ajetreo, se preparaba un té.

—Le pido que se olvide de mí, señor Brulé —suplicó Paula—. Deseo rehacer mi vida, olvidar lo sucedido y comenzar de nuevo, no tengo mucho tiempo por delante. No vuelva más, se lo ruego.

Al cruzar el jardín, Cayetano Brulé cortó un clavel rojo y lo prendió en el ojal del *vestón*. Salió al adoquinado cuando el sol ya buscaba el mar y los pelícanos planeaban sobre Playa Ancha.

Él era un nombre. Su nombre con todo el ritmo y la música de esas dos palabras heredadas que en su sonoridad perfecta y sensual sugerían una gran empresa instalada en las colinas de la Toscana: Stefano Alessi.

Alquilaba una pizzería con ventanales, manteles corinto y velas frente a las olas del balneario de Reñaca. Poseía un Mercedes rojo descapotable, un cuerpo fibroso, ojos pardos grandes y soñadores, y una gran calva que marcaba sus facciones viriles.

—No tengo tiempo para hablar con usted —le dijo a Cayetano Brulé, mirándolo de arriba a abajo con las manos enfundadas en unos pantalones de cuero negro demasiado ajustados para los cincuenta años que representaba.

Estaban en la puerta del local. Más allá, el Pacífico se tragaba lentamente al sol y del cielo se desprendían retazos de un manto anaranjado. La voz de Charles Aznavour la apagaba a ratos el estruendo del mar. En la playa retozaban algunas parejas bajo el vuelo triste de los pelícanos.

—Insisto —dijo Brulé posando una mano sobre el brazo velludo de Alessi—, se trata de algunos detalles que me interesan sobre Cristián. Podemos solucionarlo en un par de minutos, y cada uno sigue tranquilo por su camino.

—Esto es un restaurante exclusivo, no una estación de Carabineros. Yo ya dije todo lo que tenía que decir, y el caso está cerrado para mí.

Había bajado la voz por consideración a los primeros parroquianos.

Brulé se atusó el bigote. El dueño se mostraba intolerante y conocía sus derechos. Por la tarde no se había dignado a devolver las reiteradas llamadas telefónicas de Suzuki para concertar una cita, y había reaccionado visiblemente molesto ante la repentina aparición del detective.

Alessi se libró de la mano de Brulé y se dispuso a cerrar la puerta de vidrio.

—Disculpe.

El detective colocó el pie en el dintel.

—Si usted se niega a cooperar, esta semana se le puede llenar el localcito de atorantes rosqueros, y si hay puñetazos, no me culpe a mí.

—Sígame —recapacitó Alessi.

Cruzaron la sala en dirección al despacho. Los comensales hicieron silencio al verlos pasar, y murmuraron algo ininteligible al cerrarse la puerta.

Ese era el lugar por donde habían ingresado los asesinos. No tenía ventanas, solo dos puertas y un techo bajo. Reinaba allí una oscuridad fresca. De la lamparita de bronce del escritorio caía un haz de luz sobre facturas corcheteadas. La segunda puerta, entornada, comunicaba con la cocina. Desde su umbral los empleados habían observado impotentes la huida de los asesinos. La víctima había sido acribillada mientras trabajaba en el escritorio, probablemente el mismo donde Alessi se

acomodaba ahora.

—¿Qué quiere saber? Me carga andar con *ratis*, envenenan el ambiente. Ya, apúrese, que estoy con poco tiempo —advirtió el nuevo dueño de Il Amico echándose hacia atrás en el sillón.

—¿Desde cuándo conocía usted a Cristián?

—Desde que se instaló en este lugar. Usted sabe —agregó haciendo un gesto vago con una mano—, la gente del ambiente se conoce rápidamente, sobre todo si tiene proyectos similares.

—¿Qué relación tenía con Cristián?

Alessi apoyó sus codos en el escritorio y comenzó a morderse la uña del pulgar izquierdo. En la semipenumbra se había convertido en una silueta.

—Era un mal comerciante.

—¿Por qué?

—Un buen amigo, pero un tipo muy idealista, de gran corazón, demasiado grande para un comerciante. En este rubro hay que saber ser hijo de puta o si no se lo comen a uno.

—¿Y Cristián?

Alguien ingresó por la puerta de la cocina y encendió el tubo de neón del techo. Era una rubia despampanante con minifalda ajustada y blusa roja. Más que una mujer sensual, era una parodia de mujer sensual bajo el resplandor pálido de la luz.

—Disculpe, mi amor, ¿les sirvo un aperitivo o algo por el estilo?

No tenía más de veinte años. El rostro tostado y lozano. Sus ojos azules observaron con indisimulada reprobación el terno de poliéster y la corbata lila de Brulé. En ese ambiente había que vestir lino y seda.

—No, Cuca, gracias —se apuró en responder Alessi.

El detective, que se deleitaba con las piernas bronceadas de la Cuca, extrajo un cigarrillo, lo encendió y espetó:

—Yo le agradecería un buen Bacardi, mientras más antiguo mejor.

La Cuca y Stefano intercambiaron una mirada ácida, tras lo cual ella abandonó el despacho.

—Vamos a ver si en este restaurante de categoría tienen el Bacardi añejo o el ron barato de los boliches de Valparaíso —comentó el detective—. Pero, sigamos: ¿qué quería decir usted de Cristián?

—¿Cómo se lo digo para que usted entienda y no me enrede en sus asuntos? Era un tipo muy contemplativo, lleno de ideales e interrogantes sociales, muy moralista. En cuanto tomaba unos tragos comenzaba a hablar de política.

—¿De política? ¿Y no de mujeres o de gente que le adeudaba dinero o favores?

—Tenía sus historias y gente que le debía dinero, pero no tanto —insistió Alessi—. Pero la política le partía el alma, tenía muchos complejos de culpa. Yo creo que estaba chiflado un poco —puntualizó tras una pausa. Tomó un clip, lo desdobló y se lo paseó por los labios—. Sí, quien se arrepiente de cosas que no ha hecho, está

chiflado.

El cuadro que me pinta este ítalo-argentino alcanza más para un suicidio que para un crimen, se dijo Brulé dando una chupada.

La Cuca volvió a aparecer. Esta vez con una botella de Bacardi añejo virgen y un vaso con hielo. Sirvió ron sin mediar palabra, ni levantar la vista, y volvió a desaparecer con un *caminao* que Brulé solo había visto en La Habana.

—¿Era comunista Cristián?

—Era un tipo jodido, cuando muchacho había apoyado al gobierno militar, y en sus borracheras se lamentaba por los muertos y desaparecidos de la represión, lo que aquí, entre nosotros —precisó Alessi a manera de paréntesis—, no fue nada; en Argentina sí que desapareció gente.

—¿No le confesó alguna vez que hubiese cooperado con la policía política? —inquirió Brulé. Luego se enjuagó la boca con un largo sorbo de ron y se desató el nudo de la corbata sin dejar de mirar a Alessi.

—No. Nunca detalló. Solo deploraba los muertos y los desaparecidos.

—¿Revolucionario entonces?

—No, tampoco. Yo diría que el tipo creyó una vez en el comunismo y tras su experiencia europea se sintió defraudado, y andaba en proceso de reorientación. ¡Todo un drama típico pequeñoburgués, he de decirle! —precisó Alessi—. ¡Un tipo a esa edad debe guardarse las teorías políticas en el culo y dedicarse a ganar la guita!

—¿Y usted habría obtenido este local sin la muerte de Cristián Kustermann?

—¿Pero qué quiere decir usted con eso? ¿Me quiere culpar acaso del asesinato? —exclamó Alessi poniéndose la mano en el pecho—. Es la cosa más absurda que he escuchado.

—Limítese a contestar o me verá obligado a levantar la voz de cubano que tengo, y he de decirle que se escucharía hasta la playa, mi amigo. Repito: ¿habría conseguido este local con Cristián vivo?

—Claro que no. Lo obtuve porque quedó libre tras la muerte de Cristián. Como lo conocía, le ofrecí a su familia traspasarme el contrato y así lo hicieron.

—¿Y por qué dejó el centro de Viña del Mar?

—Esta es una mejor ubicación, especialmente en verano. Los que vienen a Reñaca o viven aquí son gente de dinero, eso lo sabe todo el mundo.

—¿Dónde estaba usted el día del asesinato de Cristián?

—¿Pero usted está loco? —exclamó incrédulo Alessi—. Todo el mundo me vio esa noche en mi antiguo restaurante, eso está constatado por Investigaciones.

Brulé vació el vaso, dejando los cubos de hielo, se puso de pie y dio por terminada la conversación.

—Mire, ahora me interesa hablar con su gente —precisó—. Entiendo que trabajaban también con Cristián.

—Con los que quiera, pero no hoy, que están laburando. Si quiere, se los cito para mañana antes del mediodía. Pero ahora tienen que trabajar, es un buen día en una

buena temporada —replicó Alessi poniéndose de pie con una sonrisa forzada y enterrando dificultosamente las manos en los bolsillos de sus pantalones.

A la mañana siguiente, Cayetano Brulé se descolgó del Cerro Concepción después de su cafecito y Lucky Strike acostumbrados, y se dirigió al edificio de la Policía de Investigaciones. El cielo estaba encapotado y corría una brisa fresca.

Gracias a las gestiones de Pancho Linares, accedió a los documentos policiales. En un cuarto azumagado y oscuro, enterrado en el sótano del edificio, echó un vistazo a las declaraciones tomadas cuatro meses atrás a los empleados de la pizzería.

Linares, un hermano de Margarita, trabajaba en el archivo y acostumbraba a cederle por espacio de unas horas copias de las investigaciones que precisaba. A cambio de esto, Brulé le conseguía por intermedio de Suzuki datos de los bajos fondos y una que otra mujer ocasional que comenzaba a hacer sus armas en el oficio más antiguo del mundo.

Después volvió a casa y llamó a Samuel Léniz a Santiago, al número que Paula Gómez le había comunicado. Parecía un tipo jovial, al menos por el tono de su voz. Se mostró interesado en la investigación e incluso anunció que disponía de detalles que podrían interesar al detective. Acordaron encontrarse el sábado próximo en el restaurante del Bote Salvavidas de Valparaíso, pues Léniz pasaría ese fin de semana en la costa.

Brulé salió silbando al Paseo Gervasoni, empujó calle abajo su destartado Lada hasta hacer arrancar el motor, y enfiló hacia Reñaca.

Llegó al restaurante Il Amico poco antes de las diez y aprovechó de dar un paseo por los alrededores. El balneario estaba desierto y por sus calles, azotadas ese día por una brisa con bruma, paseaban escasos transeúntes.

En la puerta del local lo aguardaba Guillo Bermúdez, un copero. Lo recibió fríamente con sus ojos aindiados y lo invitó a pasar a la oficina de Alessi, donde lo esperaban el cocinero Mario Guerrero y el copero Ramón Leal. Del personal del desaparecido Il Amico, unas ocho personas, solo estos tres habían presenciado la huida de los asesinos.

—Es poco lo que podemos decirle —advirtió Bermúdez. Arriba parpadeaba el tubo de neón—. Todo lo que teníamos que decir se lo dijimos a Investigaciones y está en sus archivos.

—No sé en qué lo podemos ayudar, tenemos poco tiempo, el turno nuestro ya comenzó, y gracias a don Stefano es que estamos aquí, sin hacer nada en nuestra hora de trabajo —precisó Guerrero.

Era un tipo bajo y grueso, que aferraba entre sus manos un jarro metálico con café.

—Gracias por aceptar conversar conmigo —dijo Brulé abriendo con parsimonia una cajetilla de cigarrillos. Nadie lo invitó a sentarse, pero él se ubicó en la silla del

día anterior. El trío se mantuvo de pie, como insistiendo en la premura—. Entiendo que ustedes son los únicos que vieron algo, y probablemente quienes más conocían al dueño del restaurante.

Los hombres asintieron en silencio. El investigador golpeó repetidas veces los extremos del cigarrillo contra la cajetilla antes de encenderlo.

—Dígame, Bermúdez —continuó entre el humo—, ¿usted está seguro de que no hubo forcejeo ni discusión entre los enmascarados y la víctima?

—De eso estoy seguro. Eran tres. Lo primero que escuchamos fueron los cuatro balazos; corrimos a la oficina, entramos por la puerta de la cocina y vimos a los enmascarados cuando huían por el comedor hacia la calle. Fue cosa de segundos —añadió tenso, como si presenciara otra vez lo ocurrido.

Los otros empleados ratificaron la descripción de Bermúdez, y esto coincidía con lo que Brulé había leído esa mañana en los archivos de Investigaciones. Sus dedos regordetes enredaron las puntas de su bigote mientras escrutaba los ojos de Bermúdez. Tenía unos ojillos oscuros y nerviosos, que parecían saltar de un objeto a otro.

Varias preguntas adicionales fueron respondidas prácticamente a coro por los interrogados, y sus versiones coincidían con las de los archivos. Con estos no avanzaría en sus pesquisas, se dijo Brulé.

—Guerrero, ¿usted cree que Cristián tenía enemigos? —preguntó al rato.

Era un hombre propenso a la obesidad y de cabellos ralos, como el detective, pero de piel rosada.

—No, era un tipo metido para dentro, tranquilo, y no era rosquero cuando bebía, no sé, no me lo imagino —replicó Guerrero encogiéndose de hombros.

—¿De qué hablaba cuando bebía mucho? ¿De política?

—Sí, tendía a hacerlo.

—¿Y?

—Muy puntudo con los militares.

—¿Era comunista, a su juicio?

Guerrero titubeó mirando a sus compañeros.

—No parecía comunista por la vida que llevaba, pero parece que había vuelto a Chile con el programa de la Oficina Nacional del Retorno —terció Leal.

—¿Qué es eso? —preguntó Brulé enarcando las cejas.

—Es un programa oficial para ayudar a los exiliados políticos a regresar al país, dicen que les dan facilidades para traer auto y sus efectos personales.

—¿Y él se acogió a ese programa?

—Bueno, una vez lo comentó conmigo, refiriéndose a los dos hornos de pizza y las jugueras —repuso Leal. Tenía los ojos tristes de poeta fracasado y el tamaño de un boxeador de peso pesado—. «Cuiden mucho los equipos, que estoy intentando internarlos sin aranceles con el programa del retorno y no voy a poder reponerlos tan fácilmente si los rompen», recomendó.

—¿Cristián salió exiliado de Chile? —preguntó Brulé.

Los empleados se encogieron de hombros.

Brulé puso punto final a la conversación. Interesante y novedoso era que Cristián hubiera retornado en 1992 al país como exiliado, pese a haberlo abandonado en 1980 como pinochetista. Era necesario examinar con detenimiento ese cambio radical.

Ahora le interesaba conversar con los otros cinco empleados de la pizzería.

—Deben estar preparando las mesas —dijo Guerrero.

—¿Vienen hoy los cinco a esta sesión? —preguntó el detective.

—Menos el Lalo Gándara —repuso Guerrero—, ese se fue cuando llegó don Stefano. Tuvo problemas con él, cuestiones de plata, y lo echaron.

—Era bueno para empinar el codo y por allí se fue perdiendo —opinó Bermúdez—. Por lo general era el último en irse y no era tanto por trabajar como por tomarse lo que sobraba de las copas.

Cayetano Brulé pensó que Gándara podría aportar más datos. Era de suponer que el resto de sus colegas no se alejaría un ápice de lo declarado a Investigaciones. Era probable que Alessi los hubiese amenazado con la pérdida del empleo en caso de que sus declaraciones atrajesen a más investigadores.

El Lalo Gándara podía ser la excepción.

—¿Dónde lo encuentro?

—Pssh —resopló Bermúdez—, el Lalo vive en Valparaíso, no sé bien dónde, pero tiene un hermano que trabaja en la construcción, en Jardín del Mar.

Bermúdez le dio indicaciones para encontrar al Puma Gándara, un albañil que se ofrecía para trabajos ocasionales.

El detective tiró la colilla al piso de batuco y la aplastó con el pie para luego abandonar el restaurante. Afuera comenzaba a despejarse el día y la brisa había amainado.

Llevaba tres ideas fijas: revisar el departamento de Cristián, entrevistar al Lalo Gándara y averiguar en la Oficina Nacional del Retorno sobre el status con que había regresado al país Cristián Kustermann.

Luis Berríos, funcionario de la Oficina Nacional del Retorno de Valparaíso, era un hombre obeso, de mediana edad, y con aires de notario amable. Se movía con parsimonia entre los escritorios y el mobiliario de pino de la nueva repartición pública, instalada en el séptimo piso de un edificio del barrio del puerto.

—Su auxiliar me avisó que usted necesita ver antecedentes de Cristián Kustermann —dijo apoyando los codos en su escritorio y enlazando las manos delante de la boca—. Tome asiento. ¿Un cafecito?

Cayetano Brulé aceptó el ofrecimiento. Berríos tomaba un café aguado, casi imposible de beber a esas horas de la mañana, pero le pareció peor seguir resistiendo la sonajera de sus tripas.

Berríos lo miró severamente a través de los cristales de sus anteojos, casi tan gruesos como los del detective. Luego aclaró:

—No es usual que permitamos a terceros acceder a los documentos de carácter confidencial, pero con usted haremos una excepción ya que se trata de una investigación.

Berríos tenía una voz nasal y pausada. Era difícil imaginarse a este hombre como «amenaza para la convivencia nacional». Suzuki le había informado a Brulé a mediodía que el funcionario, de tendencias izquierdistas, había sido sometido a torturas y condenado a prisión bajo la dictadura militar por su afiliación al Partido Socialista, y posteriormente había sido expatriado. El gobierno democrático lo había ubicado en el nuevo puesto convencido de que mostraría una sensibilidad particular hacia los exiliados que volvían al país.

Levantó una carpeta gris que tenía a su izquierda, junto al teléfono, y la colocó en el centro de su escritorio. Revolvió la taza de café aguado.

—Veamos. Don Cristián Kustermann... Aquí está —precisó tras abrir la carpeta—. ¿Qué necesita saber?

—Lo primero es si Cristián retornó efectivamente al país a través del programa de su oficina. Aunque si usted posee esa carpeta es porque Kustermann ingresó a Chile con la ayuda de ustedes, ¿no es cierto?

—Correcto —respondió Berríos mirando fijo a Brulé.

—¿Cuándo entró?

—Fecha de ingreso, fecha de ingreso... —avanzó un par de páginas—. Ingresó el quince de marzo de 1990 desde Alemania, aquí está su solicitud, presentada a fines de agosto de ese año, en forma retroactiva.

El programa, que contemplaba apoyo para la reinserción en el país, había sido creado por el gobierno de Aylwin con vistas a facilitar el regreso de cientos de miles de chilenos que habían huido de la represión militar.

—Lo que no entiendo —dijo el investigador— es que Kustermann no salió como exiliado y regresó acogido al programa...

—Eso no importa —interrumpió Berríos volviendo a colocar sus manos enlazadas delante de la boca—. El programa no hace distinciones entre exiliados y residentes normales en el extranjero, sino que favorece a todos aquellos que desean volver.

—¿Dónde fundamentó su solicitud? ¿En Alemania?

—Efectivamente, en Alemania, donde vivió desde octubre de 1986.

—¿Desde octubre de 1986, dice usted? —preguntó sorprendido Brulé.

Según el padre de Cristián y el archivo de Investigaciones, la víctima había salido en enero de 1980 de Chile con dirección a Alemania, donde había permanecido hasta su regreso.

—Así es, señor —repuso el funcionario con una sonrisa sardónica—. La fecha de estadía en el extranjero es clave para poder acceder al programa, o de lo contrario podrían acogerse a él hasta los chilenos que salen a hacer turismo por un mes.

Berríos hizo girar la carpeta y le mostró a Brulé un documento de la policía alemana y su traducción adjunta que certificaba que Cristián Kustermann había residido en la República Federal de Alemania desde el primero de octubre de 1986 hasta el 14 de marzo de 1990.

La segunda fecha coincide con la fecha de arribo de Cristián a Chile, pero la primera no con su salida de Chile, me falta un par de años, se dijo el detective. Preguntó:

—¿Me podría dar una fotocopia de ese certificado?

—No debería hacerlo, pero lo voy a hacer, siempre y cuando usted me diga por qué se reabrió la investigación.

Brulé le explicó su misión y su leve sospecha de que Cristián no había sido ultimado por asaltantes comunes. Berríos se acomodó los anteojos en un gesto que tenía mucho de incredulidad.

—¿Un asesinato de qué tipo se imagina usted? —inquirió preocupado.

—No sé, no sabría decirle —repuso Brulé peinándose el bigote—. Estoy en el principio de la investigación. Los colegas que me antecedieron tuvieron mala suerte.

—¿Qué hizo Investigaciones?

—El caso se estancó, apostaron por el crimen común y aún no hallan a los delincuentes.

El funcionario tiró de la solapa de su *vestón* gris y se aseguró de que el nudo de la corbata —una corbata azul de florecitas pequeñas y escasas— estuviese bien calzado.

—¿No podría ser un crimen político? —masculló.

—Podría ser como no podría ser. No sé.

—Digo yo, un ajuste de cuentas.

—¿De quién? —preguntó ahora Brulé.

—Bueno, quién sabe qué cosas quedaron pendientes en Alemania o en Chile,

pues —especuló el funcionario. Volvió a enlazar sus dedos y reflexionó con la vista fija sobre los papeles—. En realidad han asesinado ya a tantos dueños de tiendas y restaurantes, que bien podría tratarse de un crimen más. Es preocupante. Es el gran problema del gobierno.

Brulé intentó dar vuelta la hoja.

—Y con anterioridad a octubre de 1986, ¿dónde vivió Cristián Kustermann? —preguntó.

Berríos hizo girar nuevamente la carpeta y volvió a hojearla.

—Aquí está la lista de todo lo que internó —comentó—. Efectos personales y algunos equipos de cocina por poco menos de diez mil dólares, casi en el límite.

Se detuvo nuevamente ante el documento de la policía alemana.

—Lo siento, pero no hay información al respecto. Seguramente antes de esa fecha estaba en Chile y aprovechó de regresar en el marco del programa.

Brulé replicó que Kustermann había abandonado el país hacía más de doce años y que era importante saber dónde había pasado el resto del tiempo.

—¿No hay indicios allí de dónde estuvo antes? —inquirió.

—No, aquí no hay referencias sobre la vida de Kustermann con anterioridad a su arribo a Alemania. Probablemente lo sabe la policía de Inmigración, aunque ellos solo timbran y registran la salida del pasajero con el vuelo en que abandonó el país. ¿Ha pensado en preguntar a Inmigración?

No tenía sentido hacerlo, pues no esclarecía nada. El destino del avión no especificaba más que su aeropuerto final. ¿Qué podía significar el aeropuerto de Fráncfort del Meno? ¿Alemania, una conexión ulterior hacia el Asia, el este de Europa o el África? ¿Quién lo sabía? Además, lo más probable era que la salida de Cristián estuviese registrada por las autoridades efectivamente en enero de 1980 y con dirección a Alemania.

—¿Ese documento de la policía alemana excluye la posibilidad de que Cristián haya vivido también antes en Alemania? —insistió el detective.

El funcionario releyó al vuelo la traducción del certificado.

—Este documento fue redactado según las exigencias del programa —añadió—, lo importante para nosotros era saber si el postulante había permanecido por un período prolongado en el extranjero. De este documento —dijo tomando una punta entre sus dedos— solo se desprende que Kustermann vivió en Alemania durante el período indicado.

Brulé resopló confundido. Le llamaba la atención que el padre de Cristián no hubiese reparado en que su hijo no había permanecido siempre en Alemania. Un cambio de este tipo queda rápidamente al descubierto por la correspondencia, pensó el detective. Era extraño que el padre no le hubiese mencionado esto.

—Ahora mismo le preparo su cafecito —anunció Berríos con una sonrisa tenue, casi de disculpa.

El conserje del edificio Caribe presenció circunspecto el ingreso de Cayetano Brulé y su ayudante al departamento 1001. Las dos chapas no cedieron fácilmente ante los movimientos precisos que Suzuki imprimía a las llaves que don Carlos Kustermann les había enviado.

Al abrirse la puerta, una bocanada de aire tibio les abofeteó desde la oscuridad del departamento.

—El interruptor está a la derecha —indicó el conserje, sin cruzar el umbral, con la autorización escrita de don Carlos Kustermann en la diestra y una linterna china en la izquierda.

Solo se retiró después que los investigadores cerraron la puerta, dejándolo solo en el pasillo del décimo piso con la sensación de que los vecinos lo espiaban por los ojos mágicos.

—Los de Investigaciones nunca registraron este lugar porque apostaron por un asalto —dijo Brulé, avanzando sobre una alfombra roja y polvorienta.

Suzuki descorrió las cortinas, alzó las persianas y abrió las ventanas. Entró luz y aire puro.

Un sentimiento de culpabilidad se apoderó de Brulé cuando el sol de la tarde dibujó los contornos del amoblado y las piezas del muerto. Solo había experimentado algo semejante tras la muerte de su abuela viuda, que había vivido en la Flagler Street, cuando Miami no era aún una ciudad latina. Cayetano, niño de pantalones cortos y gorra de pelotero entonces, había presenciado el traslado de las pertenencias de la «nana» del departamentito que alquilaba.

A este departamento, como había sucedido con el de la abuela, ingresarían nuevos moradores con sus muebles y voces, con sus modos de soñar, odiar y hacer el amor, borrando, como en la pizarra de la escuela, lo vivido antes por otros en el mismo lugar. Y luego vendrían otros y más tarde otros, irreverentes hacia las existencias anteriores.

El departamento de Cristián era aún magnífico. Contaba con dos habitaciones, una cocina y un baño amplio de cerámica blanca. En el living-comedor colgaban óleos. La pared opuesta al ventanal que accedía al balcón la ocultaba un librero. Allí halló libros y figurillas de porcelana, un equipo estéreo y un televisor de 19 pulgadas.

—Le gustaba la música tropical, como al jefe —dijo Suzuki mientras intruseaba entre discos y casetes.

—Registra los cajones del librero y del aparador. Me interesa principalmente todo lo que sea documento, hasta las cuentas, y me las vas poniendo sobre la mesa, separándolas por cajones —ordenó Brulé.

Después encendió un cigarrillo, se quitó el saco de poliéster que lo acaloraba en el

aire aún viciado y se soltó el nudo de la corbata lila. Pasó al dormitorio.

Frente a la cama de plaza y media, cubriendo la pared, se alzaba un armario de puertas recubiertas con grandes espejos. Otro gran espejo, adosado al cielo, le devolvió su imagen desde lo alto. Se vio más calvo, pálido y gordo que nunca. Sus piernas parecían extremadamente cortas y la barriga le asomaba por encima del cinturón. Resopló y concluyó en que la posición del cristal era la que contribuía a deformar su figura.

Abrió las puertas centrales del armario y encontró otro televisor y un videocasetero. Hurgó por simple curiosidad entre los casetes dispuestos sobre el televisor, y halló varios de acción, un par de Rubén Blades, dos eróticos provenientes de Venezuela, y uno con el famoso concierto de Caracalla brindado por Pavarotti, Carreras y Domingo.

—Jefe —lo interrumpió Suzuki desde el umbral. Tenía en sus manos numerosos sobres—: encontré un montón de cartas escritas desde Alemania. No entiendo nada.

—Contigo los alemanes jamás habrían podido organizar el eje —respondió el detective introduciendo una cinta erótica en el videocasetero—. Déjalas bien separadas. ¿Algo más de valor?

—Cuentas, fotos y preservativos.

—Los preservativos véndelos baratos en tu «tente-en-pie» como contribución de nuestra agencia a la lucha contra el sida, pero hazme el favor de pasarme las fotos. ¿Son viejas?

—No sabría decirle.

Detuvo el casete en la presentación de los créditos de la película y apagó el aparato.

Una treintena de fotos en colores. En algunas aparecía Cristián en la playa de Reñaca abrazando a Paula Gómez. Pese a sus cuarenta años, ella mantenía las piernas duras y la cintura fina. Otras fotos mostraban a la pareja en la terraza de una casa, sonriente y despreocupada, bebiendo cerveza.

En otras Cristián acompañaba a grupos de comensales en el interior de su restaurante. Cristián —rostro enjuto y risueño, melena peinada a la gomina hacia atrás y figura deportiva— aparecía de pie, vistiendo terno, luciendo un extraño anillo con una piedra negra triangular en su anular izquierdo, junto a clientes elegantes. En otras aparecía compartiendo la mesa, ataviado con una camisa blanca sin corbata. Pero todas se parecían: el fogonazo congelaba las sonrisas amplias de veraneantes tostados, disciplinadamente alegres.

—Guárdalas. Nos las vamos a llevar —ordenó Brulé.

En las demás gavetas encontró ropa interior, calcetines y camisas cuidadosamente dobladas. En la otra división colgaban pantalones, en su mayoría jeans, un par de *vestones*, unos chaquetones de invierno y un impermeable negro algo pasado de moda fabricado en la empresa «VEB Fortschritt-Zwickau».

—¿Sabes dónde queda Zwickau? —gritó Brulé.

—¿Cuánto me dijo, jefe? —preguntó Suzuki acercándose.

Le mostró la etiqueta.

—¿Sabes dónde queda Zwickau?

El japonés se encogió de hombros observando el impermeable.

—Tengo la impresión de que queda en lo que era Alemania del Este —se respondió el mismo detective.

—Eso no significa nada, jefe, porque los alemanes del este exportaban muchos productos a occidente, fíjese que exportaron cámaras Konika a Chile. ¿No conoce las Zenith rusas?

En la gaveta de uno de los dos veladores de caoba del dormitorio el investigador halló una libreta negra voluminosa y de formato grande. Era una agenda de escritorio del año anterior. Se sentó en la cama, encendió un cigarrillo, había perdido la cuenta de cuántos se había fumado ese día, y comenzó a hojearla.

Las anotaciones, con toda seguridad de la mano de Cristián, habían sido hechas con lápiz a pasta o grafito. Eran anotaciones abreviadas, escritas a la rápida, en las que solo la hora de la cita aparecía con claridad. La última anotación era del veinte de diciembre, «comprar regalos familia», y la penúltima era del 15 de noviembre, «11.30 h Paula/Samoiedo». Cristián había sido asesinado el 11 de octubre de aquel año. Había una serie de citas más que no había podido cumplir.

Cerca de las ocho y media de la tarde, cuando el día declinaba aceleradamente, los dos hombres abandonaron el departamento. En un par de bolsas plásticas cargaron los documentos que a Brulé le parecieron requerir un estudio detallado.

Los documentos recolectados en el departamento de Cristián le proporcionaron aquella madrugada pistas interesantes. Apagó la lamparita del escritorio adosado a la ventana y permaneció sentado largo rato mirando hacia el puerto mientras el Lucky Strike se consumía entre sus dedos. Esperanza soñaba sobre un sofá. En el espigón, bajo los reflectores, tronaban gigantescos portacontenedores.

Había logrado ordenar cronológicamente numerosas cartas escritas en alemán desde Bonn por una mujer llamada Jelle Schwarzkopf. La primera databa de hacía dos años y medio, de la época en que la víctima había abandonado la capital alemana, y la más reciente de setiembre, un mes antes del asesinato. Brulé entendía suficiente alemán como para comprender que se trataba de correspondencia muy privada.

Como Cristián era prácticamente una página en blanco en Chile, Jelle Schwarzkopf podría suministrarle información sobre su misteriosa vida en el exterior. Si Cristián había permanecido varios años en otro país y había regresado siete años atrás a Alemania para luego volver a Chile a través del programa oficial de retorno, entonces Jelle podía estar al tanto de dónde había residido Cristián con anterioridad.

Era fácil averiguarlo si don Carlos Kustermann accedía a financiarle un viaje a Bonn para que indagara con la Schwarzkopf. La investigación había tocado rápidamente fondo dentro de Chile, y su éxito ulterior dependía de los recursos que estuviera dispuesta a conceder la familia de la víctima.

El único problema radicaba en que Jelle jamás había anotado su remitente en las cartas, lo que la hacía inubicable por el momento. Un llamado a informaciones del servicio internacional había sido infructuoso, pues su apellido no aparecía en la guía de teléfonos de Bonn. Solo quedaba viajar a Alemania, pensó el detective decepcionado.

Le apetecía un ron. Se dirigió a la cocina. La casa estaba a oscuras. Extrajo una botella de Bacardi medio vacía del esquinero y se reconfortó con un vasito de ron puro. Volvió al mirador llevando la botella y una medida de ron en el vaso. El piso de madera del pasillo crujió, inquietando a Esperanza.

Colocó el cigarrillo en el cenicero y el vaso sobre el papel secante para no manchar la cubierta de pino Oregón del escritorio. Volvió a atar los sobres aéreos — las cartas venían escritas en papel ecológico reciclable— con un cáñamo y los depositó en la gaveta central del escritorio. Por un instante pensó en pedirle a Paula Gómez le tradujera la correspondencia, pero luego desechó la idea.

Otra pista la arrojaban varios ejemplares de una revista sobre asuntos políticos latinoamericanos que editaba en alemán un *Solidaritätskomitee mit Lateinamerika*, de Bonn. Habían sido adquiridas, al igual que varios libros, en un negocio de la Wolfstrasse, de Bonn, llamado La Librería.

Entre los artículos y reportajes aparecían largos análisis sobre Chile escritos por Luciano Rojo. Los artículos habían captado la atención de Brulé porque alguien, probablemente Cristián, los había enmarcado con lápiz, anotando «mal traducido» junto a algunos párrafos. Al término de los artículos, referidos a la oposición en contra del general Pinochet, se identificaba a Luciano Rojo como «seudónimo de un periodista chileno vinculado a la causa de su pueblo».

Freies Lateinamerika era la típica revista izquierdista europea destinada a pequeños grupos de jóvenes rebeldes de la sociedad industrial identificados con los sectores marginales del Tercer Mundo. Revolucionarios anticapitalistas alimentados por las arcas fiscales del capitalismo, pensó Brulé volviendo a hojear los ejemplares.

El logotipo presentaba un puño negro cerrado sobre una América Latina en rojo. Entre los anunciadores de la publicación, de material reciclable, figuraban librerías feministas y de homosexuales, centros de interacción comunicativa, restaurantes naturistas, agencias de viajes especializadas en campismo en Cuba, acupuntura vietnamita y disquerías de música salsa y andina.

Brulé estaba convencido a esas horas de la madrugada de que Luciano Rojo y Cristián Kustermann eran la misma persona, y que la redacción de *Freies Lateinamerika*, integrada por alemanes y latinoamericanos, podría suministrarle información sobre Cristián y cómo acceder a Jelle Schwarzkopf.

Pero el tercer dato, que consistía solo en un par de palabras reiteradas en la agenda, fue el más estimulante para el detective.

El 11 de julio del año anterior, vale decir tres meses exactos antes del homicidio, Cristián había apuntado en su agenda con lápiz rojo algo aparentemente carente de sentido: «¡¡Silvio en Chile!! Informar a Samuel». El 10 de agosto, el 10 de setiembre y el 10 de octubre había registrado «encuentro con Silvio», aunque el último dato, el correspondiente a octubre, había sido tachado posteriormente con un lápiz azul, y a su lado había escrito «cancelado. Espero mejor».

Para Cayetano Brulé no había duda de que Samuel solo podría ser Samuel Léniz. ¿Qué vínculo había entre los tres?

Ninguna de las personas con quien había conversado hasta esa fecha por el caso de Cristián había mencionado el nombre de Silvio. Era cierto que la agenda de la víctima aparecía repleta de compromisos, citas y anotaciones, pero cada una de ellas tenía el carácter cotidiano propio de la vida de un comerciante: las compras, visita a Impuestos Internos, reparaciones, reservas de grupos, enfermedad de algún empleado. Solo «Silvio» estaba fuera de una lógica cotidiana. Además era la única anotación en rojo. ¿Quién era Silvio? ¿Tenía alguna relación con la muerte de Cristián?

Una cosa era evidente. Si Cristián había destacado con color el hecho de que Silvio estaba en Chile, eso solo podía implicar que antes no estaba en Chile. Pero ¿qué significaba esto? ¿Que Cristián no esperaba verlo en Chile porque lo hacía en otro lugar, donde supuestamente se habrían conocido? Podía ser Alemania o tal vez otro país. ¿O significaba que Silvio había salido de Chile, donde ya se conocían, y

había regresado sin que Cristián se enterara?

Volvió a hojear la agenda. Tenía tapas de cuero, había sido elaborada en Boston, y los meses y los días de la semana aparecían en castellano, inglés y francés. El tercio final del libro estaba reservado para direcciones. No aparecía allí ningún Silvio.

En ese momento cayó en la cuenta de algo que podía ser casual, pero que se repetía con cierta regularidad y que podía tener un significado. Dos días después de su primer encuentro con Silvio, vale decir el 13 de agosto, Cristián había anotado «ir al interior», y el 13 de setiembre repetía solo la palabra «interior». ¿Qué podía significar «ir al interior»? ¿Había una relación causal entre los encuentros con Silvio y el denominado «interior»?

Se aflojó el nudo de la corbata. Volvió a servirse una medida doble de ron y encendió otro cigarrillo. Le apetecían un par de huevos fritos y un cafecito. En una hora comenzaría a despuntar el alba y cantarían el zorzal que había anidado en el damasco del antejardín.

Entró a la cocina seguido de Esperanza y procuró sacar la paila y encender la cafeterita italiana sin hacer ruido. Solo encontró un huevo y utilizó una pizca de mantequilla a falta de aceite. El huevo chisporroteó y se le anduvo quemando, pero lo devoró en la misma paila acompañado de un batido endurecido, que compartió con la perrita.

El ron le hacía bien. Le apeteció otro después de los huevos y antes del café. Se propuso ordenar sus próximos pasos. En primer lugar, «Silvio» debía adquirir un rostro y para ello era necesario indagar entre las personas cercanas a Cristián sobre su existencia. Posteriormente era imprescindible contactarse con la revista alemana y Jelle Schwarzkopf. Solo ellos podrían entregarle la clave de la estadía de Cristián en Alemania.

El Lalo Gándara dormía la borrachera del día anterior cuando Cayetano Brulé preguntó por él aquella mañana a la mujer que lavaba ropa en una artesa.

La casa era de tablas y el techo de calamina y tenía un balconcito de madera desvencijado que había que cruzar para alcanzar la puerta. El detective tuvo la impresión de que había arribado a un barrio tropical por la frondosidad de las plantas que colgaban desde tarros, el merengue que vomitaba alguna radio y el ladrido de los perros.

—Voy a ver si se lo despierto —dijo solícita la mujer desapareciendo detrás de la puerta.

Desde el balconcito se veía el puerto y hacia el norte se apreciaba Viña del Mar, envuelta aún en la bruma matinal. Brulé encendió un cigarrillo protegiendo la llamita de la brisa marina y aspiró profundo.

—Buenos días —saludó Brulé al ver al Lalo. Venía desgarrado, cubierto con un *sweater* manchado y el pantalón abierto—. Vengo a hacerle una consultita con respecto a un asunto —agregó para impresionarlo.

El Lalo intentó ordenarse el pelo largo y grasoso que le caía sobre la frente y estuvo a punto de perder el equilibrio. Se afirmó en la baranda. Tenía los ojos inyectados y no había sacado el sueño. El detective pensó que bajo esas condiciones sería fácil interrogar al excoperero de la pizzería, sobre todo porque era probable que tuviera más de algún asunto pendiente con la justicia.

—¿Ha hecho algo malo mi hermano? —preguntó la mujer volviendo del interior de la casita.

Seguramente habría estado espiando desde detrás de la puerta.

—El Lalo y yo vamos a ir a conversar un rato a la calle —precisó Brulé y palmoteó sus manos para apurar al borracho, que seguía de pie en medio del balconcito sin atinar a nada.

Se fueron caminando cerro arriba hasta alcanzar el Camino Cintura, que recorre todo Valparaíso por lo alto. Perros y niños los siguieron un trecho.

—Si me ayudas, estás libre en un rato, si se te tranca la memoria, te vas a buscar problemas —advirtió Brulé de entrada.

Enfilaron hacia el Cerro Mesilla, bordeando el camino junto a la quebrada, por sobre los techos de calamina de las destartaladas casas del barrio.

Formaban una pareja dispareja, el Lalo con su *sweater* sucio, el pantalón de gabardina desgastada y sus zapatones sin lustre, y el investigador con su terno de poliéster de corbata lila, que en el Cerro Toro lo convertían en un caballero.

—¿Te acuerdas de don Cristián Kustermann, el dueño de Il Amico?

El hombre asintió y se detuvo. Puntualizó:

—Cómo no me voy a acordar del finado, si fue tan bueno conmigo, pues.

Brulé echó una mirada en derredor y tiró el pucho al suelo y lo pisó con sus botines brillosos. Luego se metió las manos en los bolsillos y siguió caminando. El Lalo lo imitó.

—Todavía no se sabe quién mató a don Cristián.

—¿Y no detuvieron a unos tipos?

—No te hagas el tonto, Lalo, tú sabes que los soltaron.

—Así es, hay países donde los crímenes nunca se esclarecen —añadió el Lalo buscando algo en sus bolsillos seguramente vacíos.

—Deja la filosofía para el *water*, mejor —advirtió Brulé.

—Pobre don Cristián —sollozó el Lalo—. Era tan rebuena gente.

—¿Y por eso te aprovechabas de él?

—Yo sé a lo que usted va, a lo del trago —repuso el copero con una sonrisa leve. El aire de la mañana le estaba sentando bien. Trató de ordenarse el cabello una vez más, pero fue en vano, el mechón rebelde volvía a caerle sobre los ojos—. Pero nunca le robé ni una gota.

—¿Y Alessi te echó por qué?

El Lalo soltó un insulto contra Alessi, que salió confundido con un eructo.

—Disculpe —se excusó poniéndose la mano sobre la boca—. A don Cristián jamás le robé. Yo me llevaba solo el licor que quedaba en las copas y vasos, y él estaba de acuerdo siempre y cuando me lo tomara en la casa.

Volvió a detenerse.

—¿No me convida un cigarrito? —preguntó.

Brulé le ofreció uno de la cajetilla y después se sirvió uno él mismo. Guardó la cajetilla en el bolsillo de su *vestón* y le brindó fuego al Lalo. El excopero olía no solo a alcohol, sino también a humo y a varios días sin bañarse.

—¿Por qué te echó Alessi?

El hombre aspiró con fuerza el cigarrillo y sonrió mirando hacia la bahía, donde se guarecían los barcos de guerra.

—Las mañanas nunca se repiten desde este cerro —comentó expulsando el humo.

—Déjate de poesía y dime por qué te echó Alessi.

—Me pilló durmiendo —admitió el Lalo bajando la vista.

Una micro vacía pasó tosiendo lentamente junto a los hombres. El chofer disminuyó aún más su velocidad por si se subían.

—¿Y don Cristián nunca te pilló levantándole plata? —inquirió Brulé con la vista fija en la virgen que el microbusero había instalado junto a la alcancía.

—Dos veces, pero nunca me echó, me hizo devolvérsela de a mensualidades. Era poco, cinco o diez lucas.

—¿Qué le sabías a don Cristián que no te echó antes? Porque tenías que saberle algún secreto o si no te habría puesto de patitas en la calle...

El Lalo esbozó una risita pícaro.

Arribaron al cerro Mesilla y optaron por descender por la avenida Carampangue hacia el plan de la ciudad.

—No te preocupes que vamos a volver en colectivo —lo tranquilizó el detective mientras avanzaban sobre los adoquines de la avenida que se hundía en el cerro hasta desembocar en la plazuela Aduana, allí donde comenzaba el barrio bravo de Valparaíso.

En el plan se desviaron hacia la Plaza Echaurren, cruzaron frente a la iglesia La Matriz y se internaron en un barcito de mala muerte y desolado. Ordenaron dos Becker.

—¿Tenía enemigos don Cristián?

—¡Qué iba a tener si era un pan de Dios! —exclamó el Lalo visiblemente reconfortado por el primer trago de cerveza.

Pidió otro cigarrillo. Brulé le palmoteo un hombro, diciéndole:

—Haz memoria, Lalo, ¿poco antes de su muerte nunca tuvo una discusión con nadie en Il Amico? Haz memoria con calma. No necesito que me lo contestes ahora mismo, tómate la cerveza, fúmate el cigarro con tranquilidad y haz memoria. ¿Tuvo alguna vez una discusión con algún tipo?

Un cliente accionó una canción de Yaco Monti en el *wurlitzer*, lo que Brulé aprovechó para ordenar un par de cervezas más mirando de reojo al Lalo. Tenía las manos moradas y los dedos marcados por la nicotina. Sus ojos permanecían clavados en la mesa. Hizo bailar la botella de cerveza semivacia al ritmo de los sollozos del cantante.

—Haz memoria, Lalo. Piensa, alguna discusión, alguna pelea, alguna visita previa que haya puesto nervioso a don Cristián. Tú tienes que saberlo, tú lo observabas porque te interesaban las botellas y los billetes que había en su oficina.

El Lalo cerró sus ojos como buscando un punto determinado sobre la mesa y luego le dio una chupada a su cigarrillo. Brulé lo contemplaba desde un costado, desde donde podía apreciar el rostro cetrino y aguileño del copero.

—Pelea, pelea, nunca —dijo de pronto, como volviendo de las profundidades—. Pero una tarde sí se encerró con un tipo en la oficina, un tipo que nunca más volvió y que no tenía nada que ver con el negocio, y estuvo discutiendo en voz alta sobre política, creo yo...

—¿De política o de negocios?

—No sé, para ser sincero.

—¿No sería de drogas?

—Ya le dije que no lo sé —respondió el Lalo elevando el tono a la vez que se aferraba al vaso.

—¿Cómo era el tipo?

—No, pues, si no le vi la cara —replicó el Lalo—. No se la vi porque entró y se fue por la entrada principal, yo solo escuché las voces que discutían, fue por largo rato, y antes de que llegaran los clientes. De otra discusión no me acuerdo.

Brulé apoyó sus codos sobre la mesa. El mesero trajo la cerveza. El detective llenó los vasos. Si no había visto al hombre, la cosa se hacía más difícil.

—¿Te acuerdas de cómo hablaba?

—Ahora me acordé: como colombiano —replicó el Lalo con un débil brillo en sus ojos—. Don Cristián y el tipo se fueron a conversar a la playa.

—¿Antes o después de la discusión?

—¿No me va a hacer un cariñito por esta información? No vaya a ser que se me olvide todo de golpe —amenazó el Lalo.

Brulé introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón, sacó dos billetes arrugados de mil pesos y los depositó ante el Lalo. Sus manos temblorosas recogieron los billetes, los plegaron y luego los ocultaron bajo el *sweater*.

—¿Se fueron a pasear antes o después de la discusión?

—Después, sí, después no volvió al local, se subió al taxi que lo aguardaba afuera.

—Entonces lo viste —concluyó Brulé posando con firmeza su mano sobre el brazo del Lalo.

Este le devolvió la mirada, pero no fue capaz de fijar sus ojos en los del detective por mucho tiempo.

—Pero es como si no lo hubiese visto, porque los vi por atrás, cuando se iban a la playa. Se fueron a la orilla, a conversar frente a las olas.

—¿Y cuando volvieron? ¿No los viste de frente?

—No los vi volver.

Brulé echó una mirada hacia la calle. Un taxi cruzó lento frente a la puerta del bar y se detuvo más allá. Solo podía apreciar la cola del vehículo negro.

—¿Cómo se vestía el famoso colombiano?

—Andaba de terno oscuro y seguramente con corbata, y era un poco más alto que don Cristián, de su misma edad, diría yo.

—¿Y cómo era de físico?

—¿No le digo? —repuso el Lalo tratando de gesticular—. Solo lo vi por atrás. Era más alto que don Cristián, bastante rubio y con una peladita de cura atrás.

—¿Una tonsura?

—Como peladita de los santos en la iglesia. No parecía chileno, aunque ahora hay tanto chileno que habla raro. Hablaba como colombiano, pero no como chileno, ni como argentino. Lo que sí me acuerdo —dijo tras hacer una pausa— es que se fue en taxi, porque el vehículo lo esperó frente al restaurante todo el rato.

Brulé pensó por unos segundos en la posibilidad de la droga. Había comenzado otra canción. Reconoció *Ojalá llueva café*, de Juan Luis Guerra.

—¿Cuánto tiempo antes del crimen tuvo lugar esa reunión?

El Lalo tomó otro largo sorbo de cerveza.

—Haz memoria, Lalo, haz memoria. ¿El tipo no volvió nunca más?

Lanzó una maldición y respondió:

—¿No me dijo que me iba a dejar tranquilo si soltaba algo? Ya conté todo lo que sabía, no recuerdo nada más.

—¿No recuerdas a Silvio? ¿Nunca llamó por teléfono un Silvio?

Vació nuevamente su vaso y eructó con un gesto de alivio.

—Silvio sí.

—¿Estás seguro?

Brulé volvió a llenar el vaso del Lalo.

—Sí, dos veces. Por lo menos a mí me tocó responder dos veces, cuando don Cristián estaba de compras —replicó el Lalo satisfecho de su memoria.

—¿Era la misma voz del colombiano con el que discutió? —apuró el detective.

—No, pues, si las dos veces llamó una mujer extranjera, que dijo que era de parte de Silvio. Yo pensé que era una clave de amante —añadió con una sonrisa maliciosa —, usted sabe que don Cristián andaba con la vieja esa de la Paula.

El Lalo vació una vez más su vaso y se cruzó de brazos y apoyó sobre ellos su frente con un movimiento torpe.

Por un instante Brulé pensó que la cabeza no le pertenecía a ese cuerpo maloliente. Una mosca se posó sobre el pelo del Lalo.

Se duplicó la masa encefálica en esta cabeza, se dijo Brulé.

El Lalo pidió permiso y se fue tambaleando al baño. Volvió al rato con el marrueco abierto y el pantalón mojado.

—¿Nunca viste a la colombiana en el local? ¿Nunca salió con ella?

—Nunca —respondió el Lalo sentándose y tratando de alzar la cabeza.

El detective apuró su Becker. Era temprano para beber, pero le cayó bien el sabor amargo de la bebida a esa hora.

—Dime —continuó—, ¿cómo fue la noche del crimen? Cuéntame cómo sucedió y te dejo tranquilo. Pero cuéntame todo.

—Fue muy rápido —replicó el Lalo cerrando los ojos— y casi no nos dimos cuenta. Yo estaba secando platos, cuando escuché las voces de los tipos al lado y luego los disparos. Cuando corrí a la oficina de don Cristián, los tres tipos escapaban.

—¿Cómo voces? ¿Qué dijeron?

—Bueno, solo una, que llamó a don Cristián...

—¿Cómo que llamó a Cristián? ¿Por su nombre?

—Sí, por su nombre.

Samuel Léniz no llegó jamás a la cita con Cayetano Brulé.

Había muerto en su automóvil. El Volkswagen escarabajo del año 1976 se había desbarrancado en la carretera 68, a solo tres kilómetros de Valparaíso, y luego incendiado.

El detective arribó al lugar del accidente pasadas las tres de la tarde. Suzuki había escuchado la noticia por radio y había corrido al restaurante del Bote Salvavidas, donde su jefe aguardaba a Léniz para el almuerzo convenido.

El cuerpo del accidentado yacía a medio camino entre el borde de la carretera y el Volkswagen, sobre la tierra árida, entre unos litros secos, cubierto con una frazada chica, que dejaba al descubierto sus pies descalzos. Como en las películas, pensó Brulé mientras encendía un cigarrillo y le ofrecía otro a un teniente de Carabineros.

—El escarabajo lo lanzó a través de la ventanilla, o si no habría terminado calcinado —opinó el oficial protegiendo la llama que le ofrecía Brulé para encender el Lucky Strike—. No le sirvió de nada —añadió encogiéndose de hombros.

El detective tuvo la convicción de que con Léniz desaparecía una de las mejores fuentes de su investigación. Dada la vida solitaria y misteriosa que había llevado Kustermann, su amigo habría brindado datos esclarecedores para las indagaciones.

Mirándolo bien, Léniz había muerto por culpa suya, se reprochó Brulé con amargura. El accidente lo había sufrido por viajar a encontrarse con él para entregarle información sobre Cristián. Se acarició el bigote.

—¿Pariente? —balbuceó el carabinero con cara de circunstancia.

Su voz sacó a Brulé del ensimismamiento. Le mostró su identificación y levantó la frazada ensangrentada para echarle un vistazo al cadáver. Soplaba un viento fuerte que se encajonaba en la quebrada, levantando una arenilla que hacía arder los ojos.

—¿Lo conocía? —preguntó ahora el carabinero.

Estaba con los ojos aún abiertos. Su boca, de labios finos, de donde brotaba un hilillo de sangre, se había quedado modulando un grito de pavor. Tenía la piel acartonada, como si hubiese muerto hacía mucho.

Brulé meneó la cabeza. Su corbata lila flameó al viento.

—¿Y el juez? —preguntó.

—Todavía no llega, hubo otro accidente en Peñuelas. Esto es de todos los días —replicó el oficial con un gesto que era mezcla de indignación y resignación.

Un carabinero que acababa de inspeccionar el escarabajo le hizo una seña.

Léniz vestía jeans, una chaqueta de gamuza, y llevaba el pelo largo como futbolista argentino. A la altura de su estómago se había formado un espeso charco de sangre, que había terminado por teñir unos peñascos y litros.

La muerte es discreta, se dijo el detective, observando el rostro y las manos del

accidentado. Está sencillamente allí, firme y perfecta, inaudible, sin términos medios, congelando los movimientos de un joven que hasta hace poco tarareaba probablemente una balada de Eric Clapton en su vehículo.

Aspiró profundo el cigarrillo, y luego expulsó una bocanada de humo que se deshizo en segundos.

—Que lo tape, ordena mi capitán —dijo de pronto el teniente a sus espaldas indicando con la quijada hacia el oficial que estaba cien metros más abajo, junto al Volkswagen.

Samuel tenía las manos albas y delgadas propias de los pianistas. El detective se disponía a cubrir nuevamente el cadáver, cuando cayó en la cuenta de que en su anular derecho llevaba un anillo con una piedra negra, parecida a la que le había visto a Cristián Kustermann.

—Que tape al muerto —repitió el carabinero.

Brulé desplegó la frazada de modo que dejara descubierta la mano del muerto. Arriba, en el borde de la carretera, se había congregado el obligado grupo de curiosos. El detective escuchó el murmullo apagado de sus comentarios. Alguien explicaba cómo se había suscitado el accidente.

No cabía duda, se dijo, volviendo a observar la mano. El anillo era idéntico al que llevaba Cristián en las fotos del restaurante. Era demasiado especial la forma triangular de la piedra como para olvidarla. No era el tipo de anillo que solían usar los hombres en Chile. ¿Qué podía significar el que ambos hubiesen llevado anillos similares?

Echó una mirada hacia el escarabajo calcinado que yacía patas arriba en el fondo de la quebrada, y decidió regresar a la carretera. Arriba lo esperaba Suzuki en el Lada.

—¿Lo llevan a la morgue de Valparaíso? —preguntó al carabinero.

El uniformado se acercó al cadáver y dispuso la frazada de modo que ocultara la mano de Léniz.

—Es de esperar —replicó ocupado en ordenar la frazada.

Brulé inició el ascenso. La tierra seca y los peñascos sueltos lo obligaron a asirse varias veces de ramas y rocas.

Al llegar arriba, los curiosos lo observaron en silencio. El detective se detuvo a recuperar aliento, se soltó el nudo de la corbata y lanzó un vistazo hacia abajo. El viento intentaba levantar los extremos de la frazada y los pies descalzos de Samuel seguían a la intemperie.

Moshé Dayan leía aquel mediodía la página hípica de *La Cuarta* sentado a la sombra del quitasol rojo, cuando Cayetano Brulé se instaló en la silla y pidió que le lustrara.

—¿Hay novedades sobre lo que te encargué? —preguntó el detective arrebatándole el periódico de las manos.

Moshé Dayan se sentó en su banquito y comenzó a desempolvar los zapatos con una escobilla. Tenía las manos y las uñas manchadas de betún.

—No hay nada —replicó el lustrabotas con la cabeza gacha.

Brulé reestructuró el periódico. Una rubia de generosas curvas y senos al aire le sonrió desde la primera plana. El titular destacaba un nuevo atentado dinamitero en Santiago.

—¿Cómo que no hay nada, no pudiste averiguar? —preguntó el detective observando los ojos azules y los labios carnosos y entreabiertos de la rubia.

—Que no hay nada. Los cabros dicen que tu cliente...

—... el muerto no es mi cliente —corrigió Brulé dando vuelta la página.

—Bueno, los cabros dicen que el finado nunca tuvo problemas con ellos.

Moshé Dayan abrió la caja de betún negro, le quedaba betún solo en las orillas interiores, con él untó un pedazo de trapo.

Brulé sintió el cosquilleo cuando la mano del lustrabotas rozó su peine. Cerró los ojos, la caricia y el calorcito de mediodía le hicieron apetecer una siesta a la sombra. Con la rubia, se entiende.

—¿Están seguros?

—Pero, patroncito, recuerde que yo manejo la mejor información del puerto y que la garantizo.

—¿Y el finado se había metido alguna vez a consumir?

—Eso mismo pregunté —precisó Moshé Dayan—. Pero nadie lo identificó como consumidor, claro, nunca se sabe, porque la droga recorre muchos caminos, pero nadie lo ubicaba como cliente.

Una brisa trajo el aroma a café de algún lugar cercano. Es increíble lo bien que huele el café en Chile y lo mal que lo preparan, se dijo el detective tratando de aplacar su estómago. Creyó oír el chiflido de una cafetera italiana dejando escapar el líquido hirviendo.

—¿Y en *Il Amico* no corría la droga? —preguntó sobrevolando los titulares de la página editorial.

—Marihuana y coca se vende mucho en Reñaca, y el local no era la excepción, pero eso lo saben hasta los tiras, pues patroncito —respondió Moshé Dayan con cara de inteligencia.

El lustrabotas hizo una pausa para dejar que el betún se secase. Calzó la tapa en el

tarrito circular y desdobló un trapo oscuro, que golpeteó repetidas veces contra su rodilla. Brulé recordó el rito de la limpieza de los santeros de La Habana. Moshé volvió a doblar el trapo en dos.

—Escúchame bien, porque esto es importante —repuso Brulé devolviéndole el diario—. Una cosa es que los parroquianos de un local consuman droga sin que el propietario tenga participación en el asunto y otra que el dueño del local maneje la distribución. ¿Entendiste?

Desde abajo el ojo bueno de Moshé Dayan se clavó como un sable en uno de los dos averiados de Brulé.

—Correcto —replicó.

—Bueno, ¿entonces Kustermann pertenecía al primer o segundo grupo de propietarios?

—Ya se lo dije todo desde un comienzo. El tipo está limpio absolutamente, y si le hacía a algo, lo manejaba en forma muy discreta y para consumo netamente personal.

—Buena, Moshé Dayan, sigues siendo el tipo que más sabe en Valparaíso —dijo Brulé fingiendo una risa satisfecha—. Realmente te mereces un monumento.

—Pero que sea al lado del de Arturo Prat, allá en la Plaza Sotomayor.

—Pero sácame buen lustre ahora, que tengo que ir a ver a Suzukito —ordenó Brulé impaciente.

—¿No quiere escuchar la última de lo que están tramando los bolivianos para quitarnos Antofagasta?

—La próxima vez mejor, Moshé Dayan, ahora ando apurado, coge lo que te debo.

Al día siguiente Cayetano Brulé encontró a Suzuki desayunando en la cocina en calzoncillos y camiseta, junto a una gorda descomunal teñida de rubio, que jamás había visto, y que se deslizaba por las habitaciones envuelta en una sábana con la gracia de una sílfide.

—Disculpa, Suzukito —exclamó el detective ante los ojos sorprendidos de la desconocida, que lo miró exigiéndole una explicación—. Anoche con el apuro se te olvidó cerrar la puerta de calle y no imaginé que andabas acompañado.

Encendió un Lucky Strike desde el umbral y miró deleitado a la pareja.

—¿Tú no eres acaso el famoso detective jefe de este chino egoísta? —preguntó la gorda con una voz ronca y desahogada.

—El mismo —replicó Brulé guiñándole el ojo—. ¿Y con quién tengo el placer?

—Como este chino no es capaz de presentar a una dama, lo haré yo misma. Me llamo Francisca, pero todo el mundo me conoce por Madame Eloise, siempre dispuesta al sacrificio, Sherlock Holmes —precisó la gorda poniendo una coliza al fuego con un tenedor.

Llevaba los ojos aún fuertemente maquillados, el rouge descorrido y olía a sudor como solo pueden oler las gordas tras una intensa noche de amor.

—El gusto es mío, madame —replicó Brulé soltando el humo por la nariz—. Suzukito me había contado de usted, ahora vine solo por un minuto a consultar algo importante.

Ella dejó caer la coliza sobre la panera, después ensartó otro pan, esta vez un batido, que colocó a la llama.

—Mientras no me lo lleve, que el chino este es hartito mezquino —advirtió Madame Eloise.

Salieron al balcón. La casa de Suzuki, en el Cerro Monjas, constaba de tres piezas, un baño y una cocina, un balcón repleto de flores colgadas de tarros de conserva y jaulas con canarios, jilgueros y catitas estridentes. Desde el balcón se veían el mar, los cerros y la casa de Pablo Neruda, ahora convertida en museo. Unas palomas rompieron el velo de claridad que pendía sobre Valparaíso.

—¿Y desde cuándo te gusta la lucha sumo? —preguntó Brulé bajando la voz.

—Estoy en comisión de servicios —replicó Suzuki tirando del elástico de sus calzoncillos—. ¿No quería que le averiguara algo? Es una gran fuente de información por ser la dueña de un centro de masajes del Almendral. Allí llegan patos malos, hombres de negocios apurados, autoridades locales y hasta algún parlamentario capitalino enemigo de la descentralización...

—¿Y qué sabe de Kustermann? —preguntó Brulé. Se atusó el bigote, se acarició la calva y se acomodó los anteojos.

—Madame Eloise dice que el tipo no tenía nada que ver con los cabros del puerto —afirmó Suzuki con una sonrisa que le redujo los ojos a dos rayitas horizontales—. Nadie recuerda que haya frecuentado salones de masaje o clubes de *strip tease*.

—¿Es buena fuente?

—La Madame le sabe la vida y milagros a todo el mundo —aseguró Suzuki rascándose entre las piernas.

Brulé no pudo reprimir una risita burlona. Aspiró del cigarrillo y agregó:

—Está hartó fea la gorda esa, mi hermano.

—Sabe, jefecito, no se olvide que soy japonés y prefiero la técnica.

Brulé se apoyó contra una columna del balcón, bajo las catitas, y luego preguntó:

—¿Está limpio Kustermann?

—El hombre está limpio en lo que respecta a la droga —repuso Suzuki—, solo hay un comentario de un patrón de lancha borracho, que lo vinculó a contrabando de armas. Pero pareciera que lo comentó de pasada en el salón de Madame Eloise para darse importancia.

—¿Y la Madame no insistió en el tema?

—Dice que en cuanto se le pasó la borrachera, se olvidó de lo dicho.

—Es interesante —reflexionó el investigador acariciándose la barbilla—. Todo esto fortalece mi opinión de que a Cristián lo mataron por encargo.

—¿Por qué, jefecito? —preguntó Suzuki.

—Por varias razones. La más importante es que el Lalo Gándara me reveló que uno de los asesinos mencionó el nombre de Cristián antes de liquidarlo. ¿Raro, no?

Suzuki asintió.

—Harto raro —comentó—. ¿Sospecha de alguien?

—De muchos —replicó Brulé aplastando el cigarrillo contra la baranda—. Está lo del Lalo, pero también necesito ubicar a un tal Silvio, con el que Kustermann tuvo una relación misteriosa. Eso es lo malo —resopló el detective—. Si detrás de esto no está el hampa, ni los narcotraficantes, ni los delincuentes comunes, entonces la clave puede estar fuera de Chile.

Kustermann llegó a las seis en punto al antiguo Bar Inglés. Cayetano Brulé lo aguardaba acodado sobre el largo mesón de roble americano, disfrutando una cerveza y un Lucky Strike.

—¿Una cervecita? —preguntó a Kustermann.

Al detective le gustaban el piso y las paredes de madera del local, el espejo detrás del mesón, el espíritu de nostálgica complicidad que envolvía a sus parroquianos y la corriente de aire que soplaban permanentemente entre las puertas que daban hacia dos calles paralelas.

El bar, que tenía algo del ambiente del Floridita de La Habana, quedaba en la calle Cochrane, casi frente a una de las salidas del edificio Turri. Brulé se dijo que Ernest Hemingway habría frecuentado el antiguo Bar Inglés de haber vivido en Valparaíso.

Kustermann se desabotonó la chaqueta azul marino, dejando al descubierto su figura cuidada. No llevaba corbata esta vez, en su lugar un pañuelo de seda que se hundía en la camisa negra.

—Una que esté bien fría —precisó examinándose las palmas de las manos. Se las restregó en un pañuelo azul que extrajo de su chaqueta mientras Brulé ordenaba otra cerveza—. Usted dirá, mi amigo...

Se mantenía de frente al mesón, mirando a Brulé a través de un espejo.

—No se vaya a ir de espaldas —advirtió el detective—. Pero si quiere saber quién asesinó a Cristián, vamos a tener que ir a Alemania. Hacia allá conducen las pistas.

Kustermann carraspeó intranquilo y se paseó la mano por su cabello plateado.

—¿Cómo sé que su corazonada es acertada? —preguntó al rato, tras haberse cerciorado en el espejo de que su aspecto era el adecuado.

—No es corazonada. —El dependiente colocó el vaso y la cerveza con un golpe seco sobre el mesón.

—Cuénteme entonces, soy todo oídos —dijo Kustermann tras echarse un largo sorbo.

—Su hijo vivió solo un par de años en Alemania. ¿Sabía eso? —preguntó el detective girando sobre sí mismo para mirar de frente a su cliente.

—¿Y el resto del tiempo? —repuso Kustermann volviendo la cabeza para encontrarse con los cristales sucios y los ojos miopes de Brulé.

—No lo sé. Pero está claro que aquí nadie conoce la verdad sobre el pasado de Cristián. Y la cuestión es por qué Cristián ocultó a todos su paradero. Da para cualquier especulación. ¿Usted lo ignoraba?

El empresario se miró las uñas. Había perplejidad en su rostro.

—Yo siempre asumí que Cristián andaba en Alemania —dijo.

—La documentación de la Oficina Nacional del Retorno muestra que Cristián vivió solo cuatro años en Alemania. Nada se sabe sobre su estancia anterior. ¿Y sabía usted que se había acogido al plan oficial de retorno de los exiliados?

Kustermann tragó otro sorbo de cerveza, luego sus manos depositaron con cuidado el vaso semivacío sobre el mesón. Brulé percibió que la noticia había causado fuerte impacto en su cliente. Una familia de derecha no podía aceptar que uno de sus integrantes retornara a Chile en el marco en que lo hacían los izquierdistas de la desaparecida Unidad Popular.

—Me sorprenden las dos cosas, pero ninguna de las dos me llevaría a sospechar que el asesino se halla en Alemania —replicó Kustermann—. ¿Tiene algo concreto, más allá de las presunciones, que lo lleve a extraer esa conclusión?

—Hice las averiguaciones pertinentes en los círculos de Valparaíso, y Cristián no tenía cuentas pendientes ni con narcotraficantes, ni delincuentes, ni proxenetas o muchachas de vida alegre. ¿Me entiende? Su hijo estaba limpio.

—¿Y algún competidor? ¿Alguien que le adeudara dinero?

—No, don Carlos —replicó enfático el detective—. Usted sabe que no es usual que los dueños de restaurantes de Reñaca se peleen la clientela a balazos. Se usan otros trucos, más efectivos y menos comprometedores. Además, nadie le podía adeudar dinero a su hijo, por la sencilla razón de que no lo tenía en abundancia.

El estrépito de las fichas de un dominó arrojadas sobre una de las mesas hizo sobresaltarse a los dos hombres. Un grupo comenzaba su partida provisto de abundante alcohol.

El empresario viró sus espaldas hacia el espejo y quedó de frente a la sala, en diagonal a los jugadores.

—¿Y qué garantía tiene una información proveniente de esas fuentes? —preguntó.

—Eso siempre se sabe, don Carlos —repuso Brulé soltando una sonrisa que se congeló de inmediato—. Un detective tiene sus contactos con el hampa, sus informantes, sus amigos, y si no le cuentan a uno el nombre del santo, al menos le cuentan el milagro... ¿Se da cuenta? Cristián aparece limpio de polvo y paja en esos ambientes.

—No me convence.

—Pero hay más. ¿Otra cervecita?

—Otra —accedió antes de terminar el vaso.

—Su hijo tuvo una disputa seria con un tipo hasta ahora no identificado, de nombre Silvio —añadió Brulé achatando la colilla contra el cenicero metálico—, y se reunió varias veces con él hasta poco antes de su muerte. ¿Escuchó usted hablar alguna vez de un tal Silvio?

—Nunca.

El dependiente retiró las botellas vacías y colocó dos nuevas. Llenó los vasos. La espuma corrió por los bordes.

—Es un tipo clave. Su hijo se sorprendió al encontrarlo en Chile, eso lo dice en un apunte de su agenda. ¿Por qué desapareció y no lo conoce ni la expolola de Cristián? Si Cristián se sorprendió al encontrarlo en Chile, es porque se lo imaginaba en otro país. ¿No le parece?

Brulé encendió un nuevo cigarrillo. Alguien revolvía con furor las piezas del dominó en la mesa.

—Samuel Léniz, a quien usted seguramente conocía, murió ayer en un accidente automovilístico —precisó Brulé—. Él me iba a contar aspectos de la vida de su hijo.

—Eran amigos —repuso el empresario tragando saliva—. Es horrible, lo leí esta mañana en *El Mercurio*. Sí, él conocía a Cristián. También vivió varios años en Alemania, como exiliado político, y había vuelto hace poco a Chile.

Brulé se acomodó sobre el mesón y bebió.

—Dígame una cosa —dijo pasándose la lengua por el bigote—, su hijo usaba un anillo con una gran piedra negra. ¿Sabe de dónde provenía?

—Sí, creo que era de jade, en forma de triángulo.

—Exacto, la vi en las fotos de su hijo. Ese anillo —añadió Brulé— es idéntico al que utilizaba Samuel Léniz. ¿Usted sabe dónde está? No lo encontré en el departamento de su hijo.

—No. No sé.

—¿Sabe al menos por qué o dónde lo compró?

—No —respondió Kustermann desconcertado.

—Los familiares de Samuel podrán darme un dato, posiblemente.

—Lo dudo, Samuel era un tipo solitario, sus padres murieron hace cinco años, cuando él estaba con prohibición de ingresar a Chile. No pudo asistir a los funerales de sus padres, que también murieron en un accidente automovilístico.

—¿No podía ingresar al país?

—Tenía pasaporte con limitaciones. Alguna razón habría para ello en aquellos tiempos —explicó Kustermann clavando sus ojos deslavados en los del detective—. Todo esto lo sé por Cristián.

Hicieron una pausa en la que solo se escuchó el estruendo de las piezas de dominó sobre la madera.

—Pero hay más —continuó Brulé—. Los que asesinaron a su hijo no lo hicieron con el ánimo de robarle, sino de ajusticiarlo.

Unos surcos profundos se marcaron en la frente de Kustermann. El rictus de su boca se congeló.

—¿Cómo ajusticiarlo?

—Efectivamente —dijo Brulé—. Uno de los empleados del restaurante recuerda haber escuchado que uno de los encapuchados pronunció el nombre de Cristián antes de disparar. Quería cerciorarse de que era el hombre, ¿entiende?

—¿Pero cómo es que la Policía de Investigaciones no partió por ahí? —reclamó el empresario decepcionado.

—El copero se acordó esta mañana que un encapuchado mencionó el nombre de Cristián. Es evidente —añadió Brulé—, se trató de una venganza.

Kustermann hundió sus manos en los bolsillos del pantalón y apoyó el trasero contra el mesón. Por un rato se miró las puntas de los zapatos, y luego consultó el reloj.

—¿Por qué venganza?

El investigador respondió lacónico mirando la espuma de la cerveza:

—Si lo supiera, el caso estaría resuelto.

—¿Por qué motivo una venganza?

—No lo sé, pero si Cristián llevaba tan poco tiempo en Chile, es probable que la causa de la venganza se halle fuera del país. ¿Me entiende? —preguntó Brulé.

—Está claro.

—Probablemente en Alemania —concluyó Brulé encendiendo otro cigarrillo—. Puede ser también en otro país, depende de dónde vivió Cristián. Pero como usted ve, las pistas indican hacia Alemania inicialmente.

—Mi esposa y yo no conocimos a los amigos de Cristián en Alemania —repuso el empresario—. ¿Cómo establecería usted contacto ahora con gente que tampoco conoce?

Se empinó un largo sorbo de cerveza. Brulé lo imitó.

—En el departamento encontré cartas de una amiga de Cristián y una revista dedicada a América Latina para la que escribía. No va a ser difícil ubicar a sus amistades de entonces. Todo esto en el entendido de que usted acepta financiarme el viaje y la estadía.

—¿Y si no hay dinero para el viaje?

—Bueno, le cobraría lo justo y archivaría el caso. Usted tendría que reconocer que no avanzamos por decisión suya.

—¿Y cuánto tiempo calcula usted que necesitaría para investigar en Alemania? —preguntó Kustermann volviendo a meter sus manos en los bolsillos del pantalón.

Brulé se peinó el bigote, se acomodó los anteojos y se acarició la calva.

—Dos semanas, quizás más, a lo mejor menos. ¿Quién sabe? —preguntó buscando los ojos de Kustermann.

El martes por la noche Cayetano Brulé intentó sin éxito comunicarse telefónicamente con Paula Gómez. Una voz femenina, probablemente de su madre, le informó que no se encontraba en casa y que desconocía la hora de su regreso. La respuesta no convenció al detective, por lo que viajó a Playa Ancha a montar guardia frente al domicilio de la ex amiga de Cristián, con la esperanza de consultarle algunas cuestiones surgidas tras el registro del departamento de la víctima.

Paula Gómez se había convertido en persona clave para avanzar, pues era muy posible que dispusiera de información sobre Silvio, la estadía de la víctima entre 1980 y 1990, y Jelle Schwarzkopf, quien seguramente había sido amiga íntima de Cristián.

Paula se había mostrado cooperadora en la primera entrevista, recordó Brulé mientras tomaba una cerveza en un boliche que hacía esquina y quedaba en diagonal a la casa de la mujer. Desde allí, y a través de una ventanilla, podía espiar la fachada.

Paula se había mostrado llana a cooperar. Pero revisando los apuntes, el detective pudo deducir que ella le había aportado escasos antecedentes nuevos.

Ahora, tras el estudio de los documentos de Cristián, el descubrimiento realizado en los archivos de la Oficina Nacional del Retorno, la conversación con el Lalo y las versiones que circulaban sobre la víctima en el hampa, podría enfocar mejor una conversación con la mujer.

Encendió un cigarrillo y pidió otra cerveza a una dependiente de mal talante que atendía el local vacío. La noche no había avanzado y era probable que Paula abandonase en algún momento la vivienda. En la entrada de autos se hallaba estacionado un Zodiac negro de los años sesenta, probablemente de los padres de Paula. Afuera, con dos ruedas sobre la vereda y obstruyendo la salida al Zodiac, se encontraba una destartada camioneta Chevrolet Luv de doble cabina.

Brulé se dijo que podría tratarse del vehículo de Paula o de su compañero, y pensó que la pareja podría salir en cualquier momento. Dada la escasa distancia que lo separaba de la casa, tendría tiempo suficiente para pagar la cuenta y abordarlos.

Cerca de las once de la noche, y después de haber consumido tres botellas de cerveza y un número no cuantificado de cigarrillos, Brulé abandonó desanimado su puesto de observación y se dirigió al Valparaíso Eterno.

El restaurante quedaba en el segundo piso de un vetusto edificio ubicado en medio de los bancos y las compañías navieras de Valparaíso. El centro de reunión de la izquierda nostálgica de la ciudad había sido en el pasado una modesta vivienda a la que se le habían derribado las paredes de adobe y dejado intactos sus pilares de pino Oregón, con lo que se había convertido en un acogedor y original lugar del puerto. Los parroquianos habían llenado de versos y mensajes las paredes restantes, lo que a

Brulé le recordaba La Bodeguita del Medio, de La Habana.

Subió los peldaños del edificio, entró a un mundo que flotaba en semipenumbras, humo y una canción triste de Silvio Rodríguez, y preguntó por el dueño del restaurante.

Ernesto Cardona, el Neco, era un moreno de estatura mediana, sonrisa fácil y ojos oscuros e incisivos.

—¿Y qué hace por aquí el mejor sabueso de Valparaíso? —preguntó emergiendo entre la gente que se agolpaba a la espera de que se desocuparan mesas. Su rostro lo cruzó una sonrisa de dientes albos que fulguraron contra las luces del pequeño escenario. Le acompañaba su amigo de la infancia, un arquitecto de apellido Novoa.

—¿Cómo va la revolución? —inquirió Brulé.

—Ahí, paso a paso, caminando, avanzando como siempre.

—No sé si la revolución prospera, pero sí tu restaurante —repuso Brulé—. Con llenos como estos no tienes de qué quejarte.

El Neco había sido opositor a la dictadura de Pinochet, la que lo había torturado y encarcelado. En 1988, año en que el régimen militar ensayaba una apertura y el Neco ya se hallaba en libertad, había inaugurado el local.

En un dos por tres se había convertido en una peña de música folklórica, donde se contaban chistes y cantaban canciones de tímida, pero ingeniosa crítica a los militares. Ahora se disfrutaba allí de una excelente comida casera, vinos de ocasión y canciones nostálgicas.

—Deberías abrir un restaurante como este en La Habana —recomendó Brulé—. Un mozo de la Cuba de Castro gana seis dólares mensuales y la policía política solo les permite la entrada a los extranjeros, que pagan con dólares. ¿Te imaginas a Carabineros ayudándote así?

El Neco soltó una risa compungida, puso una mano sobre el hombro del investigador y lo condujo al interior del local. En el fondo, en lo que había sido seguramente el dormitorio de la vivienda, el dueño mantenía una mesita reservada para amigos.

Brulé ordenó dos Escudo y un par de empanaditas de queso, entrada obligada del Valparaíso Eterno.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó el Neco.

—¿Te acuerdas del dueño del Il Amico, el cabro que fue asesinado el año pasado en la pizzería de Reñaca?

—Claro. Lo conocía, aunque de lejos.

—Estoy investigando algunas cosas en relación con su homicidio —continuó Brulé bajando la voz—, y hay una cosa que me llama la atención. Hasta ahora yo suponía que Cristián Kustermann era derechista, pero hay indicios de que más bien era izquierdista...

Los aplausos estremecieron el local interrumpiendo a Brulé. El intérprete de las canciones de Silvio Rodríguez se despedía del público en su primera función de la

noche, y ahora los parroquianos recibían a una mujer de cabello ensortijado y nariz aguileña, también armada de guitarra, que tenía la voz dulce de la Joan Baez.

—Sí, algo escuché de que era medio izquierdista —repuso el Neco—. Se decía que había regresado izquierdista. ¿Tú sabes que se pasó como diez años en Alemania, donde hizo mucho dinero? Pero también se dice que antes de irse era furibundo pinochetista.

Una muchacha de caderas generosas les trajo las Escudo y las empanaditas. Brulé pensó en que era posiblemente su séptima cerveza del día.

—A mí me da la impresión de que era derechista cuando se fue a Alemania, y de que volvió izquierdista —comentó el detective.

La empanada frita sabía muy bien. Brulé se sirvió una segunda y le ofreció una al Neco.

—Sé cómo las hacen, por lo que prefiero solo la cervecita —explicó el dueño—, pero dime: ¿es que acaso el crimen de Kustermann no fue por un asalto? ¿Por qué escarbas en el pasado político del finado?

—Hasta el momento lo que he averiguado deja todos los caminos abiertos —precisó Brulé—. Sin embargo, necesito saber algunas cuestiones más precisas sobre la posición política de Cristián Kustermann, ¿conoces a alguien que me pudiera informar desde la izquierda sobre él?

El Neco soltó un eructo leve y se cubrió la boca con un puño. Sonrió un instante con la vista clavada en los ojos de Brulé. No había desconfianza en su mirada, solo una incertidumbre tenue.

—Estoy pensando en un compañero —agregó cerrando los párpados como si no viese bien el rostro del detective—. Se trata de un cabro que, si el finado era izquierdista, tiene que saberlo. Pero es delicado, sabes.

—Vamos, Neco, si ya no estamos bajo la dictadura.

—¿Crees que esto es democracia? Aquí sigue mandando Pinochet, y los partidos de la izquierda trabajan a dos niveles, por lo que pudiera ocurrir.

—Confía en mí —rogó el detective—. No me vas a acusar ahora de soplón.

—La policía ha intensificado la represión contra los cabros del Frente y ellos se cuidan mucho.

Brulé aprisionó la muñeca del Neco, y dijo:

—Están cometiendo crímenes imperdonables con los bombazos y el asesinato de carabineros, pero yo necesito información de ellos. Tú sabes cómo puedo llegar a ellos...

—Habla con Martín, atiende el puesto 73 de la feria de artesanía de Valparaíso, en la avenida Pedro Montt.

El público aplaudió el pequeño discurso de la cantante sobre los éxitos de la Cuba revolucionaria en la salud y la defensa ante el imperialismo norteamericano. Ahora entonaba una popular canción de Carlos Puebla sobre el Che Guevara.

—¿Quién es Martín? —preguntó Brulé tras acabar con su cerveza.

—Es un cabro cercano al Frente —dijo el Neco bajando aun más la voz—, él le sabe la historia a todo el mundo. Dile que te envié yo, o de lo contrario se va a hacer el loco.

Cerca de las cuatro de la madrugada, después de que la voz de la Joan Baez porteña cerró el show del Valparaíso Eterno, Brulé se despidió del Neco, deseándole éxito en su proceso de acumulación originaria, y bajó tambaleando los peldaños del edificio.

Solo una brisa perfumada a salitre recorría a esa hora la desierta y silenciosa calle Cochrane. Brulé se encaminó por el centro de la arteria en dirección al reloj Turri, pasó frente a la oscura entrada del funicular al Cerro Concepción, donde unos perros hurgaban en un tarro de la basura volteado, y tomó por la escala que se apoya en el edificio del diario *El Mercurio* para subir el cerro.

En la semipenumbra la grada se ofreció interminable ante los ojos de Brulé. Los contornos de los peldaños y la baranda le parecieron oscilar. La brisa fresca traía de algún lugar una melodía de Boney M. que el detective intentó entonar mientras iniciaba una marcha ascendente y trastabillante por el cerro.

Seguramente Martín le daría información sobre Cristián Kustermann. No se convertiría en un eslabón clave para esclarecer el crimen, pero su olfato le decía que sería importante. ¿Habría un móvil político?

Al rato sintió que le faltaba aire y que los músculos de las piernas se le agarrotaban. Ya no era el joven de Miami, eso lo sabía, pero si algo lo tenía por las cuerdas, eso era el exceso de alcohol. Acercarse a los cincuenta sin hacer ejercicio, consumiendo café a toda hora y fumando en cadena, una vida desordenada y sin horario, todo eso lo estaba dañando.

—Si resuelvo este crimen tendré suficiente para cambiar el auto, darle un toquecito a la casa y salir de vacaciones con Margarita —se dijo deteniéndose en un descanso de la escalera.

Miró a través de los barrotes hacia las luces de Valparaíso que titilaban en el mar. Se abrió dificultosamente el marrueco y comenzó a orinar contra la ciudad.

—Al menos no me estoy cagando en la perla del Pacífico —se consoló.

En el puerto las grúas seguían trasladando contenedores de fruta y los camiones vacíos abandonaban con aire alegre los recintos portuarios.

Un feroz golpe en las costillas lo hizo estrellarse contra las rejas. Sintió escozor en la frente y la nariz, y creyó que le habían quebrado la mano derecha. Intentó darse vuelta para ubicar al agresor, pero un nuevo golpe, esta vez en la nuca, lo devolvió contra los fierros. Escuchó el crujido del marco de sus anteojos y el tintineo de los cristales en el pavimento. Impulsado por la ira y el dolor trató de llevarse la mano al pecho para extraer la Smith and Wesson 36, pero un garfio poderoso lo cogió de un hombro y lo hizo girar.

Quedó de frente a los asaltantes por unos segundos. Los suficientes para contarlos, eran tres hombres, mas no para identificarlos. Sin los gruesos cristales

estaba condenado a no distinguir nada. Uno le propinó una patada entre las piernas, que lo hizo doblarse y caer de bruces.

—Para que aprendai a no meterte en huevadas —advirtió una voz seca y agitada.

Alguien le dio un puñetazo en la cabeza. Sintió que se apoderaban de su revólver, de su billetera y su reloj.

—Hijos de puta —exclamó Brulé sintiendo el gusto salobre de su propia sangre en los labios—, no tengo ni un peso.

Una andanada de patadas le cayó a modo de respuesta en el estómago y la cabeza.

—No te pongai atrevido, huevón...

Se cubrió el rostro con los brazos e intentó protegerse encogiéndose como un feto, cerrándose como un ovillo. Las patadas continuaron, acompañadas de insultos y escupitajos. Sintió el escozor de un puntapié en su ceja izquierda.

—Así que gallito el tipo este, ah...

Percibió hilillos de sangre tibia deslizándose por su rostro. El cuerpo entero le hervía. Abrió la boca para tragar una bocanada de aire, pero su esfuerzo se convirtió en mueca y luego en un bramido profundo, animal, que revoloteó como un murciélago por las escaleras y después sobre la ciudad.

Brulé sintió que podía gritar sin parar a tomar aire y en ese instante supo que solo clamando desafortadamente podría salvar su pellejo. Y mientras gritaba no sentía dolor, ni ardor, ni miedo, ni tampoco los golpes.

Y supo que gritar era bueno.

Y gritó hasta que alguien lo ayudó a darse vuelta para quedar tendido de espaldas en el descanso de la escala.

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Quiere que llame a los carabineros? —preguntó una voz de hombre.

Brulé intentó abrir los párpados, pero renunció de inmediato a ello porque la luz del día lo encandiló. El hombre estaba de hinojos ante él y comenzaba a golpearle suave, pero nerviosamente las mejillas.

—Oiga, amigo, aguántese un poquito. ¡Chutas!, le dejaron la cara como membrillo, aguántese un poquito que mi hijo fue a buscar a los carabineros.

—Cabrones —exclamó Brulé. Sentía las mejillas adormecidas y la cabeza amenazaba con explotarle—. Póngame, por favor, a la sombra —rogó el detective escupiendo sangre espesa.

—Esta no la cuenta dos veces, amigo. Los *cogoteros* se ensañaron con usted —comentó el hombre—. Ha habido varios asaltos aquí, este lugar es peligroso de noche. Ya sabe para la próxima.

Días más tarde, en una mañana brumosa y fría en que los zorzales no aparecieron, Cayetano Brulé abandonó la cama y antes de continuar sus investigaciones tuvo que acudir al oculista por un nuevo par de anteojos. Suzuki, Margarita y la siempre fiel Esperanza le sirvieron de lazarillos, pues su avanzada miopía le impedía alejarse solo de casa.

La golpiza había sido contundente. En algún lugar de la subida de *El Mercurio* había dejado la punta de un colmillo, y en el hospital Carlos van Buren habían tenido que calzarle tres puntos sobre la ceja izquierda para cerrarle un tajo profundo.

No le quedó más que despedirse de la chaqueta de su terno, hecha jirones por la desigual refriega, de su fiel Smith and Wesson, de su antigua billetera de plástico comprada en la feria y de los marcos oscuros de sus anteojos.

Los carabineros no habían dado aún con los asaltantes y a modo de consuelo le manifestaron que al menos había salido con vida del atraco. Pero Brulé estaba convencido de que se trataba de una medida intimidatoria vinculada con la investigación que llevaba adelante.

El día que se sintió restablecido, hizo venir a casa a Suzuki temprano por la mañana. Su aspecto era todavía deplorable. Tenía los labios hinchados, una mejilla inflamada, los ojos en tinta y un gran parche sobre la ceja izquierda.

—Pero, jefazo, esta historia no la cuenta dos veces —comentó Suzuki sin poder reprimir una sonrisa al ver a Brulé aparecer rengueando envuelto en una bata verde de algodón.

Margarita, que se había instalado en la casa para el período de emergencia, les preparó un desayuno consistente en huevos a la copa, pan tostado con mantequilla y un café cargado.

—Jefe —dijo Suzuki ofreciendo la silla al investigador—, no pude averiguar un solo dato sobre Samuel Léniz: Vivía solo.

—Tengo que hablar urgentemente con Paula Gómez —recapitó Brulé mordiendo la tostada con cuidado, ya que aún le sangraban las encías—. Pero no contesta el teléfono y su madre la niega. Yo sé que me está esquivando. Tienes que ubicarla, haz guardia frente a su casa, y dile que es urgente y que corre peligro.

No era cierto, pero quizás de esa manera podría picar el anzuelo y concederle una nueva entrevista. Tenía varias preguntas que hacerle, y estaba seguro que Paula sabía algo más de lo que le había contado la primera vez. Al menos tendría que estar al tanto de los amigos alemanes de Cristián.

Brulé había perdido la oportunidad de ubicar a Paula Gómez en el entierro de Samuel, al que habría asistido, pero el reposo absoluto le había impedido viajar a Santiago. Seguía siendo imperioso hablar con ella.

—Hay algo más que deseo encargarte —añadió. Margarita había sacado a pasear a Esperanza—. Acércate a la joyería Zeldis, de la calle Esmeralda, y consulta sobre lo siguiente.

El detective extrajo de su bata un par de fotos.

—Me las trajo anoche Pepe Alcántara, el fotógrafo de *La Estrella*. Son de la mano de Samuel Léniz, ¿conoces esa piedra?

El asistente observó detenidamente las fotos en blanco y negro.

—De piedras no sé nada —admitió Suzuki.

—Muéstraselas a doña Adriana para que las identifique —ordenó Brulé—. Yo no me atrevo a ir a verla en esta facha. Pregúntale sobre la procedencia de esta piedra, y si existe en Chile. Me llama la atención que Cristián y Léniz hayan utilizado un anillo idéntico. ¿Será símbolo de algo?

Suzuki lanzó una sonrisa mal intencionada.

—¿Novios? —especuló soltando ahora una carcajada.

—Los antecedentes que poseo no dan para eso —replicó Brulé, serio—. Me inclinaría a decir que simbolizan una hermandad...

—¿De qué?

—No lo sé, solo me lo imagino. Pero descarto absolutamente la teoría de la homosexualidad —repuso Brulé poniéndose de pie.

Dejaron la mesita de la cocina y se encaminaron por el pasillo hacia la salida de la casa. El detective abrió una hoja de la mampara de cristales brumosos para dejar entrar el olor intenso del mar de febrero. Se filtraron también los ecos metálicos del puerto.

—La alianza podría estar vinculada con negocios oscuros —sugirió Suzuki.

El detective extrajo una cajetilla de Lucky Strike del bolsillo de la bata. Encendió un cigarro.

—No puedo ni aspirar —se quejó.

Frente a la casa pasó una anciana con rostro adusto y seco acompañando a un Dackel.

—Buenos días, don Cayetano —saludó la mujer con voz cascada, sin detener su marcha, como el perro—. ¿Ya recuperado?

—Gracias, doña Ulrike, mucho mejor, mucho mejor —replicó Brulé esbozando una sonrisa. No la pudo distinguir más que por su voz—. Es una antigua maestra de gimnasia del colegio alemán, que funcionaba en Pilcomayo —explicó en voz baja.

La alemana se perdió en dirección al Café Turri, y el Paseo Gervasoni quedó desierto hasta que un grupo de turistas emergió del edificio del funicular.

—Sigo creyendo que la respuesta está en la estadía de Cristián en el extranjero —continuó Brulé—. De nada sirve especular sobre el significado del anillo, no nos conducirá a la verdad. Hay que buscar el origen de ese símbolo.

—¿La clave está en Alemania? —preguntó Suzuki.

—Allá o en los países donde Cristián vivió antes de instalarse en Alemania.

La camanchaca se había adueñado ahora férreamente de Valparaíso, que se había desvanecido en una nube gris y densa.

Seguramente Martín Chacón había conocido días mejores en su juventud.

Ahora era un hombre esmirriado y pálido, de unos cincuenta años, que ocupaba un banquillo demasiado bajo detrás del mostrador del kiosco número 73, entre collares de conchitas, campanas de greda, palomas de la paz y poemas escritos en papel de arroz.

Pero el brillo de sus ojos diminutos delataba que había sido testigo de algo más que del desplazamiento de clientes por el pasillo húmedo y sombrío de la feria de artesanía de Valparaíso.

—¿Don Martín? —preguntó Brulé aquel mediodía caluroso por entre las palomas que se balanceaban suavemente con la brisa marina. Llevaba unos cubrelentes oscuros sobre sus nuevos anteojos para ocultar el morado de sus párpados y para disimular el parche sobre la ceja izquierda.

Mirándolo desde abajo con desconfianza, el hombre apretó el mate con la bombilla entre sus manos finas. Era prácticamente lampiño y cubría su cabeza con una gorra verde de la Shell.

—Con él —gruñó sin inmutarse. Tenía un tono agudo de voz, como el de un adolescente.

Brulé se sintió incómodo. El hombre le observaba el parche en la ceja y seguramente había advertido los moretones que trataba de ocultar detrás de sus anteojos. Se ordenó las puntas de su bigote y después enfundó las manos en los bolsillos, tratando vanamente de ser un cliente más.

—Vengo de parte del Neco, me dijo que usted podría ayudarme con una consulta...

—Usted dirá de qué se trata —respondió Martín Chacón poniéndose de pie. En su rostro se dibujó ahora una sonrisa tímida e interrogante—. Si es amigo del Neco, entonces es gente buena. ¿Se le ofrece algo en especial? Tenemos buenos precios...

Sonaba ridículo el plural utilizado por Chacón en aquel kiosco donde apenas había espacio para él. Por el rabillo del ojo Brulé percibió que los vecinos, que ofrecían palomas de la paz y poemas en papel de arroz idénticos a los de Chacón, seguían con curiosidad la conversación.

—No es un negocio muy bueno, pero podríamos encontrarnos en otro lugar, un poco más tarde —propuso Brulé.

Chacón volvió a tomar entre sus manos el mate y dio un sorbo largo y tranquilo con los ojos puestos en el mostrador, donde yacían un cuaderno de apuntes, unos libros amarillentos de la desaparecida editorial Quimantú y boletos de una rifa de los bomberos.

—¿Qué le parece si nos encontramos a la una en la Tao Tao? Un sándwich y un

café no andarían mal, ¿no cree?

—Definitivamente no —repuso pensativo—. Mejor a la una y media, que a esa hora podemos abandonar la tienda.

El detective aprovechó la hora que lo separaba del encuentro para comprar una cajetilla de cigarrillos en un kiosco de diarios y obtener monedas para llamar a la oficina.

Suzuki ya había conversado con doña Adriana. La piedra del anillo de Léniz era jade negro, una piedra originaria de Guatemala y la India, que se trabajaba poco en Chile.

—¿Y qué novedades hay de Paula Gómez? —preguntó Brulé apoyando su cuerpo contra la caseta telefónica.

—Ah, se me olvidaba, jefe —la voz apenas se percibió, apagada por el paso de los buses en carrera por plena avenida Pedro Montt—. No la pude encontrar por teléfono ni ayer, ni hoy en la mañana. Anoche me respondió una viejita, que dijo que no sabía cuándo volvería. Y esta mañana no contestó nadie.

—Aprovecha de irte ahora mismo a montar guardia frente a la casa, tiene que llegar a almorzar al menos —masculló Brulé—. Llámame cuando la hayas encontrado, estaré en el Paseo Gervasoni o en la agencia.

El detective mató el tiempo sentado frente a la pileta de la Plaza Victoria. Las sombras de las palmeras brindaban un fresco agradable a esa hora, que aprovechaban los jubilados y desempleados para dormir en los bancos.

Por la tarde, después de la conversación con Chacón, entraría nuevamente al departamento de Cristián para registrarlo por si encontraba el anillo de jade. Después tendría que compararlo con las fotos tomadas al de Léniz, aunque estaba seguro de que los anillos eran, si no idénticos, al menos muy similares.

Encendió un cigarrillo, el último de su cajetilla. Un niño, que tiraba del cordel de un pato de madera con ruedas, lo quedó observando alelado mientras lanzaba el humo por la nariz. ¿Le había llamado la atención el humo o el parche sobre la ceja?

De pronto le pareció demasiada casualidad que las dos personas que llevaban un anillo semejante hubiesen muerto con escaso margen de diferencia. ¿No estaría exagerando con sus sospechas? Era el gaje del oficio, la deformación de toda profesión, se dijo calmándose. No, no podía ser. Cristián había sido asesinado, Léniz había muerto en un accidente. Cada año morían en Chile más de mil personas en accidentes del tránsito, Léniz era uno más.

Sacó su libreta e hizo unos apuntes. Consultó su reloj. Era hora de dirigirse a la fuente de soda.

El Tao Tao era un local barato y a mal traer que daba a la ruidosa avenida Pedro Montt. Tomó asiento a la una y media en punto en una de las mesas adosadas al ventanal, y segundos más tarde arribó Martín Chacón. Ordenaron *hot dogs* y sendos *chops*.

—El Neco me dijo que usted me podría dar antecedentes sobre Cristián

Kustermann, el dueño del restaurante Il Amico que fue asesinado hace unos meses — dijo Brulé entrando sin rodeos al tema.

Chacón colocó la gorra sobre la mesa, junto al ají y el *ketchup*, y se paseó un dedo sobre su calva pecosa recogiendo el sudor.

—El Neco dice muchas cosas, pero antes que nada quiero aclararle que odio a los tiras, así es que si usted es del club, mejor dejamos hasta aquí la conversación — advirtió Chacón intentando un aire resuelto.

—No soy policía —aclaró Brulé. Tenía que calmar a Chacón o se le evadiría—. Pero me gano el puchero como detective privado, y estoy investigando el asesinato de Kustermann, que Investigaciones no esclareció.

—Son incapaces de combatir el crimen, son corruptos y bajo la dictadura colaboraron con la DINA —gruñó Chacón.

Una señorita de uniforme conchevino y delantal blanco les trajo un par de *hot dogs* de los que chorreaba la mayonesa y unos vasos de cerveza coronados de espuma.

—Creo que estamos de acuerdo en eso —insistió el detective—, por lo que con mayor razón le pido que me ayude. Si el Neco me recomendó hablar con usted debe ser porque confía en usted y en mí. ¿O no?

Chacón tenía la mirada indecisa de los clandestinos y en sus gestos había algo de torpeza. Probablemente había escrito varias de las máximas y de los poemas impresos en papel de arroz que ofrecía en su kiosco, pensó Brulé. Las manos delgadas y albas, y su expresión calculada revelaban al sociólogo chileno de comienzos de los años setenta.

—¿Qué quiere saber de Kustermann? ¿Por qué no lo deja tranquilo ahora que está muerto?

—Porque hay versiones contradictorias sobre él, que no me encajan para explicar su muerte.

—Pero sí está claro que lo balearon porque opuso resistencia al asalto en su restaurante.

Chacón dio un gran mordisco por un extremo del *hot dog*. Tenía hambre.

—No opuso resistencia, y lo mataron igual —corrigió el detective.

El vendedor de palomas de la paz masticó a gusto. Se le habían llenado de mayonesa las comisuras de los labios.

—Lo liquidaron en un asalto, es el peligro que corremos todos los comerciantes —insistió Chacón con tono de solidaridad gremial.

—Dicen que Cristián Kustermann era izquierdista, más exactamente del Frente.

Chacón levantó la vista del *hot dog*, y miró fijo al detective. En sus ojos brillaban ahora severidad y reticencia.

—Es posible que haya sido un crimen de la ultraderecha —admitió—. En este país aún gobiernan los militares. Pero no crea que le voy a dar información sobre gente que militó en la revolución.

—¿Ni aunque esa información sirviera para aclarar un homicidio perpetrado por ultraderechistas? —preguntó Brulé probando la consistencia del *hot dog* y del comerciante.

Chacón miró hacia la calle, por donde pasaba un trolebús. Su mano izquierda buscó el vaso de cerveza.

—La gran lección que extrajimos de la época de la dictadura fue que los partidos revolucionarios deben operar siempre, también en democracia, a dos niveles, uno en la legalidad y otro en la clandestinidad —sentenció Chacón—. Eso lo previó Lenin en 1912. No estamos dispuestos a abrirnos ante desconocidos. ¿Qué seguridad tenemos nosotros de que usted no sea un agente de inteligencia enemiga?

Había vuelto a aparecer el plural en primera persona. Chacón sorbió con parsimonia del vaso. Ahora miraba fijo al detective.

—No le puedo demostrar que no lo soy —replicó Brulé reprimiendo un suspiro—. Pensé que con el mensaje del Neco bastaba. Solo estoy tratando de investigar un caso que la policía oficial, la que cooperó con Pinochet, como dice usted, no resuelve.

El comerciante sacó una servilleta del contenedor de aluminio y se la pasó por los labios. Luego la convirtió en una pelotita que arrojó al plato en que venía el *hot dog*.

—Además —continuó al rato—, es muy poco lo que sé del Cristián en términos políticos.

—¿De qué onda era?

—Era un cabro de la burguesía —sentenció—. Está muy bueno, ¿puedo pedir otro? —preguntó cambiando de tono—. La cotización del Frente me deja apretado con mis ingresos —añadió a modo de disculpa.

Brulé asintió con la cabeza.

—¿Otro *chop* también? —preguntó.

—Es un buen día para beber cerveza helada. ¿Por qué no?

El detective ordenó dos *hot dogs* y dos cervezas más.

—¿De la burguesía?

—Sí —continuó Chacón acariciándose la barbilla. Había algo de satisfacción en su rostro al constatar que el otro aceptaba sin más su conceptualización—. Se unió a la lucha antifascista a fines de los setenta, era un cabro joven, eso fue antes de irse a Europa.

—¿Se afilió a algún partido de izquierda en aquel tiempo?

—No —replicó el comerciante. Cuando intentaba recordar enarcaba las cejas—. Era un tipo que se ganó las simpatías de algunos dirigentes revolucionarios de la región, era útil porque por su aspecto y extracción social podía operar como un correo seguro.

La señorita del uniforme retiró los platos y volvió a servir un par de *hot dogs* repletos de mayonesa. Chacón añadió *ketchup* sobre la mayonesa.

—¿De quién era correo?

—¿Ve que usted quiere saber más de lo que yo le puedo decir? —reclamó Chacón

con una sonrisa decepcionada—. Aguántese, yo no he dicho que haya actuado como correo, le di a entender que yo creo que pudo haber sido un buen correo.

—¿Pero trabajó con usted?

—Conmigo nunca. Usted sabe que en la época de la dictadura se trabajaba muy compartimentadamente. ¿Usted qué hacía? —preguntó el comerciante a quemarropa.

—Yo hacía lo mismo que hago ahora, ganarme la vida investigando casos que me ofrecían.

—¿Y nunca le pidieron investigar el paradero de un detenido-desaparecido?

Le había tocado la hora a los *chops*.

—En realidad nunca —dijo Brulé jugando con el vaso frío—. No fue culpa mía. Nadie recurrió nunca a mí con un caso así. Quiero que sepa que yo siempre me he dedicado a investigar casos de poca monta, soy un proletario de la investigación policial.

No lograba vencer el recelo de Chacón. Era muy probable que este iniciara más adelante investigaciones sobre su propia agencia y que descubriera que había nacido en Cuba. Para un revolucionario, todo cubano que vive fuera de Cuba por decisión propia es un traidor, un gusano, recordó Brulé.

—Bueno, uno sabía entonces a quién recurrir. Cosas como esas eran asuntos de confianza, como el de elegir a un abogado —afirmó el comerciante con desdén—. ¿Y cómo conoció al Neco?

Tragó un largo sorbo de cerveza. La comida se le estaba enfriando, y la conversación le incomodaba ahora.

—En la época dura —respondió Brulé manteniendo la vista ante los ojos escrutadores del comerciante—. Habrá razones por las cuales el Neco me mandó a verlo, ¿no cree?

—El Neco —repitió el otro pensativo—. ¿Sabe?, el Neco tampoco es santo de mi devoción. Desde que se metió a empresario ha cambiado. Es así. El ser determina la conciencia, como dice Carlos Marx, y nuestro Neco se va convirtiendo a diario, quiéralo o no, en un burgués que busca salarios más bajos, productos más baratos y más clientela...

—Estábamos hablando de Cristián Kustermann...

Chacón había dado cuenta de su segundo *hot dog*.

—Cristián era lo que yo le dije. No sé más —se excusó mostrando sus palmas.

—Eso era cuando se fue, ¿pero cuando llegó? ¿Seguía siendo de izquierda?

El comerciante hizo chasquear la lengua con un gesto de amargura y bebió.

—Bueno, pasó lo que va a pasar algún día inexorablemente con el Neco —pronosticó como oteando el futuro—. Se convirtió en disidente, rompió con la revolución y volvió cambiado.

—¿Por qué algunos piensan que era derechista antes de salir de Chile?

—Jugó el papelito. Era la mejor forma de protegerse.

—¿Les hizo daño al retirarse?

—Mire, yo sé lo que usted está pensando —repuso Chacón apuntándolo con el índice—. Si la revolución liquidara a todos los que la traicionan, este país sería un charco de sangre mucho mayor. Pero nosotros creemos que es un proceso natural de decantación, de purificación del movimiento revolucionario, que al final se queda solo con los mejores cuadros. La calidad es lo importante, ¿entiende?

Había algo de la gesticulación de Fidel Castro en los movimientos nerviosos de Chacón cuando se internaba por la política. Brulé habría apostado a que el comerciante había sido dirigente estudiantil.

—Hoy muchos de los revolucionarios de los setenta son socialdemócratas de derecha y se avergüenzan de su pasado, y reniegan del socialismo y de Cuba —comentó Chacón bajando la vista. Empinó el vaso y acabó drásticamente con la cerveza—. Estamos en una época de resaca revolucionaria, pero la rueda de la historia sigue rodando.

—¿Y Cristián Kustermann nunca les declaró la guerra? —preguntó Brulé cogiendo una servilleta. Definitivamente no terminaría su segundo *hot dog*. Sentía un dolor agudo en las encías y tenía deseos enormes de ir a orinar.

—Cristián volvió de Alemania y se dedicó a la pizzería, no habló más de política, cambió sus ideales por los tallarines y las salsas. Allí lo encontró la muerte. Habría sido más noble haber muerto combatiendo contra la dictadura —reflexionó Chacón pasándose la palma de la mano sobre la calva—. Se empachó con la política y se despidió de ella para siempre.

—¿No ha pensado a qué puede haberse debido este cambio?

Una sonrisa mezclada con un eructo con olor a cerveza se dibujó en su rostro lampiño.

—¿Qué cree usted? —preguntó esgrimiendo una risita lasciva—. Alemania, la buena plata, las rubias tetonas, un padre con billete. Un burgués no se hace nunca el harakiri...

Paula Gómez llegó a la cafetería de la playa Las Torpederas cuando el sol comenzaba a caer en el Pacífico y las gaviotas emitían los últimos graznidos del día. Brulé, que la aguardaba sentado a una mesa, la invitó a caminar por la avenida Altamirano que corre junto al mar.

—Usted tenía razón —dijo el detective mientras subían los peldaños que conducían a la avenida—, Cristián vivió pocos años en Alemania, de los diez que pasó en el extranjero.

—¿Y el resto del tiempo? —pregunto Paula sorprendida.

—Eso mismo me pregunto —repuso Brulé—. Los documentos de Cristián en la Oficina Nacional del Retorno indican que había arribado a Alemania recién en 1986. Naturalmente no señalan su procedencia.

Esperó su reacción, pero ella se refugió en el silencio. Se encaminaron a paso lento en dirección al sur, bordeando el balneario. Soplaban un viento tibio pero persistente. Al día siguiente amanecería despejado, pensó Brulé.

—¿Y ese parche? —preguntó al rato Paula.

—Un asalto, del que no vale la pena hablar —cortó el detective.

—La delincuencia crece a diario, es señal de que algo anda muy mal en el país. Mientras unos pocos se hacen más ricos, la mayoría se hace más pobre —replicó la mujer. Luego introdujo sus manos en los jeans y caminó con la vista baja.

—A lo mejor se trató solo de un mensaje.

—¿Cómo?

—Quizás hay alguien que no desea que yo continúe con la investigación —planteó Brulé—. No he recibido amenazas, pero son demasiadas casualidades. La muerte de Léniz fue un accidente, pero bien pudo haber sido un atentado.

—Tampoco se trata de especular.

—A propósito de Léniz. ¿Por qué él y Cristián tenían un anillo idéntico con una piedra de jade cortada en triángulo?

—Cosas de amigos —replicó Paula, sin darle importancia—. Se conocían desde el colegio alemán, y estuvieron en la misma época en Alemania. Parece que allá juraron un hermanamiento.

Hizo una pausa. Brulé siguió el desplazamiento hipnótico de la cresta de una ola que estalló contra las rocas.

—En Alemania se usa mucho ese tipo de simbología entre los jóvenes que comparten ideales —continuó la mujer—. Nunca le di importancia.

—¿Ideales políticos?

—No —replicó ella, chasqueando la lengua—. Ideales es mucho decir. Formas de ver y gozar la vida. Iban a cazar juntos, al *bowling*, bebían en grupo y se ayudaban

mutuamente. Una especie de masonería.

Habían completado el semicírculo que formaba la avenida en torno al balneario, y ahora avanzaban hacia una explanada sin vegetación que nacía a los pies de un cerro seco y moría en las rocas. Las olas rompían estruendosamente, levantando espuma y una llovizna blanca.

—El auto de Léniz se incendió y explotó —comentó Brulé.

En un costado de la explanada, casi escondidos por la sombra del cerro, los ocupantes de dos automóviles aguardaban que cayera la noche. El investigador y Paula se dirigieron hacia los roqueríos, dejando a sus espaldas los vehículos.

—La famosa Piedra Feliz —comentó la mujer indicando hacia la roca más alta. En su rostro apareció una sonrisa nostálgica—. Aquí se suicidan los enamorados.

—¿Estuvo alguna vez con Cristián aquí?

Ella se volvió hacia el detective y se pasó una mano por sobre su cabello corto. Estaba húmedo.

—Cristián no sabía nada de esto —suspiró—. La gente de Viña ignora leyendas populares como la de la Piedra Feliz. Para eso hay que haber nacido en Valparaíso.

Era un buen momento para hablar con Paula. El atardecer junto al mar había limado sus asperezas de la primera entrevista, y parecía más abierta y confiada, pensó Brulé. Dejaron la explanada y avanzaron sobre las rocas. Parecían una pareja en sus finteos iniciales.

—¿Nunca le habló Cristián de Jelle Schwarzkopf? —preguntó Brulé deteniéndose.

—Nunca —respondió la mujer. Parecía ahora más interesada en las olas—. ¿Quién era?

—Posiblemente una amiga de Cristián en Bonn —replicó el detective—. Paula —continuó asiéndola del brazo—, usted me miente, si vivió en el departamento de Cristián, tiene que saber que Jelle le escribía regularmente.

—Usted es un buen detective —comentó Paula. Soltó una risa casi infantil, como un niño sorprendido en falta—. Jelle era una de las amigas de Cristián.

—¿Una o *la* amiga? —inquirió Brulé soltándole el brazo—. Eso es importante. Si ella fue su novia, tendrá que saber algo sobre él.

Brulé se mantuvo largo rato a la espera de la respuesta. El viento les soplaba impertinente en la cara y optaron por retornar. A lo lejos aguardaban los automóviles.

—De nada sirve investigar —dijo la mujer, fastidiada—. Cristián ya murió y nada lo traerá de vuelta.

—¿Y de Silvio? —preguntó Brulé a quemarropa—. ¿De Silvio escuchó hablar alguna vez a Cristián?

En la semipenumbra ya no podía ver sus reacciones. La gravilla crujía bajo sus pies a medida que avanzaban.

—¿Quién le contó de Silvio? —preguntó ella.

Brulé la vio de perfil. Se mordía el labio inferior. Posó su mano sobre el hombro

de la mujer. Ella no lo rechazó. Siguió caminando. Se acercaban ahora a los vehículos.

—Nunca vi a Silvio —respondió la mujer—, pero existía y Cristián le temía. Fue la época en que echó doble chapa de seguridad al departamento.

El detective recordó la doble chapa en la puerta. Era cierto. Entonces le habían parecido extrañas las medidas de seguridad en un edificio donde el acceso era controlado.

—¿Cómo sabe que existe si nunca lo ha visto?

—Cristián me lo contó. Se lo encontró un día en Reñaca, llegó muy sorprendido. Le pregunté qué le había sucedido y me dijo que había encontrado a un amigo de viejos tiempos. Pero no detalló más.

—¿Y le dijo que se trataba de Silvio?

—No. Silvio llamó un par de veces a Cristián al departamento, yo atendí dos veces, y me dejó su nombre. Como no lo conocía, le pregunté a Cristián quién era, y me dijo que se trataba del amigo que había vuelto a encontrar.

—¿Cuándo ocurrió eso?

Ella se quedó en silencio y se detuvo. Sacó un pañuelo de sus jeans y se restregó la nariz. Estaba agitada.

—Siete o seis meses antes del asesinato —replicó doblando el pañuelo para volver a guardárselo.

—¿Era chileno?

—Tenía un acento raro —replicó ella—. Como de centroamericano.

—¿Un cigarrillo? —preguntó Brulé en un intento por apaciguarla.

Ella aceptó. El detective pudo encender los cigarrillos solo al tercer intento. Había oscurecido y los automóviles eran ahora solo un par de pálidos reflejos en medio de la penumbra. Brulé volvió a colocar delicadamente su mano sobre el hombro de la mujer.

—¿Y por qué Cristián puso doble chapa? ¿Se sentía amenazado por Silvio?

—Fue horrendo —respondió ella de improviso bajando su cabeza. Calló.

El detective dejó pasar unos instantes. No quiso agitarla.

—Dígame, nos conviene —sugirió presionando levemente sobre el hombro de la mujer.

Ella lanzó un suspiro casi ahogado. Se escuchaba el oleaje impetuoso y de cuando en cuando el crujido de la gravilla bajo las suelas.

—Fue horrible —dijo—. Una noche en que estaba sola en el departamento, llegaron hasta allí tres tipos encapuchados. Fue horrible —repitió echando a sollozar.

—Calma. Cuénteme —suplicó el detective—. ¿Qué pasó entonces? ¿Dónde estaba Cristián?

—En la pizzería. Los tipos me pusieron una mordaza, me desnudaron y me amarraron a la cama.

Calló nuevamente. Se detuvieron. Solo el mar seguía golpeando al mundo. Ella

dudó entre seguir su relato o guardar silencio.

—No me hicieron nada —aseguró. Su cigarrillo se iba consumiendo—. Nada. Registraron la habitación. No se llevaron nada, y se fueron. Cristián, cuando me liberó, me dijo que había sido una operación de Silvio.

—¿Por qué?

—No me lo explicó. Usted siempre piensa que la gente se comporta racionalmente en todas las circunstancias —le reprochó ella.

—¿Lo denunciaron a Carabineros?

—No.

—¿Por qué?

—Cristián se opuso, dijo que era una venganza y que Carabineros solo enredaría las cosas. Dijo que tenía que actuar de otro modo para neutralizar a Silvio.

—¿Venganza de qué?

—Nunca me lo dijo. Al día siguiente ordenó colocar dos chapas de seguridad y a partir de entonces yo lo acompañaba a diario a su pizzería. Yo no aguanté más y lo dejé al tiempo. No podía seguir viviendo con un desconocido —dijo Paula reprochándose.

Aspiró el cigarrillo por primera vez. Algo se movió a sus espaldas.

—¿Y usted no lo denunció a Carabineros?

—¿Qué sacaba, fuera de salir en el diario? No eran ladrones comunes. No hablaron una sola palabra. Y Cristián nunca me dijo qué buscaban en el departamento.

—¿Lo sabe su compañero?

—Usted es el único —repuso ella.

Un par de días más tarde, Cayetano Brulé se reunió a almorzar con Carlos Kustermann en La Cucina di Mastrantonio, un acogedor restaurante italiano en las cercanías del casino de Viña del Mar.

El detective decidió omitir lo que Paula Gómez le había relatado sobre la irrupción de los tres hombres en el departamento y el conflicto de Cristián con Silvio. No confiaba en que el empresario fuese capaz de mantener para sí la información. Lo más probable, pensó Brulé, es que acuda a la Policía de Investigaciones a denunciar lo sucedido.

La confesión de Paula había terminado por confirmar las sospechas de Brulé en el sentido de que la clave del crimen estaba fuera de Chile. Era claro que si Cristián había sido sorprendido por la aparición de Silvio en Reñaca, esto significaba que lo imaginaba en otro país.

¿Pero por qué se sentía amenazado Cristián? ¿Y por qué había sido violentada de tal forma su compañera? Era indudable que se trataba de un mensaje. Tenía muchas semejanzas con los mensajes que entregaba el hampa.

Volvía a caer en el mismo círculo: ¿Estaba ante una venganza por asuntos de drogas, negocios, política o mujeres? La respuesta solo la encontraría reeditando el itinerario de Cristián en los últimos años.

El detective y el empresario ocuparon una mesa junto a la entrada del local y ordenaron lasaña acompañada de un vino de la casa.

Kustermann mostraba hoy confianza en la capacidad del detective para avanzar en la investigación. Los últimos resultados habían terminado por dar vuelta la hoja en favor de Brulé, quien había avanzado en unos días mucho más de lo que había logrado la policía oficial.

—Puede viajar a Alemania —dijo Kustermann cuando terminaban la pasta.

Lo dijo sin aspavientos, sin siquiera levantar la vista de su plato, como quien anuncia que a la tarde irá a Valparaíso a resolver un trámite aduanero.

Tras escoger los postres, el empresario entregó al detective cinco mil dólares en efectivo y un pasaje abierto de Lufthansa, de ida y vuelta, con destino a Fráncfort del Meno.

—Aquí está, creo que con esto le bastará —precisó—, y espero que a su regreso hayamos dado con los criminales.

Brulé chequeó el boleto y probó su helado. Gruñó:

—Son las pistas las que nos llevan a Alemania.

Acordaron que se encontrarían en cuanto Brulé regresara para que le informara sobre el estado de la investigación.

—Hay versiones contradictorias sobre la posición política de su hijo —advirtió

Brulé—. Y esto me preocupa. Un izquierdista me dijo que poco antes de irse, su hijo respaldaba la lucha contra el general Pinochet, otro afirmó que había sido pinochetista. Paula lo ubica en el centro, y usted afirma que era de derecha.

—Mentiras —exclamó el empresario alejando la torta—. Cristián era un joven que simpatizó con el anterior gobierno. Paula y el dirigente izquierdista están intentando convertir a mi hijo en una víctima de grupos de derecha. Es una infamia.

—Según entiendo, usted y Cristián prácticamente no mantuvieron contacto durante su estadía en el extranjero. ¿Cómo puede saber usted que su hijo no había cambiado de posición?

—No es cierto —rebatió Kustermann—. Mantuvimos siempre el contacto, incluso aquí, si él abrió su negocio con plata mía.

Alguien tosió fuerte en una mesa cercana, apagando una nostálgica canción de The Byrds.

Ordenaron un *express*. Lamentablemente solo había café filtrado a la americana. En Chile es extremadamente difícil encontrar un restaurante donde ofrezcan un *express* original, y prácticamente imposible hallar un local donde la máquina esté en buenas condiciones, se lamentó Brulé.

—¿Cómo se fue Cristián a Alemania? —preguntó mientras echaban azúcar en el café aguado.

—Consiguió una beca en la fundación Seidel.

—¿Qué es eso?

—Una institución conservadora alemana de formación política, que otorga becas para estudiar en Alemania —repuso Kustermann—. Que la haya logrado en la Seidel demuestra que mi hijo era conservador, y debilita las versiones de Paula y su informante...

—¿Hay alguien en Chile de la fundación a quien yo pueda recurrir para informarme sobre la beca de su hijo?

Kustermann se limpió los labios con la servilleta, la dobló cuidadosamente y la colocó junto al plato.

—No sé quién es actualmente el representante para Chile, pero cuando Cristián se fue, era el Dr. Sommer —recordó—. Él se acordará seguramente de Cristián, se conocieron a través de mí.

El detective echó un vistazo en derredor justo en el momento en que la voz de Nicola di Bari inundaba el pequeño local, donde ahora permanecían solo seis comensales. Luego se armó de un Lucky Strike y se cercioró de que su bigotazo estuviese limpio y peinado. Dijo:

—A Alemania los pasajes, entonces.

—Así es —replicó Kustermann, y sus dedos finos de uñas cuidadas colocaron un Lanceros sobre el mantel burdeos—. Allá lo va a pillar la nieve.

Brulé observó los movimientos precisos de su cliente mientras preparaba el habano. Primero lo hizo rodar sobre la mesa, acariciándolo delicadamente, luego le

cortó una punta con una minúscula guillotina dorada para terminar por prenderle fuego con el encendedor de oro.

—¿Le gusta la nieve?

Volvería al frío de Alemania, que ya había conocido en su juventud, en los años en que había pertenecido a las fuerzas armadas norteamericanas estacionadas en las cercanías del aeropuerto de Fráncfort, se dijo el detective. Y le pareció inhalar nuevamente el intenso olor a carbón que escapaba de la calefacción central de su unidad y el chisporroteo de la nieve bajo las botas en las noches de guardia. Recordó los paseos interminables por bosques de pinos plantados siguiendo el orden geométrico de los viñedos, y escuchó la voz ronca y decidida de Cornelia Busch insistiéndole le trajera la próxima semana los cartones de cigarrillos y las botellas de whisky libres de impuestos.

—¿Le gusta la nieve? —volvió a preguntar Kustermann, ahora echando unas bocanadas de humo hacia la lámpara en forma de campana que pendía sobre la mesa.

—Apenas soporto el frío de Valparaíso —confesó el detective volviendo del pasado y calló, porque cayó en la cuenta de que necesitaría varios días para conseguir ropa gruesa, esbozar su plan de trabajo en Alemania y dejar encargada la agencia, la casa y Esperanza a Suzuki.

II

Cayetano Brulé voló días después a Alemania vía Sao Paulo. Arribó una tarde sombría al aeropuerto de Fráncfort, y tras un pintoresco viaje en tren a lo largo del Rin, dejando atrás viñedos casi verticales, castillos en ruinas y ciudades anteriores a Cristóbal Colón, desembarcó en Bonn.

Las estrechas y sinuosas calles de la ciudad olían a pastelería y detergentes. No vio niños, pero sí una gran cantidad de ancianos con cara de pocos amigos que, no obstante, se peleaban por explicarle cómo llegar al Sternhotel.

Era una pequeña construcción de cuatro pisos del siglo XVIII ubicada en plena plaza del mercado, a un costado de la vieja alcaldía delicadamente restaurada. Llegó a las siete de la tarde, en medio de la oscuridad, cuando las tiendas ya habían cerrado y escaseaban los transeúntes.

Una mujer maciza de tez pálida le confirmó en la recepción su reservación y le entregó las llaves de un cuarto en el último piso.

Instantes después entraba a una pieza minúscula con baño y una ventana desde la que dominaba la plaza. Brulé se duchó y luego salió a la calle. Tenía hambre y ansiaba tomar algo caliente. El viaje había sido agotador, pero el cambio de hora —en Chile era cuatro horas más temprano— lo mantenía en pie.

Ahora le interesaban solo dos cosas. Una de ellas, entrar a algún restaurante, la otra, visitar la oficina de redacción de la revista *Solidarität mit Lateinamerika*, que según el plano, quedaba a solo un par de cuadras del hotel.

Era agradable respirar el clima seco y frío de Bonn. Brulé había vivido en la década del sesenta en Alemania como recluta de las fuerzas armadas norteamericanas estacionadas allí. Residía en las cercanías de Fráncfort, donde había aprendido nociones básicas, pero inolvidables de alemán. Entonces el mundo estaba dividido en dos bloques y el nazismo parecía un fenómeno definitivamente superado en Alemania.

Optó por ingresar a un McDonald's estimulado por el precio y porque estaba convencido de que no dispondría de la calma necesaria para disfrutar una cena prolongada. No le gustaba la comida alemana, pero estaba consciente de que en el país se encontraban los mejores restaurantes de Europa del sur. Italianos, griegos y españoles habían arribado masivamente en los años del «milagro económico» con la intención de trabajar, seguidos de cocineros que pronto abrieron sus modestos restaurantes. Con el tiempo y su magnífica mano habían logrado consolidarse en un medio competitivo.

Ordenó un Big Mac y dos cervezas entre una multitud de gigantones jóvenes. Posteriormente un café. Y tuvo la sensación de haber pagado la cuenta más abultada de su vida por un sándwich.

Tras cruzar un pasaje angosto, que se ampliaba al fondo formando una plazoleta a la que daban una media docena de negocios, desembocó en la sede de la redacción de la revista. En el centro de la plazoleta había una pequeña pileta, ahora vacía por ser invierno. Llegó hasta el lugar con la secreta esperanza de hallar a alguien, pero estaba cerrado.

Era un local modesto, que constaba de dos pequeñas piezas que en el pasado habían constituido un local comercial. Adentro brillaba una luz mortecina. Los cristales de la puerta y de las vitrinas estaban cubiertos de afiches alusivos a grupos políticos latinoamericanos, actividades de apoyo a guerrilleros de la región y libros recién lanzados.

En uno de los afiches vio al general Augusto Pinochet de brazos cruzados y anteojos de sol. Lo miraba desafiante. Debajo de la foto, a grandes titulares, se afirmaba: «El asesino sigue gobernando. Apoyemos a la oposición realmente democrática de Chile». Otro póster invitaba a una marcha de apoyo «a la gloriosa lucha del pueblo cubano contra el imperialismo», y un tercero solicitaba donaciones en favor de la guerrilla guatemalteca.

Brulé pasó varios minutos tratando de descifrar los detalles de los mensajes. Entre los afiches pudo distinguir dos escritorios meticulosamente ordenados y una computadora cubierta con una funda protectora. Las paredes de la oficina también estaban repletas de anuncios políticos y de estantes de libros.

En verano debía ser un lugar magnífico, pensó Brulé paseando la vista por la pileta y las vitrinas de las tiendas. Contó un pequeño café, un anticuario oriental, una peluquería unisex y una reparadora de bicicletas. Seguramente en época de calor se instalaban mesitas en la plazoleta y se podría disfrutar un *express*, leer los diarios y escuchar un chorro de agua cayendo en la pileta. Pero ahora allí había solo nieve y un frío horrendo.

Volvería al día siguiente, se dijo, sintiendo el hielo en la calva. Seguro que algún colaborador de la revista debía conocer a Cristián Kustermann o a la Jelle Schwarzkopf.

Retornó al hotelito. Bajo sus botas crujía la nieve y contra la luz de los faroles revoloteaban diminutos copos alentados por una brisa frágil y silenciosa.

Antes de echarse a dormir hojeó la guía telefónica. Halló una lista casi interminable de personas con el apellido Sommer, lo que le imposibilitó ubicar al representante de la fundación Seidel en Chile. Sin embargo, descubrió que la institución contaba, junto a su sede central de Múnich, con una oficina en Bonn. Allí continuaría su investigación al día siguiente.

Las baldosas coloradas le daban al despacho un aire de higiene. El Dr. Sommer invitó a sentarse a Cayetano Brulé y le brindó un café con un gesto que combinaba la tosca afabilidad bávara con la aguda curiosidad por saber qué motivo había traído al desconocido a su oficina.

—Soy detective privado y me encuentro averiguando datos sobre la vida de Cristián Kustermann, a quien usted conoció hace unos doce años —precisó—. Kustermann fue asesinado hace poco en Chile.

El Dr. Sommer se arrellanó en el sillón giratorio, detrás del escritorio metálico, y cruzó las manos sobre su barriga. Fijó su vista en el parche que llevaba Brulé y las magulladuras que aún adornaban su rostro.

—Lo siento —expresó aturdido—. ¿Cómo pudo ocurrir eso? ¿Hace mucho?

—Hace unos cuatro meses. Lo asesinaron en un asalto a su restaurante. Investigo por encargo de su padre.

—El señor Kustermann fue efectivamente becado de nuestra fundación —dijo el Dr. Sommer pensativo—. Era un joven despierto, aunque inmaduro.

—¿Cómo llegó hasta ustedes en Chile?

—A través de su padre, don Carlos, si la memoria no me falla. Un empresario de éxito. Él nos puso en contacto con su hijo en Viña del Mar. Estaba interesado en que saliera del país.

El funcionario calló por un instante, durante el cual siguió mirando hacia el césped cuidadosamente cortado. Al rato preguntó:

—Perdone mi curiosidad, pero ¿están claros los motivos del crimen?

—No del todo —respondió Brulé—. ¿Me permite fumar un cigarrillo? —preguntó introduciéndose una mano en la chaqueta.

El Dr. Sommer asintió.

Una mujer joven de pelo corto y rasgos masculinos entró sigilosa a la oficina portando dos enormes tazas de café. Luego desapareció. Al verla cruzar por la sala, el detective se percató de que andaba descalza.

—Debe haber sido terrible para don Carlos —dijo al rato el Dr. Sommer—. Tuvimos una muy buena relación con él, y para ser justos, la beca la concedimos por el padre. El muchacho nunca nos convenció plenamente —detalló.

Brulé expulsó una bocanada de humo. El funcionario revolvía su café mirando hacia el prado. Carlos Kustermann le había contado a Brulé que había cultivado una excelente relación en los años setenta con el Dr. Sommer pues, como compartían el hobby de la pesca, habían viajado varias veces al sur en busca de truchas.

—¿Por qué no los convencía? —preguntó el detective.

—No se lo debería contar —afirmó el Dr. Sommer—. Pero qué más da, los

muertos no son santos. Escuche: El joven obtuvo una beca para estudiar no sé qué cosa en Alemania, lo cierto es que al cabo de unos meses se transformó completamente.

—¿Vivió en Bonn?

—Efectivamente.

—No es una ciudad muy atractiva para gente joven —reflexionó Brulé—. Parece una ciudad de jubilados.

—De jubilados, parlamentarios y diplomáticos —puntualizó el Dr. Sommer.

—¿Qué significa eso de transformarse, como dice usted?

El alemán suspiró profundamente y se paseó la lengua por los labios.

—Esta es una fundación conservadora —aclaró—. El muchacho rompió al poco tiempo con nosotros en términos políticos. Tenía buen rendimiento, pero en la universidad se plegó al movimiento izquierdista. Era una época confrontacional en Europa.

Dejó escapar una sonrisa insegura, que lavó con un sorbo de café.

—Entiendo —repuso Brulé y probó esperanzado el café aguado.

—Lo tuvimos que dar de baja —susurró reclinándose en su sillón—. Pero no le hizo daño, se quedó igual en Alemania.

—Cosa fácil para él por ser hijo de alemán.

—Sí, tenía doble nacionalidad, por ello pudo permanecer en Alemania después de, cómo decirlo, la ruptura.

—Eso fue a comienzos de los años ochenta.

—Así es. Era un joven de cerca de veinte años. Tenía un carácter resuelto y dinámico. Le gustaban mucho las alemanas —dijo el Dr. Sommer con brillo infantil en los ojos.

—¿Y terminó sus estudios en Bonn?

—Mire, eso es algo que desconozco por completo —respondió poniéndose serio—. Una vez fuera de nuestro programa de becas, dejó de interesarnos, usted comprende... Tenemos tantos becarios de todo el mundo...

Afuera comenzaba a nevar nuevamente. El cielo se había tornado gris perla y los ruidos callejeros llegaban ahora amortiguados a través de una ventana pequeña abierta.

—Nos traicionó —resumió el Dr. Sommer decepcionado—. Pudimos haber traído una persona idónea en su lugar; en fin, yo siempre lo presenté. ¿Pero qué se hace ante una petición de un buen amigo?

Una voz femenina a través del intercomunicador informó algo ininteligible para Cayetano Brulé.

—Me disculparé, pero tengo otra cita —dijo el Dr. Sommer poniéndose de pie y dando por terminada la conversación—. Si hay algo más en que pueda serle útil, no dude en llamarme. Estoy a sus órdenes en horas de trabajo. Por cierto, déjele a mi secretaria la dirección de don Carlos, a quien le enviaremos el pésame de rigor.

Pasado el mediodía, cuando el frío había cedido ante una claridad pálida y el cielo se disgregaba en nubarrones, Cayetano Brulé llegó nuevamente ante la redacción de la revista.

La nevazón había amainado, pero la plazoleta y la pileta seguían cubiertas de un manto blanco amarillento. Una pelirroja de jeans y *sweater* grueso de motivos geométricos se había entregado a la difícil tarea de abrir la puerta del local sin desmontarse de su bicicleta.

—*Guten Morgen* —dijo ella automáticamente, adivinándolo cerca, sin levantar la vista, forcejeando nerviosamente con la llave en la chapa—. *¡Diese scheiss tuer, immer dasselbe!*

Brulé, con las manos en los bolsillos de su abrigo, observó con regocijo contenido el perfil fino, pecoso y acalorado de la mujer. Aguardó en silencio a que ella lograra su objetivo.

—*¡Diese scheiss tuer!* —repitió.

El eco de su voz bailoteó por la plazoleta prácticamente desierta.

—*¿Darf ich ihnen helfen?* —preguntó al rato Brulé, después de convencerse de que los movimientos de la ciclista, cada vez más violentos e inconexos, resultarían infructuosos.

La mujer levantó la cabeza de golpe, sorprendida por el acento. Articuló un gritito de sorpresa e indicó hacia la llave incrustada en la chapa.

—*Geht nicht...* —se quejó desprendiéndose de los guantes de lana.

—*¿Sprechen Sie Englisch oder Spanisch?* —preguntó Brulé, antes de que ella volviera a sumirse en una empresa en la cual parecía renuente a aceptar la ayuda de alguien, menos de un hombre.

—*¿A quién busca?* —preguntó ella en español. Se mordisqueó una uña.

Brulé se quitó la escarcha que se le había acumulado en la calva y se friccionó las orejas. A ese paso se iba a resfriar seriamente. Tendría que comprar una gorra de piel de conejo.

—A varias personas —replicó—. A Cristián Kustermann, Jelle Schwarzkopf y Luciano Rojo.

Ella se desmontó de la bicicleta, sin soltarla. Tenía las piernas largas, bien proporcionadas.

—No trabajan aquí.

—*¿Trabajaron?* —preguntó el detective, descorazonado.

—Cristián, el chileno, trabajó ocasionalmente aquí hace años. Pero se fue.

—*¿Dónde está ahora?*

—No sé bien. Pero ya no está. Y como él no está —agregó de buen humor—,

tampoco está Luciano, que era su seudónimo en la revista.

—Claro —dijo Brulé—. Lo sabía. Fue una forma de preguntar.

Un quiltro calzado en una manta escocesa hecha a su medida emergió señorialmente en la plazoleta. Lo seguía a prudente distancia una viejecita de sombrero, envuelta en un abrigo oscuro. Las mujeres se dieron los buenos días, cuyos ecos se cruzaron a la altura de la pileta.

—Sí, Luciano era quien aparecía en la revista —dijo Brulé.

El quiltro olfateó varias puertas con actitud fiscalizadora, pero no orinó en ninguna de ellas. Luego, algo descorazonado, abandonó la plazoleta seguido de la viejecita.

—Escribía de vez en cuando artículos sobre América Latina, yo los traducía —precisó la ciclista. Luego hizo una pausa en la que sus ojos azules miraron afablemente a Brulé—. Yo soy la directora de la revista —continuó—. ¿De dónde la conoce?

—Por ahí la he leído.

Ella forcejeó una vez más con la llave. Terminaría por quebrarla.

—¿Me permite que la ayude? Con la bicicleta no podrá abrir nunca esa puerta.

La chapa cedió como por arte de magia ante las manos semicongeladas de Brulé. La mujer lanzó una exclamación de admiración, pedaleó hasta el estacionamiento de bicicletas de la plazoleta, volvió con trancos largos y lo invitó a entrar.

—Aquí no hace frío —dijo la mujer apagando la luz blanca y encendiendo una lámpara de pie que iluminó tenuemente el espacio—. Usted se va a resfriar sin gorro. Le puedo ofrecer un café.

Brulé aceptó y se desabotonó el abrigo.

Ella se lo arrebató de las manos y lo colgó en una percha que desapareció en el interior de un armario de roble donde colgaban otros *sweaters* de motivos idénticos al que llevaba. Después se desprendió de él en medio de la pieza. Tenía una cintura estrecha y unos senos generosos, observó Brulé entusiasmado.

—Me llamo Niemeyer. Anita Niemeyer —dijo—. Soy la directora de la revista y miembro de la dirección del comité de solidaridad permanente con América Latina. No se asuste, suena a mucho, pero aquí trabajan solo tres personas.

—Mucho gusto, mi nombre es Cayetano Brulé —replicó el detective—. Vengo de Chile. Tienen una buena sede en un bello lugar. Los felicito.

—Es caro el arriendo —advirtió ella dominando el centro de la sala—, pero nos financiamos con aportes propios y de la iglesia evangélica. Aquí usted encuentra un archivo muy bueno sobre América Latina, un archivo alternativo, con información que no guardan las grandes bibliotecas.

—Interesante...

Se quedaron un rato en silencio, inmóviles, paseando la vista por el local. Él, viéndolo por primera vez. Ella, redescubriéndolo.

—¿Y qué lo trajo por aquí? ¿Usted vive aquí o en Chile?

Brulé decidió dar el salto sin rodeos:

—En Chile, y estoy recolectando información sobre la vida de Cristián Kustermann.

Extrajo del bolsillo interior de su chaqueta de poliéster un par de fotos dobladas de Cristián y las enseñó a la mujer.

—¿Usted es policía? —preguntó ella al rato frunciendo el ceño, como olfateando.

—Vengo por encargo del padre de Cristián —repuso Brulé con voz queda. Volvió a guardar las fotografías—. Cristián fue asesinado hace cuatro meses.

—¡*Scheisse!* —exclamó la mujer pasándose la mano por el cabello. Luego se sentó al escritorio más cercano y apoyó sus codos sobre el mueble—. ¿Cristián está muerto?

—Desde hace más de cuatro meses.

Brulé le dio una chance al tiempo. Extrajo su cajetilla de cigarrillos y encendió uno. Por cierto la mujer había olvidado el café.

—Siempre supe que lo iba a matar la policía secreta. ¿No fue acaso así? —preguntó ella con urgente necesidad de que su suposición fuese confirmada.

—No sabemos quién lo hizo.

—¿Cómo murió? —interrumpió ella.

—En una pizzería...

—¿Atentado?

—Era su pizzería. Fue un asalto. Delincuentes, al parecer.

—Eso no lo cree nadie.

—En realidad tengo varias sospechas, algunas me traen al extranjero —continuó al rato Brulé—. Específicamente a Alemania. Conocer la vida que llevó aquí podría contribuir a esclarecer el crimen. ¿Pero por qué piensa usted que puede haber sido la policía política?

—Escribió mucho en contra de la dictadura. Tenía temor, por eso utilizó el seudónimo de Luciano Rojo.

—Pinochet ya no está en el poder.

—Ya no es el presidente, pero sigue gobernando. Me sorprende su ingenuidad viviendo en Chile —reclamó la mujer. Su rostro se hizo huraño.

—Cientos de dirigentes chilenos del exilio se pasaron escribiendo en contra del régimen militar —repuso el detective—. Ahora, en democracia, son parlamentarios u hombres de gobierno...

Anita sacudió la cabeza hundiéndose en una lógica que no deseaba explicitar. Se ordenó los cabellos hacia atrás con un gesto coqueto.

—Cristián fue diferente —enfaticó elevando la voz—. Estoy segura que lo mataron por su consecuente oposición al régimen militar.

—¿Usted cree que Cristián fue a engrosar las filas de...? ¿Que se hizo guerrillero en Chile?

—No sé —reaccionó la mujer asustada—. Es solo una suposición mía.

Se puso de pie elásticamente. Cruzó el umbral que conducía a la otra salita, que quedaba en el fondo, y desapareció.

El detective echó un vistazo a su alrededor. Los afiches exudaban la combatividad de la década del sesenta. Recorrió los títulos de libros debidamente ordenados y clasificados en los anaqueles. Se trataba en su mayor parte de obras de consulta sobre América Latina. Abundaban textos sobre la revolución sandinista, las guerrillas guatemalteca y salvadoreña y el bloqueo comercial de Estados Unidos a Cuba. Encontró una sección completa de libros sobre el gobierno de Allende y del golpe de estado de 1973.

Anita volvió al rato con dos tazones de café humeante, azúcar rubia en cubitos y cucharas. Se sentaron junto al escritorio.

—Aún no puedo creerlo.

—¿A qué se dedicaba Cristián en Bonn? —preguntó Brulé haciendo girar el cigarrillo entre los dedos—. ¿Militaba en algún partido?

—No lo sé bien —dijo ella. El tazón le calentaba las manos—. Apareció de pronto con sus artículos sobre la situación en Chile. Estudiaba algo en la universidad y trabajaba de mozo en restaurantes italianos.

—¿Sabe? —continuó Brulé—. Me sigue intrigando cómo llegó Cristián aquí. Su revista tiene una posición política muy definida y me parece que no se abre a cualquier posición...

Ella volvió a soltar un resoplido.

—Este país está controlado por la prensa de derecha, por los empresarios, por los viejos nazis —replicó muy seria—. Sería imperdonable abrirles espacios a los reaccionarios en esta trinchera revolucionaria.

—¿Y cómo llegó aquí Cristián?

—No lo recuerdo. No sé quién lo trajo, pero Jelle Schwarzkopf puede saberlo.

—¿Jelle?

—Sí. Fue la compañera de Cristián —replicó Anita como si eso fuese algo que el detective debía saber—. Pero no sé dónde vive ahora. Se separó hace mucho de nuestras posiciones.

—¿Conoce a alguien que pueda decirme dónde vive?

—Sí, el compañero Pete el Negro.

No lo doblegaban ni el frío, ni la nieve, ni el apego a las sábanas tibias de los sábados por la mañana.

Con sus botas de soldado, guerrera verde olivo, paño palestino al cuello y boina negra topada con una estrella roja, se mantenía firme bajo las banderas que flameaban en su stand de solidaridad con América Latina. Era moreno oscuro, un mulato para el gusto de Cayetano Brulé.

—Pete —dijo el detective tras echarles un vistazo fugaz a los libros, revistas y folletos que ofrecía sobre una mesa precaria.

El hombre de barba cerrada y melena se volvió hacia donde habían pronunciado su nombre y clavó unos ojos oscuros y desafiantes en los de Brulé.

—Diga, compañero —replicó tras escrutarlo por unos segundos y adquirir la certeza de que el desconocido era latinoamericano.

—Anita Niemeyer me dijo que usted podría indicarme cómo ubicar a Jelle Schwarzkopf.

—La Jelle, la Jelle —repitió Pete el Negro chupándose el labio inferior, sin dejar de vigilar de reojo las publicaciones.

Un alemán larguirucho de anteojos y pelo largo, que comía papas fritas de un cambucho de Mc Donald's, intentó hojear uno de los libros expuestos.

—*Nein, nein, nicht mit schmutzigen Haenden* —advirtió con voz perentoria Pete el Negro, interponiendo a tiempo su mano velluda entre la grasosa del alemán y dos tomos bruñidos de la *Historia de la Revolución Rusa*, de León Trotsky.

El larguirucho retiró su extremidad y continuó con la labor mecánica de extraer papas fritas del cambucho. Luego se alejó en dirección al concurrido stand del pueblo kurdo, donde ondeaban banderas rojas y alguien leía una proclama en contra de alguien.

—Son todos provocadores —comentó Pete el Negro pasando un pañuelo sobre las portadas—. Si uno no está alerta, le manchan los libros y se llevan las calcomanías para botarlas en el primer tacho de la basura que encuentran. ¡Racistas reaccionarios! ¿Sabe cuánto cuesta imprimir mil calcomanías de tres colores? —preguntó en alta voz, dirigiéndose a Brulé—. Bueno, no importa —se consoló.

Brulé echó un vistazo por curiosidad a las calcomanías. Mostraban banderas flameantes, manos enlazadas, puños cerrados y siglas desconocidas.

—¿Y usted de dónde me dijo que es, compañero? —preguntó Pete el Negro instantes después, ya visiblemente calmado.

—De Chile.

Tendría sus cuarenta años bien conservados, la piel reseca por efecto del frío y una panza prominente por efecto de la cerveza renana, los gyrys y el pan pita.

—Así que chileno —repitió echando hacia atrás la cabeza y entornando los ojos, en un gesto estudiado. La boina estaba bien asentada—. Entonces somos compatriotas.

—En realidad soy chileno de corazón —corrigió Brulé con una sonrisa. Pete el Negro lo miraba con desconfianza—. Nací en Venezuela.

—Bueno, ¿entonces vive en Chile, Alemania o Venezuela? —interrogó el hombre. Primero se ordenó las greñas largas y luego comenzó a acariciarse la barba, como si quisiera sacarle punta por su parte inferior.

—En Chile.

—Así que el compañero es del interior —reflexionó Pete el Negro—. ¿Turisteando?

Brulé percibió con claridad el tono inquisidor en que el otro había formulado la pregunta. Era una prueba de fuego.

—En realidad aprovechando de visitar a viejos amigos —se disculpó. Pensó que tenía que librarse pronto del abrazo de Pete el Negro. Lo intentó—: ¿Usted conoce a Cristián Kustermann?

—Cristián Kustermann —repitió el otro como si buscara en su cerebro en un gran archivo. Seguía acariciándose la barba—. Era el compañero de la Jelle, pues —exclamó vigilando ahora a una pareja que se había acercado al stand comiendo salchichas con mostaza—. Pero se fue a Chile hace como dos años, se cabreó...

—¿De qué?

—De todo, compañero, del país, del trabajo, de la política. Se fue para su casa, como decimos.

Hizo una pausa en que se mantuvo expectante, espionando a la pareja protegida por parcas y *shapkas*.

—*Nein* —tronó de pronto su voz—. ¡*Nicht mit schmutzigen Haenden!*

La pareja, atemorizada por el combatiente urbano, desistió de hojear las publicaciones y se alejó hacia otros stands.

—¿No le digo? —reclamó Pete el Negro al detective, como si estuviese en las manos de este controlar al público.

Pete el Negro volvió a pasar un pañuelo por las portadas.

—¿Y por qué se fue Cristián? —insistió Brulé.

—Cuentas del alma, como dice Rubén Blades.

—Alemania no le gustó mucho —comentó Brulé para estimular al barbudo.

—No hay quien soporte un país como este, con tanto racismo y consumismo, y especialmente después de que había vivido tanto tiempo en Cuba —sentenció.

—¿Cuánto tiempo se pasó en la isla?

Pete el Negro se acarició una vez más la barba y se ordenó la melena detrás de las orejas.

—Ni me acuerdo —respondió soltando un manotazo al aire—. Eso lo debe saber la Jelle.

Un grupo enardecido de manifestantes vistiendo parkas verdes y portando pancartas indescifrables se había formado sorpresivamente detrás del stand. Voceaba consignas ensordecedoras, marcando un ritmo endemoniado con las palmas. Brulé se sintió amenazado, sobre todo por unas mujeres vestidas de riguroso luto y de rostro cubierto que voceaban y alzaban los puños al unísono. Un bigotudo dirigía los coros a través de un altoparlante portátil.

—Estos turcos de mierda no se ponen nunca de acuerdo —protestó enfático Pete el Negro tras voltear la cabeza hacia la manifestación.

Brulé temió que los manifestantes se percataran del ánimo crítico de su interlocutor. Trató de atemperar el ánimo de Pete el Negro, pero fue infructuoso. Y vio que era peligroso, pues el adoquinado del Muensterplatz se estaba convirtiendo en escenario de numerosas y agresivas concentraciones que no lograba explicarse de dónde habían surgido.

Por un extremo de la plaza, cerca de una supertienda Hertie, entraba ahora otra multitud de jóvenes portando pancartas, palos y lienzos en contra de los serbios. Pronto desembocarían ante un centenar de palestinos que, con sus tradicionales pañuelos blanquinegros, exigían independencia para la franja de Gaza.

—Dime, Pete —apuró Brulé, inquieto por el riesgo inminente de que estallara una guerra civil en el centro de Bonn y terminara detenido—, ¿dónde puedo encontrar a la Jelle?

—No se alarme, compañero, esto ocurre día por medio —repuso el barbudo y comenzó a guardar con pericia las publicaciones en cajas de cartón reciclable—. Integramonos mejor a la marcha del pueblo eritreo, que hoy pasa justo frente al departamento de la Jelle.

—Siempre supe que a Cristián lo iban a terminar matando en Chile —dijo Jelle Schwarzkopf clavando en el parche de Brulé sus ojos azules desde el umbral del departamento—. Se lo pronostiqué y no me sorprendió cuando ayer me lo contaron.

Trabajaba como secretaria en una comercializadora de computadoras, lo que conjugaba con clases de pintura y participación activa en grupos de apoyo a movimientos revolucionarios de América Latina. Admiraba a Oriana Fallaci, Frida Kahlo, Rosa Luxemburgo y a varias ideólogas alemanas del feminismo.

—Le pedí a Cristián que se quedara aquí, que aprovechara que vivía en el primer mundo —continuó, invitándolo a sacarse los zapatos y a sentarse en la alfombra de un living que hacía de comedor y dormitorio, a juzgar por la mesa de centro y la cama.

Brulé, tras echar una mirada nostálgica a una silla Ikea sobre la que descansaba un bonsái, cruzó con trabajo las piernas. La mujer, rubia y delgada, le ofreció un té de jazmín con un trozo de pan centeno con manteca de cerdo, que Brulé rechazó con la esperanza de poder almorzar más adecuadamente en un local cercano.

Alguien tosió desde una de las habitaciones del departamento, que compartían tres mujeres, quebrando el silencio que reinaba en todo el edificio, una construcción de los años veinte de puntal alto a un paso de la estación de trenes.

—Le propuse que se quedara —añadió la mujer—. Con la asistencia social y un par de horas de trabajo a la negra en la semana uno soluciona sus problemas en este mundo.

—¿Y no estuvo de acuerdo?

—Nunca se sintió bien. El racismo lo enfurecía, pensaba que era una manifestación intrínsecamente alemana. Nunca entendió que los chilenos serían peores si tuviesen en el país un millón de peruanos o bolivianos.

—Pero no los perseguirían a palos, ni incendiarían sus albergues —replicó convencido el detective.

—Todo cambia con cinco millones de extranjeros en un país —acotó ella con una mirada metálica.

El edificio tembló. Estaban en el cuarto piso. Abajo pasaba el expreso a *Ámsterdam*.

Ella cruzó las piernas adoptando la posición del loto. Se veía relajada. Volvió al tema. No creía que Cristián tuviese enemigos en Bonn, aunque sí numerosos adversarios políticos entre los chilenos socialdemócratas o cristiano demócratas. Odio solo podía existir de parte de la policía del gobierno militar.

—En la época de Pinochet la embajada chilena contaba con agentes de la DINA, que espiaban las acciones de los opositores chilenos —agregó Jelle Schwarzkopf—.

Es de imaginar que lo ficharon y esperaron a que volviese al país.

—¿Por qué escribía Cristián en la revista bajo un seudónimo? —inquirió Brulé.

—No quería traerle complicaciones a su padre. Además, como al final pensaba volver a Chile, no quería arriesgarse a sufrir vendettas de la policía secreta de Pinochet.

—En los últimos años de Pinochet había muchos que escribían en contra —observó Brulé.

—Pero Cristián abogó por un levantamiento popular en un comienzo, cuando recién llegó a Alemania, pues no creía que se pudiese alcanzar la democracia de otro modo.

—¿Y cuando se vio que el país volvería a la democracia por medio de elecciones?

—Ahí creo que cambió —replicó la mujer poniéndose de pie—. En un inicio se sintió desconcertado. Hablaba de que había que modificar las formas de lucha.

—¿Renunciar al levantamiento armado?

El investigador también se levantó, a punto de sufrir un calambre. Sintió que sus músculos se aliviaban.

—Podría ser —repuso ella inclinando la cabeza—. Nunca estuve al tanto de sus relaciones políticas. Era muy misterioso.

—¿Y cómo reaccionaron sus compañeros al saber que Cristián abandonaba la lucha armada?

—No sé. Nunca me habló de sus relaciones con el movimiento. Pero me imagino que no les gustó para nada —respondió la mujer colocando un disco compacto de Carmen McRae en un equipo escondido debajo de la cama.

Jelle volvió a sentarse sobre la alfombra, esta vez adoptó de inmediato la posición del loto. Después extrajo un estuche de cuero de debajo del *sweater*. Lo abrió. Sacó una bolsita de tabaco y un block de papelillos satinados. Sus dedos finos comenzaron a liar su propio cigarro.

Brulé prefirió la alternativa subdesarrollada y cogió un Lucky Strike de la cajetilla. Luego volvió trabajosa, pero estoicamente al suelo.

Voy a ofrecerle fuego o si no va a empezar a frotar maderos, pensó el detective.

Liaba con pericia y concentración, como si estuviese sola en el universo.

—Hay que propender a la producción artesanal de lo que consumimos —subrayó la mujer después de darle un lengüetazo certero a un extremo del cigarrillo, que más parecía un petardo—. Por ahí se configura la autorrealización humana y se combate la enajenación.

—A propósito —dijo Brulé ofreciendo una modesta llamita de fósforo fabricado industrialmente en Los Andes—, ¿usted es casada?

—¡Por favor, jamás! —exclamó la Jelle escandalizada—. ¿Por qué pregunta eso?

—Por la argolla que lleva en su mano izquierda.

La mujer sonrió burlona y aspiró con deleite la primera bocanada. Huele a paja, pensó Brulé ansiando el Lanceros que le esperaba aún en Valparaíso.

—Es una argolla sin significado —aclaró ella—. Los alemanes usamos la argolla matrimonial en la derecha, al revés de los chilenos.

—Entiendo.

Brulé descubrió que su calcetín derecho tenía un hoyo de proporciones a la altura del dedo grande. Intentó cubrirlo discretamente con el otro pie. Por fortuna la Jelle revisaba ensimismada la contextura de su obra.

—¿Cristián le dijo a usted dónde había vivido antes de llegar a Alemania? —la interrumpió al rato.

—Claro, estuvo en Cuba —replicó ella sin dejar de fiscalizar el cigarrillo.

—¿En Cuba? ¿Desde cuándo?

—Cristián vivió a comienzos de los años ochenta en Alemania, luego se fue a Cuba, donde pasó cerca de cinco o seis años, hasta el 88, cuando volvió a Bonn.

—¿Y qué hizo allá?

—Fácil imaginárselo —repuso ella alzando los brazos con los ojos cerrados—, se habrá preparado para lo que él proponía inicialmente: una rebelión popular contra la dictadura militar.

Entonces no era cierto lo que afirmaba Carlos Kustermann. Cristián se había convertido realmente en revolucionario y alejado de los ideales de su padre. Había traicionado, como afirmaba el Dr. Sommer.

—¿Puede darme más detalles? —suplicó Brulé.

Volvió a ponerse de pie y echó una mirada a través de la ventana. Abajo divisó los rieles bruñidos que fluían entre dos calles bordeadas de abedules desnudos.

—Ya se lo dije —subrayó la mujer enfáticamente—. Se fue a Cuba como en el 82, yo no lo conocía entonces. Volvió cinco o seis años después.

—¿Nunca le contó a qué se dedicó en Cuba?

Ella meneó la cabeza. Agregó:

—Solamente un latino que viva un par de años en un país como este puede tener la necesidad de huir al Caribe subdesarrollado. Usted no lo puede entender.

—¿Y por qué volvió a Chile?

—No sé —repuso Jelle Schwarzkopf aspirando el cigarro—. Se ideó una fuente de trabajo con la pizzería y se fue.

El detective cruzó la sala observando unos anaqueles repletos de libros de bolsillo, audiocasetes, discos y piezas de artesanía china. La alfombra del departamento era mullida. Para los pies.

Preguntó:

—¿Y por qué usted no lo acompañó?

—¿Y usted qué quiere? —reaccionó airada—, ¿que me hubiese convertido en la esposa de un cocinero en un país tercermundista?

Brulé jugueteó con el cigarrillo un rato.

—¿Conoció usted a Silvio? —preguntó.

—¿Silvio? —repitió ella arrugando el ceño—. Silvio fue un tipo que Cristián

conoció en Cuba.

—¿Lo conoció usted personalmente?

—Nunca.

—¿Dónde está ahora, en Alemania, Cuba o Chile?

Ella se paseó el índice por los labios, lanzó una mirada hacia la lámpara y cerró los ojos.

—No se lo diría ni aunque lo supiera —replicó. En sus ojos reverberó la desconfianza.

—En los apuntes de Cristián aparecen varias referencias con respecto a Silvio. Una dice que Silvio estaba en Chile...

—Bien puede ser. Nunca lo vi. Sé que eran amigos, porque llamó un par de veces a Cristián, y porque Cristián y Samuel Léniz hablaban de él una que otra vez.

Prefirió ocultarle que Léniz también estaba muerto.

—¿En qué términos?

—No lo recuerdo —dijo ella consultando su reloj—. Yo estaba en mis ejercicios de yoga cuando ellos se reunían.

El detective detuvo su marcha ante la Jelle cuando ella se puso de pie. Era más alta que él.

—Pero en términos generales, ¿había buen clima entre Silvio y Cristián?

La mujer se dirigió inesperadamente a la puerta de entrada de la vivienda, descolgó el abrigo de Brulé y un poncho temucano.

—Ahora tengo una clase de macrobiótica y si quiero llegar puntualmente debo irme —advirtió—. Llámeme si desea saber algo más sobre Cristián, aunque creo que ya le conté todo.

El ronroneo de generadores despertó a Cayetano Brulé a las siete de la mañana. Afuera, bajo la luz de los faroles, campesinos con sus robustas mujeres instalaban kioscos de frutas y verduras al ritmo de voces guturales.

Se duchó y se vistió. Necesitaba un café fuerte y un par de huevos fritos. Consultó la hora en su reloj pulsera. En Chile serían las tres y treinta de la madrugada.

Tenía que hablar con Carlos Kustermann. Quería comentarle las conversaciones que había sostenido con el Dr. Sommer y Jelle Schwarzkopf.

Kustermann no podía seguir creyendo en que su hijo había coincidido siempre con su línea política. La versión del Dr. Sommer ya lo contradecía. Además, el que hubiese optado por trasladarse secretamente a La Habana era un indicio más o menos claro de que Cristián había simpatizado con la revolución cubana.

Brulé bajó al primer piso en una jaula que hacía de elevador y entró al pequeño comedor del hotel. Estaba desierto. Ordenó al mozo café y croissants, pero no hubo forma de convencerlo de que le preparara un par de huevos fritos. El joven, más interesado en el parche sobre la ceja izquierda que en servirlo, le respondió pedagógicamente que el desayuno no comprendía huevos fritos, pero sí todos los huevos duros de la canasta de mimbre que deseara.

De huevos entiende poco este bacalao, pensó el detective.

Derrotado en la desigual escaramuza verbal por los huevos, el detective ocupó resignado una mesita que daba hacia la plaza del mercado. A través de la capa de nubes instalada sobre la ciudad bajaba ahora una claridad precaria.

Le urgía llamar a Carlos Kustermann. Si bien aún no resolvía el crimen, lo cierto era que estaba descubriendo facetas desconocidas y contradictorias de Cristián. Ahora solo podía dejarse llevar por su olfato.

Las diferentes fases de la vida del asesinado se presentaban como piezas de un rompecabezas diseminadas en manos de personas que vivían en ciudades y países distintos. Era probablemente uno de los pocos capaces de poder ir haciendo encajar las piezas, lo que arrojaría gradualmente la versión completa de la vida de Cristián.

Una de las tareas consistía en establecer las causas que explicaran los radicales cambios políticos de la víctima. De estudiante gremialista a revolucionario, presumiblemente adiestrado en Cuba, y de revolucionario a cocinero, como afirmaba despectivamente Jelle Schwarzkopf. ¿Por qué se habían producido tales cambios y quiénes se habrían sentido afectados políticamente? ¿O la metamorfosis había sido solo simulada?

Por un instante fugaz una idea terrible lo estremeció: Bien podría ser que Cristián hubiese sido agente de la policía política de Pinochet, con lo que su peregrinar por círculos revolucionarios y países comunistas había obedecido a una labor de

infiltración. En realidad nadie tenía una visión definida de lo que Cristián pensaba y obraba. Había sido un hombre envuelto en los ropajes del misterio.

—¿No se va a servir huevos, después de todo?

Era el mozo. Le traía el café. Cargado y en taza grande. Endulzó el líquido exageradamente y lo disfrutó de a sorbos, junto a un cigarrillo. Afuera el mercado ya estaba levantado y los camiones, tras distribuir su carga, habían abandonado el Marktplatz.

Se dijo que la conjetura no era descabellada. Explicaba la muerte de Cristián en términos generales. La izquierda, tras establecer su verdadera identidad política, había optado por liquidarlo.

Pero habría habido una declaración pública de alguien al menos, se corrigió. A modo de lección. Eso es lo que se estila. Desechó la interpretación.

Pero ¿por qué un hombre activo en asuntos políticos renuncia a todo lo que ha hecho hasta ese momento y se refugia entre las pastas y las cacerolas?, se preguntó una vez más. De haber mantenido sus relaciones con el ámbito político, habría terminado sentado en un escritorio del Ministerio de Relaciones Exteriores o de la Secretaría General de Gobierno. Era una alternativa digna y legítima para reubicarse en el juego democrático, la habían escogido otros.

A Brulé le intrigaba que su viraje hacia posiciones moderadas no le hubiera dejado ni tan siquiera energías para incorporarse en Chile a un partido socialdemócrata. Había optado por el aislamiento.

Brulé lanzó un resoplido. Se sentía agotado y el día recién despuntaba. No, definitivamente no. No podía dedicarse a especular. Era imprescindible que armara primero el rompecabezas, que siguiera las huellas de Cristián, que conversara con quienes lo habían conocido en el extranjero. Solo después emergerían de modo prístino, lo podía apostar, la causa del crimen y la mano asesina.

Le pareció prudente esperar hasta que en Chile fuesen al menos las seis de la mañana. Eso le daba unas horas de tiempo, que aprovecharía para deambular por el centro de Bonn.

Retornó a su habitación y buscó en la guía el teléfono de La Librería. Era probable que el personal recordase a Cristián si había sido cliente asiduo.

Las vitrinas de las tres pequeñas habitaciones de la tienda de libros daban a la Wolfstrasse, una estrecha calle comercial que cruza serpenteando la parte antigua de Bonn. Detrás de las fachadas de comienzos de siglo habitan obreros turcos, españoles e italianos, estudiantes universitarios, ecologistas y jubilados alemanes de ingresos modestos.

Es una zona pintoresca, aunque algo sucia. Los diminutos restaurantes, las verdulerías y los almacenes con su olor a especias le otorgan un leve aire mediterráneo a la Altstadt. Pero ahora sus calles dormían aún bajo una delgada capa de nieve.

Cayetano Brulé franqueó la puerta de vidrio, que accionó una campanilla, y se encontró ante una mujer delgada de pelo corto que le devolvió el saludo, sin interrumpir la labor de clasificación de documentos que yacían sobre su escritorio.

Dentro estaba bien calefaccionado, olía a papel y a tinta fresca, y reinaba el silencio. Brulé se deslizó hacia el fondo del local, echando un vistazo sobre los lomos de libros ordenados en anaqueles de madera. En la tercera salita, en donde se podían hojear publicaciones sobre una gran mesa, pósteres amarillentos anunciaban lecturas de escritores latinoamericanos.

—¿Busca algo en especial? —preguntó la mujer en perfecto castellano a espaldas de Brulé.

Sus ojos eran grandes, y el rostro largo y enjuto lo tenía cubierto de un mar de pecas pequeñas.

—En realidad no quiero libros —dijo Brulé esbozando una sonrisa—. Busco a un latinoamericano que usted conoce.

—¿De quién se trata?

—De Cristián Kustermann.

Ella entrecerró los párpados como apuntando a algo.

—¿El chileno que vivió en Bonn? —preguntó.

—Exacto. ¿Era buen cliente suyo?

Ella miró de arriba a abajo a Brulé. Este dijo:

—Lo conocí en Chile y me dijeron que podía saber algo de él a través de usted... ¿Lo conoció usted?

—Era un buen cliente de libros de ocasión —aclaró ella—. De esos que están rebajados —precisó indicando hacia el anaquel del fondo.

—Bueno, no podría reprocharlo —repuso el investigador y avanzó hacia el anaquel—. Yo soy igual en Chile, los libros están demasiado caros.

—Cristián creo que se fue a Chile hace como dos años —continuó la mujer—. Pero tenía una polola, como dicen allá, que le podrá dar información. Era una

muchacha de apellido Schwarzkopf.

Brulé estaba de espaldas a la mujer, hojeando los libros usados. En su mayoría eran novelas policiales y antiguos textos de interpretación sociológica. Uno que otro estudio monográfico sobre países latinoamericanos.

—Hablé con la Jelle, pero dice que se fue. Probablemente a Cuba —mintió el detective volviendo a colocar un libro de Theotonio dos Santos en el estante—. ¿Usted sabe de alguien en Cuba que me pueda dar información para hallarlo?

—¿Y la señorita Schwarzkopf no sabe dónde se puede hallar? ¡Qué extraño! —comentó ella haciendo chasquear la lengua.

Percibió que la mujer comenzaba a sospechar. Su mirada era ahora defensiva y se había apoyado en la mesa. Sus manos delgadas jugueteaban con la cubierta de un diccionario.

—Necesito hallarlo —aclaró el detective con una mirada que quiso ser nostálgica—. Fui su instructor deportivo en la universidad en Valparaíso.

La campanilla de la puerta interrumpió la conversación. Aguardaron a que alguien emergiera en la sala donde conversaban.

—Hola, Ángela —saludó agitado un joven rubio franqueando el umbral.

Estaba sofocado, probablemente había llegado en bicicleta. Era alto y fornido, pero con cara de niño. Vestía un grueso *sweater* suelto que le cubría hasta las rodillas, un jeans desteñido y botas de militar.

—Este es Ruediger, mi ayudante —dijo la mujer dirigiéndose a Brulé—. Quizás lo pueda ayudar.

La mano congelada del gigantón estrujó la del detective. El rostro seguía esbozando en lo alto una sonrisa angelical.

—¿Qué tal? Me llamo Cayetano y ando buscando algún dato que me permita ubicar a Cristián Kustermann. Parece que se fue a Cuba.

El gigantón dejó de sonreír, miró brevemente a la mujer, y replicó:

—Hace como año y medio o dos que se fue de Alemania. Pensé que a Chile.

No hablaba tan bien el castellano como la mujer, la que lo pronunciaba con acento colombiano. Pero se expresaba con seguridad.

—¿No conoce a alguien que pudiera darme datos sobre su paradero?

El gigantón se paseó un índice por los labios.

—¡Qué lástima! Si hubiese llegado una semana antes... —lamentó.

—¿Por qué? —interrumpió la mujer, que hasta ese momento se había limitado a seguir la conversación.

—¿Te acuerdas de Victorio Triana, el corresponsal en Bonn de Prensa Latina? —preguntó Ruediger a la mujer. Ella asintió—. Se fue hace una semana en forma definitiva a Cuba y antes de irse vino a vender una caja de libros viejos. Entre ellos había varios con el nombre de Cristián.

—¿Cómo los había conseguido? —preguntó Brulé e introdujo una mano en su abrigo y extrajo una cajetilla de cigarrillos. La dependiente lo miró severamente y

sacudió la cabeza. Brulé volvió a guardar la cajetilla.

—Eso mismo le pregunté yo, y me dijo que Cristián se los había regalado antes de irse.

—¿Eran amigos?

—Bueno, me imagino que lo eran —repuso Ruediger afable—. Nadie regala tantos libros a un desconocido, es mucho dinero.

El gigante pasó frente a Brulé y buscó un rato en el anaquel de los libros usados. Extrajo *Contra toda esperanza*, de Armando Valladares, y *La mala memoria*, de Heberto Padilla. Los desempolvó —empolvando la calva de Brulé— y dijo:

—Aquí está. El nombre lo ponía Cristián en la primera página, en la parte superior. ¿Ve?

Le enseñó la letra. Podía ser la de Cristián, se dijo Brulé mientras tomaba el libro en sus manos y lo hojeaba.

—Si sigue buscando en el estante o en la bodega podrá encontrar el resto —agregó Ruediger—. Eran como treinta, no creo que se hayan vendido en una semana. Algunos los estamos clasificando aún. Llevan siempre el nombre en la primera hoja. Una lástima, pierden valor así los libros.

—¿Y dónde puedo encontrar a Victorio Triana ahora? —preguntó Brulé—. ¿Qué corresponsal lo sustituyó?

—No sé quién habrá sido.

—¿Y cómo puedo ubicar al nuevo corresponsal?

—Las oficinas de Prensa Latina están en el barrio cívico de Bonn, en el Tulpenfeld, cerca del Parlamento Federal —explicó Ruediger—. O lo puede intentar en la embajada cubana, en la Kennedyallee, no muy lejos de ahí.

Cayetano Brulé llegó a la puerta de la corresponsalía de Prensa Latina alrededor de la una de la tarde. Estaba ubicada en el tercer nivel de un complejo de edificios de cuatro pisos, sombrías construcciones de acero y cristal.

Tocó repetidas veces, pero nadie abrió. El pasillo, en el que se repetían numerosas puertas idénticas, estaba desierto. Un tubo de neón parpadeaba repartiendo una luz mezquina.

—Allí no hay nadie —afirmó de pronto en alemán una voz a sus espaldas.

Se trataba de un calvo de piel oscura y barbita de chivo, que lo observaba desde el fondo del pasillo con ojillos de reptil.

Ha de ser el conserje del edificio, pensó el detective.

—En todo este piso no hay nadie, salvo yo. Hoy es un día de paseo del gremio —precisó el conserje.

Brulé replicó:

—Busco a Triana, el corresponsal de Prensa Latina.

—De Prensa Latina solo queda el letrero desteñido que usted ve en la puerta —dijo cortante el hombre—. Y todavía está ahí porque se les olvidó llevárselo.

El eco de su voz retumbó con autoridad en el pasillo.

Brulé caminó en dirección al conserje. Si bien corpulento, era mucho más bajo de lo que parecía a la distancia. Olía a cardamomo y vestía un terno de casimir perla que le quedaba grande.

—Me llamo Brulé, vengo de Chile. ¿Usted es latinoamericano? —preguntó el detective, asombrado por el parecido del hombre con Walter Ulbricht, aunque en una versión oscura.

El conserje sacudió la cabeza y sonrió sardónicamente acariciándose la barbita. En su mano derecha portaba un lápiz Bic, que golpeteaba insistentemente contra la pared del pasillo.

—Soy Ramesh Ravindrath, periodista de Paquistán y presidente de un exclusivo foro internacional, al que usted está cordialmente invitado para nuestra sesión del próximo lunes —aclaró el hombre bajando lentamente los párpados.

Brulé agradeció la invitación, quiso balbucear algunas palabras de excusa, pero el paquistaní continuó:

—Será a las 18.00 horas en la cantina del sindicato de los ferrocarrileros. El tema de mi charla versará sobre el apoyo financiero que el gobierno de Bonn debe brindar a foros internacionales de carácter exclusivo que sesionen en la ciudad.

—Interesante —alcanzó a decir el detective.

Pero el paquistaní era implacable:

—Habrás además agua mineral y papitas fritas para los asistentes. Aquí está la

invitación. No puede perdersela.

Brulé recibió un sobre albo lacrado dirigido a quien pueda interesar y volvió a agradecer al periodista.

—Lamentablemente me voy hoy de Alemania —mintió— y necesito hablar con el señor Triana.

El paquistaní lo calzó con una mirada desolada. Le tembló la barbilla. Reflexionó un rato sin dejar de golpear el Bic contra la pared y dijo:

—El señor Triana clausuró la corresponsalía y volvió a Cuba hace una semana. Se acabó Prensa Latina en Bonn.

—¿Y no hay nadie de Prensa Latina con quien hablar?

—Soy el único periodista activo a esta hora de un día feriado en todo el edificio y probablemente en la ciudad.

—¿Qué pasó con Prensa Latina?

—El socialismo realmente existente se acaba, y con él sus agencias de noticias —sentenció con aire de sabiduría y con ganas de abreviar al máximo el diálogo tras la afrenta.

—¿Y cómo puedo ubicar a Triana?

—Me imagino que a través de la embajada cubana en Bonn o directamente con Prensa Latina, en La Habana.

Brulé se encogió de hombros, agradeció una vez más al paquistaní la información y giró sobre sus pasos en dirección al ascensor.

—Cubanos encontrará en la embajada, que no queda lejos de aquí —escuchó la voz del paquistaní desde el fondo del pasillo—. Claro que las embajadas cierran a esta hora. En todo Bonn soy el único periodista que trabaja hasta estas horas —insistió.

—Gracias —repitió Brulé levantando la mano sin darse vuelta.

—El barrio cívico completo está vacío —reiteró atrás la voz del asiático—, a esta hora aquí no se escucha más que el teclear solitario de mi máquina de escribir.

Brulé salió a una explanada nevada, delimitada por los edificios. Soplaban un viento frío.

—Y no se olvide de la sesión del lunes —creyó escuchar de algún lado.

Cruzó la explanada procurando no resbalar sobre el hielo, sintió húmedos y fríos los zapatos y se refugió en la estación Heussallee del metro. Relucía como una farmacia, pero estaba desierta como banco en día domingo. Se sentó a esperar el tren.

No conviene acudir a la embajada, reflexionó. No creía que fuese prudente alertar a las autoridades. ¿Cómo podría explicar su interés por conversar con Victorio Triana? Cualquier consulta serviría para despertar suspicacias en la policía de Castro.

La idea del paquistaní no era descabellada. Quizás en lugar de dirigirse a la embajada sería más conveniente ubicar a Triana en la central de Prensa Latina. Resultaría importantísimo conversar con el periodista cubano.

Triana y Cristián mantuvieron una relación de confianza, se dijo Brulé. Cristián le

había proporcionado libros prohibidos en Cuba, que el periodista no había osado llevar a su patria por temor a las represalias. Eso explicaba su apresuramiento por deshacerse de ellos. La devolución de la literatura por parte de Triana ponía al descubierto la existencia de un vínculo de confianza entre ellos.

El tren arribó vacío. En quince minutos estaría en su hotel, desde donde debía telefonar a Carlos Kustermann.

Cayetano Brulé telefoneó a las cinco de la tarde a Carlos Kustermann. En Viña del Mar era la una. Una empleada le informó que el dueño de casa no regresaría hasta la noche, pues realizaba diligencias en Santiago.

Eso equivale a esperar hasta la madrugada alemana, calculó desanimado el detective.

Destapó una Koelsch, se sentó al escritorio adosado a la ventana que daba al Marktplatz y comenzó a ordenar sus apuntes. Abajo la ciudad tenía el pulso agitado. El comercio cerraba a diario a las seis y media, lo que por las tardes creaba una atmósfera tensa y agresiva en las calles. Por un instante Brulé extrañó el antejardín de su casa abierta a Valparaíso y la brisa marina con el eco de las grúas.

El timbrado del teléfono lo despabiló. Era Jelle.

—Encontré algo que le puede interesar —dijo al otro lado en tono conspirativo—. El teléfono de la empresa donde trabaja Silvio en Berlín Este. Es de antes de la unificación alemana.

—Dígamelo, yo apunto.

—La empresa se llama VEB Importex.

—¿A qué se dedica?

—No sé.

—Tengo también el teléfono de la casa de Silvio —agregó entusiasmada.

—¿Y el apellido?

—Nunca lo supe. Estos datos los tenía en mi agenda por casualidad —repuso inquieta—. Nunca conocí a Silvio.

Le dictó los números y colgó. Tenía que asistir a una conferencia sobre ecología y realización personal.

Brulé se comunicó de inmediato con la empresa de Berlín.

Una voz femenina atendió al otro lado. Se las arregló en inglés.

El número era correcto, pero la mujer le informó que la empresa había quebrado hacía un año y que ahora funcionaba en el mismo lugar una agencia de viajes.

—Y nosotros nada tenemos que ver con el ex Partido Socialista Unificado de Alemania —advirtió enfática.

El detective probó esta vez con el número de la vivienda de Silvio.

Respondió otra mujer. Por su voz cascada, parecía tener sus años. Hablaba un mal inglés, suficiente como para explicar que vivía allí desde hacía veinte meses y que no había conocido al arrendatario anterior.

—Por cierto, me encontré con los baños y la cocina inmundos como solo pueden dejarlos los extranjeros —reclamó y colgó.

Hasta allí llegaban las huellas de Silvio en Alemania, pensó Brulé. Pero lo

importante era ahora averiguar su paradero actual. Y ahí radicaba el problema.

Volvió a sus apuntes y a la cerveza. Era ácida y fuerte, y la calefacción la había entibiado.

Ahora se imaginaba la sorpresa de Cristián al encontrarse por primera vez con Silvio en Chile. Comprendía en parte la razón por la cual lo había destacado en su agenda. Cristián imaginaba a Silvio en Alemania o Cuba, no en Chile. Había sido un hecho casual e inesperado, se dijo.

El encuentro había sido fortuito o de lo contrario el apunte en la agenda habría sido diferente, pensó. A lo más, habría aparecido como «cita con Silvio». Sin embargo, revelaba que Silvio no había notificado a su amigo —y era claro que habían sido amigos— de su estadía en Chile. ¿Por qué? ¿Por qué Silvio había optado por operar en el país sin informar previamente a su amigo? ¿Habían roto su relación con anterioridad?

La actitud podía deberse solo a un motivo, se dijo el detective simplificando las cosas: Silvio estaba dedicado a una actividad de la cual no le convenía informar a Cristián Kustermann. La razón podía radicar en que no seguían compartiendo las mismas posiciones, pero podía deberse también a otra circunstancia. Probablemente algo relacionado con la actividad delictual.

Lanzó un gruñido y acabó su botella de Koelsch. Más tarde volvería a intentar el contacto con Carlos Kustermann.

Cayetano Brulé decidió no volver a la calle aquella noche. Le desanimaba la idea de enfrentar nuevamente el frío, la oscuridad y la soledad de Bonn. Alemania seguía siendo para él la que había conocido desde la base aérea de Rhein-Main, en las cercanías del aeropuerto de Fráncfort: impenetrable y húmeda.

Ordenó un pernil de cerdo y dos cervezas, y de postre un pastel de frutillas con crema chantilly. Dejó la puerta entornada, echó a correr el agua caliente de la tina y se desvistió para darse un baño.

Era una buena oportunidad para planificar sus próximos pasos. Tendría que convencer a Carlos Kustermann de la conveniencia de que viajase a La Habana. No creía que se opusiese por razones financieras.

La estadía en Alemania resultaría más breve de lo estimado inicialmente y los costos en La Habana serían menores a los de una permanencia en el hotelito que ocupaba ahora. Además, podría endosar los pasajes en dirección a La Habana y aprovechar desde allí el millaje para retornar a Santiago.

Juntó agua, recogió los diarios del día, que había dejado sobre la alfombra, sacó una botellita de whisky del minibar y volvió al baño. Se liberó del parche y se aplicó un ungüento en la cicatriz. Después se deslizó lentamente en la tina. Le gustaba la voluptuosidad que lo envolvía al sumergirse en el agua caliente y mantenerse allí, quieto, silencioso, escuchando los latidos de su corazón.

Destapó la botellita y bebió un sorbo largo. Corrió la cortina y roció la espuma de baño. El agua se tiñó de azul y comenzó a oler a violetas. Había sido fructífero su viaje. En pocas horas había logrado ubicar a varias personas que conocían a Cristián, y que le habían ayudado con nuevas piezas del rompecabezas.

Ahora le entusiasmaba extraordinariamente volver a La Habana. No había estado allí desde comienzos de los años ochenta, cuando el gobierno cubano había puesto fin sorpresivamente a los viajes de la comunidad exiliada. El impacto de los cubanos de Miami, México y Venezuela había sido nocivo para el régimen, que hasta ese entonces había presentado a los exiliados como ciudadanos de segundo orden en los países en que residían.

El camarero empujó suavemente la puerta y se detuvo en el umbral del baño.

—Deje la comida sobre el escritorio —ordenó Brulé detrás de la cortina de baño.

Pero al echar un vistazo por el intersticio que dejaba la cortina, descubrió que no se trataba del camarero, sino de un enmascarado que avanzaba hacia la tina. Brulé trató de levantarse, pero el hombre reaccionó veloz como un puma. En un cerrar de ojos sus manos enguantadas se apretaron en torno al cuello del detective.

Intentó incorporarse nuevamente, pero sus pies resbalaron sobre la superficie lisa de la tina. Las garras del enmascarado, clavadas en la piel, sumergieron lentamente su

cabeza en el agua. Brulé intentó apoyar los pies contra el extremo de la tina, tratando de que el encapuchado no lograra sumergirle plenamente el rostro. Fue en vano. Tragó el primer borbotón de agua tibia y enjabonada, y escuchó el estrépito de la botellita al caer sobre las baldosas.

Le dio un ataque de arcadas. Tosió y debió haber perdido la concentración en el esfuerzo, porque las manos hundieron con renovados bríos su cabeza en el líquido. Ahora sus dedos agarrotados renunciaron a los bordes de la tina y buscaron los brazos del otro.

Pateó contra el fondo de la tina, pero el agua apagaba el ruido. Las tenazas en torno a su cuello seguían cerrándose. Ahora sí su rostro estaba completamente en el agua. Solo le restaba aprovechar al máximo la última bocanada de aire que había aspirado. Sus dedos soltaron los brazos musculosos del agresor, y luego intentaron asirse del cordón de la alarma, que pendía en algún lugar, un poco más arriba. El cosquilleo repentino en las yemas de sus dedos le indicó que estaba a punto de agarrar el cordón. Cerró varias veces los puños.

Ahora sí iba a vomitar. Abrió la boca para hacerlo o para tragar aire, no supo bien, pero el líquido tibio fluyó de golpe, a presión, causándole náusea y calambres en las pantorrillas. Y no pudo vomitar, porque el agua, que le entraba ahora a borbotones por la boca, la nariz y las orejas, se lo impedía.

El enmascarado, inclinado sobre la tina, mantenía sereno la presión sobre el cuello de Brulé, con la calma de quien conoce su oficio. El detective lo percibió a través de las zarpas. No había duda, ni temblor en ellas. Eran las garras de un asesino profesional. Había apostado por la fatiga de su víctima, porque en algún momento dejara de oponer resistencia y el agua tibia lo inundara completamente y lo recorriera por dentro y lo convirtiera en la corriente tibia y turquesa del golfo que baña las arenas blancas de Varadero...

Tras permanecer tres días en el Johanniter, hospital que con silueta de agencia financiera domina el magnífico valle del Rin desde lo alto de una colina verde, Cayetano Brulé retornó al hotelito en compañía de Schimanski, un inspector de la brigada de homicidios de Bonn. Era un hombre rudo y corpulento, de grandes ojos verdes, que desconfiaba de todos, especialmente del detective.

—Si los turistas latinoamericanos son escasos aquí, los detectives latinoamericanos en plan de turismo son inexistentes —precisó Schimanski en inglés con aplastante lógica germana.

Una alianza inquietante, pensó Brulé.

El panorama se le había complicado con el frustrado homicidio. Ahora se encontraba en manos de los médicos y la policía, y la fiscalía de Bonn había iniciado una investigación.

En los interrogatorios el detective había declarado no alimentar la más mínima sospecha sobre la identidad de quienes podrían haber intentado asesinarlo. Juró que carecía de enemigos e insinuó que se había tratado de una acción racista, cosa que a las autoridades pareció un relato extraído de las agencias de prensa extranjeras.

—Si no es por el camarero —interrumpió el inspector mientras conversaban en el lobby—, a estas alturas usted iría volando cómodamente en un Lufthansa a Chile, en bodega climatizada, se entiende.

Dejaron el lobby, franquearon una puerta pesada y entraron a un barcito en penumbras. Olía a tabaco, humedad y sudores. Una vez instalados al final de la barra, ordenaron dos Koelsch a un dependiente con aspecto de catedrático. Durante la espera, en la que el mozo fue tragado por la oscuridad, Brulé ofreció al inspector un Lucky Strike de su última cajetilla.

—A ver si son tan buenos como los alemanes —dijo Schimanski y extrajo dos.

Resucitando de la oscuridad, el mozo dejó caer con violencia poco académica dos enormes jarras de cerveza sobre la barra y volvió a eclipsarse. La espuma que bajaba lentamente por los bordes, tranquilizó a Brulé.

—A su salud, colega —dijo Schimanski elevando la jarra como si fuese un dedal. Era cerveza alemana.

El local estaba prácticamente vacío, con excepción de dos siluetas que cuchicheaban sentadas a una mesa en torno a una botella de vino y otra de agua mineral.

—¿Los conoce? —preguntó Schimanski apuntando hacia ellos.

Alguien abrió la puerta del bar y un haz de luz cayó momentáneamente sobre la pareja.

Se trataba de un viejo de melena rizada y barba tupida, que usaba terno de solapas

anchas y una elegante cinta al cuello. Hablaba acariciando delicadamente una copa de vino blanco. El otro, el que escuchaba, era un joven de perfil romano, barbilla chata y contextura atlética, que vestía una chaqueta guerrillera de color verde olivo.

—En mi vida los he visto —confesó Brulé.

—Parte de mi trabajo —repuso Schimanski con aire misterioso y luego encendió un cigarrillo.

—¿Los espía?

—Los vigilo. El viejo es un teórico de la revolución social, estudió hace mucho en la universidad de Bonn y ahora vive del seguro, de artículos que escribe para gacetas renanas y de un amigo empresario de Manchester.

—¿Y qué persigue?

—El poder.

—¿Y el del uniforme?

—Es caribeño. Hijo de terrateniente azucarero. Se lo pasan horas discutiendo. Ese persigue la historia.

—¿Peligrosos?

—Mientras discutan teorías, creo que no.

—En mi perra vida los había visto.

Pagaron a medias la cerveza y volvieron a la claridad del lobby. Brulé pidió las llaves y aguardaron el ascensor.

—¡Bueno, suelte la pepa! —ordenó Schimanski cambiando el tono afectuoso una vez en la habitación—. ¿A qué vino a Alemania?

—Vine a turistar, aunque no me lo crea —insistió Brulé.

—Esa no me la trago. En Miami matan turistas, no aquí —repuso el inspector extrayendo un pañuelo enorme de su pantalón.

—Probablemente a alguien no le gustó mi aspecto de árabe o creyó que tenía mucho dinero encima.

—No se haga ilusiones, colega —corrigió Schimanski sonándose sin mirarlo—. No hay nadie en este país que crea que un tercermundista tiene dinero. Ni los asaltantes.

—Usted se equivoca, Schimanski, las apariencias engañan —replicó Brulé tratando de recuperar prestancia, empresa seriamente disminuida por el descomunal parche que aún enarbolaba sobre la ceja izquierda. Pero a fin de cuentas daba lo mismo, el oficial no lo escuchaba.

Echó una mirada a la plaza. El mercado bullía atestado de clientes abrigados aquella mañana clara en que todo, menos su situación, era nítido y de contornos precisos.

—Y si a un detective alemán no le alcanza para pasarse unas vacaciones en Río —continuó el inspector—, déficit que, por cierto, tengo que plantear en el próximo plenario del sindicato, menos le puede alcanzar a un sabueso mexicano para venir a Alemania.

—Chileno —rectificó Brulé.

—No es lo mismo, pero da igual —apuntaló el inspector.

Brulé temió que su situación legal empeorara. El ánimo de Schimanski permitía pronosticarlo.

Además, las autoridades habían notificado a la embajada de Chile sobre el intento de asesinato, confiando en que una institución solvente se hiciese cargo de los costos de la hospitalización. Pero la diplomacia, sinuosa como siempre, brillaba hasta ese momento por su ausencia.

—Después de esto, solo me queda abandonar a la brevedad posible el país —comentó Brulé a su colega, mientras buscaba ropa interior limpia en su maleta.

—Lo más probable es que el asesino intente liquidarlo nuevamente, pero ojalá que para entonces usted ya esté fuera de nuestro distrito —dijo Schimanski doblando su pañuelo con la precisión de una vendedora de enaguas—. No me gustan los asuntos que no entiendo.

—No se preocupe, que después de esta, me voy a ir volando.

—Pero antes de emprender el vuelo, le sugiero pase al menos por el Johanniter, donde le aguarda una succulenta factura en marcos.

A mediodía, después que el inspector alemán se hubo retirado, Cayetano Brulé se echó una mirada detenida en el espejo. No pretendía deprimirse a esas horas, pero deseaba verificar su estado físico con calma.

La herida cortante sobre la ceja cicatrizaba bien, aunque el parche era un estigma insufrible y despertaba suspicacias por doquier. Pero no había nada que hacer. El pedazo de diente, estaba claro, no se regeneraría.

Dicen que los leones mueren de hambre cuando se les caen los colmillos, se consoló el detective echando de reojo una mirada a su calva, que parecía avanzar más rápido en el frío de Bonn.

Y como si esto fuera poco, le seguían doliendo las articulaciones, las costillas y especialmente la boca del estómago, región con la cual los asaltantes porteños se habían ensañado. Dormitó un par de horas para olvidarse de sus pesares.

Al rato se comunicó telefónicamente con Carlos Kustermann. Era la una y media en Chile.

—Es muy simple lo que quiero decirle —irrumpió Brulé—, aquí hallé pistas decisivas que conducen a Cuba.

Al otro lado de la línea hubo un silencio prolongado.

—¿Usted sabía que su hijo estuvo viviendo varios años en Cuba?

—¿En Cuba?

—En Cuba.

—¿Haciendo qué?

—Vivió allá desde 1982 hasta 1988. O sea que mientras usted lo hacía en Alemania, él estaba en el Caribe.

—¿Haciendo qué? —insistió la voz.

—No sé a qué fue. A lo mejor a estudiar.

—¿A Cuba?

—Sí.

Sintió que Carlos Kustermann cubría el auricular. Algo trataba de explicar en tono airado. Una mujer, seguro su esposa, le preguntaba insistentemente, algo que Brulé no logró descifrar y a lo que el empresario respondía con monosílabos.

La voz de su cliente rebrotó nítida:

—¿Y qué se puede estudiar allá?

—Bueno, eso es lo que yo quiero averiguar.

Silencio.

—Tengo que ir allá —continuó Brulé—. Creo que la clave de todo está allá.

Nuevamente conversaba la pareja al otro lado.

—¿No será que se quiere pegar un viajecito a costa mía a su patria? —preguntó

Kustermann al rato, algo picado.

—Si lo piensa así, vuelvo a Chile mañana mismo. La investigación quedaría a medio camino. Sería una lástima.

—Puede que tenga razón. Espere.

Otra vez Kustermann consultaba a su mujer.

—Dígame, ¿tiene que ver con política?

—¿Qué cosa?

—La estadía de Cristián en Cuba. ¿Tuvo que ver con política?

—No sé, pero la situación es delicada.

Nuevo silencio.

—Escuche, señor Kustermann: hace unos días un loco intentó asesinarme. Aquí hay alguien que no desea que yo siga avanzando, lo que demuestra que voy por buen camino.

—¿Tiene que ver con política? —repitió la voz, agitada.

—¿Qué cosa?

—El viaje de Cristián.

—Eso lo tiene que saber usted mejor que yo —repuso Brulé.

Nuevo silencio. Ahora había surgido un eco en la línea.

—No entiendo —reclamó la voz, esta vez muy controlada.

—Como sea. Voy a viajar a Cuba por unos días. No se preocupe por la cuestión financiera, estoy dentro de lo calculado.

—Si es así, viaje. ¿Está dentro de lo calculado?

—Fácilmente.

—¿Y usted está bien? —preguntó la voz procurando ahora un tono afectuoso.

—Ahora sí. Pero necesito su ayuda.

—¿De qué se trata?

—Necesito que avise a uno de sus compatriotas importantes allá que llegaré a La Habana esta semana.

—¿Compatriotas importantes? ¿A qué se refiere?

—A los que tienen inversiones en Cuba. Es conveniente que algún representante de ellos me vaya a buscar al aeropuerto.

—¿Cuándo llega usted a La Habana?

—Se lo confirmo en un par de horas más. Pero necesito que les avise a sus compatriotas. Es importante por mi seguridad.

—Entendido. ¿Pero usted se siente bien?

—Dentro de lo posible, sí.

—Me alegro, Brulé. Pero yo también le voy a pedir algo.

—Usted dirá.

—No me siga llamando a estas horas. Nos jode el almuerzo completo.

Brulé colgó.

Pese a que no le cautivaba la idea, salió a la plaza. Las calles estaban atestadas de

personas que transitaban aceleradamente, presionadas por el cierre puntual e implacable del comercio. Hacía frío, pero no nevaba y el cielo se había convertido en un colchón gris. Esquivando transeúntes cruzó el adoquinado parejo del Marktplatz en dirección a Muensterplatz, y entró a una supertienda Hertie.

A su llegada había descubierto en la planta baja atractivos afiches anunciando viajes a Cuba a precios módicos. Sin pensarlo dos veces, adquirió un pasaje para el día siguiente, reservó una habitación en el Riviera de La Habana y se dirigió a la estación de trenes. Estar allí lo reconfortó, pues compró un periódico español, aprovechó para aprovisionarse de Lucky Strike y luego retornó al ambiente temperado de su hotelito.

En un rincón mal iluminado del lobby vio a un hombre de abrigo cerrado, solapas alzadas y sombrero de alas caídas a lo Humphrey Bogart. Simulaba leer un diario. Solo puede tratarse de un colega de Schimanski, pensó Brulé, y pidió las llaves del cuarto.

III

Un Ilushin 62-M de Cubana de Aviación despegó todos los domingos del aeropuerto de Colonia-Bonn hacia La Habana. El vuelo chárter, que sale a las 13.55 horas repleto de turistas europeos, realiza una escala técnica en Gander, Canadá, que numerosos cubanos aprovechan para cruzar hacia Estados Unidos y solicitar asilo político.

El antiguo modelo ruso no alcanza el destino final sin escala debido a su elevado consumo de kerosene. Sin embargo, el mismo Ilushin logra unir La Habana con el aeropuerto de Colonia-Bonn sin escala gracias a los vientos que soplan en el Atlántico de oeste a este.

Cayetano Brulé había colocado su abrigo aún húmedo en el portamaletas con la esperanza de no volver a usarlo más. Su objetivo consistía en quedarse en La Habana el tiempo suficiente como para completar el rompecabezas de Cristián, y luego retornar a Santiago.

El paquete turístico que había adquirido en Hertie comprendía un viaje de ida y vuelta, así como el alojamiento y media pensión en el Hotel Riviera durante dos semanas. Era un plazo prudente para avanzar en la investigación y regresar con resultados a Valparaíso.

El Ilushin aterrizó en la losa del aeropuerto José Martí en momentos en que el sol se hundía presuroso en las aguas del Caribe. Se apagaba ya el verde de la isla, y la atmósfera, densa y calurosa, se refrescaba.

Treinta minutos más tarde Brulé se hallaba en las afueras del edificio del aeropuerto. Inmerso en una algarabía carnavalesca de cubanos que aguardaban a familiares del exilio, esperó a que se le acercara algún representante de inversionistas chilenos.

Una hora después optó por arrendar un VW para dirigirse por sus propios medios al hotel.

Escuchando por radio Rebelde una retransmisión de un discurso del año anterior del comandante en jefe, que lo convirtió en experto en materia de huertos familiares, Brulé enfiló por la carretera de Rancho Boyeros, que une el aeropuerto con la capital. Tras esquivar baches y patinar sobre el alquitrán aún tibio de las calles de la ciudad, pasó frente a la Plaza de la Revolución y al gigantesco retrato del Che Guevara adosado al edificio del Ministerio del Interior. La enorme superficie pavimentada estaba sumida en penumbras, y desde su VW solo alcanzó a divisar a los guardias vigilando a José Martí.

Al rato cruzó el barrio de El Vedado que estaba completamente a oscuras. En algunos lugares observó a gente que, amparada en la espesura de ceibas, jacarandás y flamboyanes, o bien parapetada detrás de sus balcones, golpeteaba ollas al ritmo de

congas y cantaba y lanzaba consignas indescifrables. El Hotel Riviera, iluminado en medio de la noche negra, parecía un transatlántico en alta mar.

Estacionó en el Malecón, cerca del ingreso lateral.

Dos mulatas de caderas generosas y ojos brillantes emergieron de la oscuridad en atuendos blancos y le ofrecieron compañía. Estaban espléndidamente vestidas y llevaban la cabeza envuelta en un pañuelo, que recogía el pelo y dejaba al descubierto la línea de sus cuellos finos color canela.

—Déjanos que te quitemos ese parche, mi vida —invitó una de las diosas africanas.

—Vengo agotado, preciosas, más tarde —replicó Brulé para no entristecerlas.

—Te devolvemos la vida por diez dólares —exclamó una de las mujeres a su espalda, confiando en quebrar la voluntad del turista.

Pero Brulé se mantuvo incólume. Un botones le cargó el equipaje.

Ascendió la escalinata aspirando la fragancia salobre del mar que murmuraba a sus espaldas e ingresó al hotel. Lo envolvieron el aire acondicionado y perfumes variados, una suave música de fondo y el susurro de turistas bronceados que transitaban por el lobby llevando ropas claras y livianas. Resucitó.

La Habana tenía siempre ese efecto sobre él. Su brisa húmeda y tibia, el salitre omnipresente, el cielo despejado sobre las aguas turquesas y el movimiento felino de sus mujeres le despertaban el deseo propio de la juventud.

Se instaló en la habitación 703, que daba hacia el norte, y tenía balcón amplio, barrido por un viento firme. El reflejo del hotel descansaba sobre las olas, y desde la distancia llegaba el golpeteo de tambores y ritmos tropicales.

Buscó en la guía telefónica el número de Victorio Triana, pero, como lo presumía, no lo halló. Sí encontró, como era natural, los de Prensa Latina. Sus oficinas estaban en La Rampa, cerca de la plaza donde se levantaba El Coppelia, que en los años sesenta había sido una de las heladerías mejor surtidas del mundo.

Después de ducharse, bajó al bar Elegante del lobby, pidió un mojito, encendió un H. Upman y permaneció acodado en la barra escuchando a una negra tan vieja que ya peinaba canas y que entonaba blues al piano desde hacía cien años.

Era agradable volver a La Habana y sentir el mensaje de las palmas y la sangre.

El mojito le recorrió las entrañas como un dedo frío. La yerba buena lo transportó a la infancia. Recordó su casa natal, en Luyanó, que era la de sus abuelos paternos. La resguardaba una ceiba que se confundía con el cielo. Pero de sus parientes directos no quedaba ninguno en Cuba, todos habían terminado en Miami, Ciudad de México o Madrid, y él era el único que había llegado tan al sur.

Tenía que reconocer que también añoraba Miami, la ciudad donde había crecido. Algún día, cuando Castro se fuese, La Habana sería como Miami, pensó Brulé.

Un hombre frágil, de bigote ancho y frente amplia, se acercó al detective y se sentó junto a él.

—Buenas noches —exclamó de lado, apoyándose en la barra del bar. Llevaba un

pañuelo blanco bordado en el bolsillo exterior de su chaqueta.

Ordenó un ron «a las rocas».

—¿Cubano? —le preguntó el barman.

El hombre, vestido rigurosamente de negro y corbata oscura, asintió.

El barman se acercó, diciéndole en voz baja:

—No te pongas bravo, mi hermano, pero en este hotel solo se recibe a extranjeros. Este *bizne* es en dólares.

Desanimado, el hombre se acarició el bigote, se aprestaba a retirarse, cuando Brulé intervino ordenándole al barman:

—Póngale uno a mi cuenta.

El barman levantó las cejas, ladeó la cabeza y exclamó algo que la música apagó. Se alejó en dirección a las botellas de Havana Club que colgaban boca abajo al fondo del local.

—Gracias —repuso el hombre del bigote—. No tengo dólares. Vengo de lejos y necesitaba un ronazo.

Brulé temió por un instante que se tratase de un agente de la policía política.

—¿Habanero?

—Habanero —replicó el hombre enderezando su espalda para estar a la altura del detective. Tenía las entradas marcadas—. Habanero puro, nací en la calle de Paula, en La Habana Vieja.

—¿A qué se dedica?

—Al periodismo —afirmó.

Hizo una pausa y luego continuó:

—Al periodismo y la poesía.

—¿Periodista del *Granma*, *Juventud Rebelde*, *Trabajadores*?

El hombre sonrió levemente, carraspeó y aclaró:

—Periodista independiente. Escribo artículos para medios nacionales y extranjeros. De algo hay que vivir en estos tiempos difíciles.

—¿También para medios norteamericanos? —preguntó Brulé incrédulo.

—Norteamericanos, centroamericanos y argentinos —repuso—. Pero pagan tarde, mal y nunca. En ese orden.

El barman volvió con el trago. El poeta periodista sorbió largo y sus bigotes se humedecieron.

—Sabe, he tenido una vida muy azarosa —agregó al rato—. He trabajado con los obreros tabacaleros, estuve en prisión en Isla de Pinos y ahora me dedico a organizar a la gente para que luche por la libertad.

Brulé dio una chupada larga a su habano. Era lo que le faltaba. Optó por ignorar el relato. El hombre podía ser un agente provocador.

—Tengo la salud quebrantada por la prisión —continuó—. Pero tendré que incorporarme a la lucha armada, me temo que no hay espacio para los políticos.

El detective lanzó una bocanada contra la oscuridad fresca, llamó al barman y

ordenó la cuenta. La negra cantaba ahora una canción de Nat King Cole.

—¿Le gusta Nat King Cole? —preguntó Brulé para cambiar de tema.

—Primera vez en mi vida que lo escucho. Soy de otra época.

Se quedaron escuchando *Noche de Ronda* en silencio. Al bar comenzaron a afluir turistas, sus prendas claras y modernas contrastaban con el traje oscuro y raído del poeta.

—Esta es una de las últimas cosas que he escrito —dijo al rato el hombre extrayendo unas páginas manuscritas del bolsillo interior de su chaqueta—. Usted parece un ser sensible.

El detective recorrió con una mirada rápida y nerviosa los papeles.

—¿Poemas? —preguntó.

—Una colección de poemas —aclaró el hombre—. Ya tiene hasta título.

—Gracias y suerte —replicó Brulé dejando un billete de diez dólares en la barra y escabullándose fuera del bar con las hojas amarillentas.

Volvió a su habitación. El trago lo había relajado y probablemente le permitiría dormir un par de horas. Echó cerrojo a la puerta del pasillo y revisó la del balcón.

Se acostó.

Antes de apagar la luz, hojeó los poemas que el hombre había titulado «Versos sencillos».

Los amaneceres en La Habana son especialmente magníficos cuando está despejado. El cielo adquiere un azul intenso, la temperatura se hace una con el hombre y pareciera que nadie puede ser infeliz.

Cayetano Brulé abandonó cerca de las ocho su habitación para el desayuno en la cafetería del subterráneo del hotel.

Al fin un café como la gente, pensó mientras echaba un vistazo en el periódico *Granma* que reeditaba en primera plana y en las páginas interiores la repetición del discurso de Fidel Castro del día anterior.

Alrededor de las nueve salió al malecón. Lo saludó la brisa suave. A lo lejos unas embarcaciones surcaban las aguas y arriba comenzaba a afincarse el sol. Cogió un taxi para turistas y se dirigió a Prensa Latina.

Victorio Triana lo recibió inmerso en el ruidoso aire acondicionado de su pequeña oficina del cuarto piso de un edificio construido en los años cincuenta. Las ventanas tapiadas impedían la entrada del sol, pero sumían a la sala en semipenumbras. De las paredes colgaban afiches de Cuba y Bonn, y los usuales retratos de Castro y el Che Guevara.

—Me contó la secretaria que usted es amigo de Cristián Kustermann —dijo Triana con una sonrisa que dejaba al descubierto dos hileras de dientes blancos perfectos.

Era un tipo joven, moreno, bajo, pero de contextura deportiva. Usaba un bigote fino, y su rostro lo dominaban un par de ojos oscuros e incisivos. Desde su retorno de Alemania se desempeñaba como editor europeo de Prensa Latina.

—Antes había editores para Europa occidental y para el campo socialista europeo, ahora, por razones obvias, tenemos solo la sección Europa —lamentó sonriendo Triana al estrechar la mano de su visitante—. Asiento.

Brulé se sentó en un butacón en donde asomaban los resortes, extrajo la cajetilla de cigarrillos de su camisa y ofreció uno a Triana, que aceptó encantado. Sobre el escritorio había un par de cables, una taza de plástico sucia y un cenicero de concha.

—Ando en un viaje de trabajo, que me llevó a Alemania y ahora me trajo a Cuba —precisó el detective ofreciendo fuego al periodista y encendiendo después su cigarrillo—. Se trata de su amigo, Cristián.

—El famoso chileno —exclamó Triana expulsando el humo por la nariz—. Perdóneme, pero esto está soberbio —se refería al cigarrillo—. Era un caso, ese chileno, un caso —repitió con la cara llena de risa—. Bueno, compartimos un montón.

—¿Buenos amigos?

—Lo que pasa es que la mayoría de los chilenos son un poco intelectualoides,

pero este era diferente —afirmó gesticulando tras volver a aspirar entusiasmado el humo—. Un tipo diáfano, sin problemas, bueno para la joda...

Brulé acercó el cenicero y dijo:

—Sé que le va a doler, pero tengo que contárselo: a Cristián lo mataron.

La risa se esfumó de golpe del rostro de Triana. Sus cejas parecieron unirse y permaneció mirando fijamente a Brulé, como si de sus palabras dependiera la vida de Cristián.

—¿Murió?

—Lo asesinaron hace cuatro meses en su restaurante.

El periodista se puso de pie y caminó hacia la ventana tapiada. Brulé le siguió con la vista. El ruido del aire acondicionado inundaba la pequeña oficina, apagando los ruidos exteriores.

—¿Cómo?

Brulé le refirió los detalles del homicidio y su papel en la investigación. Le habló sobre sus sospechas y le pidió ayuda. No quiso despertar desconfianza en el cubano que pudiera llevarlo a informar a la policía secreta, por lo que le aseguró que todo aquello que contribuyera a reconstruir la vida de Cristián ayudaría a ubicar a los asesinos.

Triana se agachó detrás de su escritorio, hurgueteó un rato y resurgió con una botella semivacía de ron barato y dos copas, que colocó sobre la mesa.

—Voy a tener que echarme unos tragos para pasar esto —se excusó—. ¿Me acompaña?

Brulé asintió.

Las manos de Triana temblaron. En su rostro se notaba la tensión. Sorbió apurado un trago y aclaró su garganta.

Brulé lo imitó. Quedaron un rato en silencio, escuchando solo el ruido del acondicionador de aire.

—Voy a dejar de lado la tristeza —dijo al rato Triana restregándose los ojos—. Seguro que a Cristián le hubiese gustado que lo recordaran con alegría y un par de tragos.

—¿Ustedes eran buenos amigos, verdad?

—Se imaginará que los latinoamericanos se buscan en medio del frío de una ciudad alemana —replicó Triana—. Además, vivíamos cerca. Pero lo que nos unió más fue que Cristián había vivido en Cuba. Fue él quien me asistió cuando llegué a Bonn, incluso trabajó un tiempo de traductor para la agencia.

—¿En la oficina del Tulpenfeld?

El periodista ensayó una sonrisa nostálgica y dijo:

—Ahí. ¿La conoce?

—De allá vengo. Un tanto deprimente, ese centro cívico de Bonn.

—Y me lo dice, coño —precisó el periodista y aspiró largo del cigarrillo—. Allá me abandonó mi mujer. Agarró los hijos y se vino de la noche a la mañana con ellos

para acá. No hay cubano que soporte ese ambiente.

Triana instaló su colilla en el cenicero y sacó otra botella de ron del escritorio.

—Este también está de madre —reclamó—, pero peor es tomar agua para pasar la tristeza.

—¿Conoció a Jelle Schwarzkopf?

El periodista asintió.

—La noviecita de Cristián. Una rubia de tetas grandes y piernas flacas. Hablaba una enormidad, pero era una buena chica.

—¿Conoció a Silvio?

—¿Silvio cuánto? —preguntó Triana.

—No me pregunte por el apellido. Pero era un amigo de Cristián y creo que me puede brindar información importante.

—¿Cubano?

—Podría ser.

—Qué raro, Cristián nunca me lo mencionó.

—¿Y le habló alguna vez de otros amigos?

—Me habló de su noviecita aquí, no recuerdo el nombre ahora, y de sus compatriotas, que volvieron casi todos a Chile —repuso el periodista acabando con el ron—. Este no es un país para chilenos, los ingleses de América no resisten el caos del Caribe.

Se tomaron un par de vasos más, que ayudaron a Triana a superar la tristeza del primer momento y le fueron soltando la lengua, pero enturbiando la memoria.

El detective temía que la noticia de la muerte de Cristián se difundiera y llegara a oídos de la policía cubana. La pondría en estado de alerta el hecho de que un policía con visa de turista estuviese investigando en su jurisdicción sin haber solicitado la autorización pertinente.

—Preferiría que nos encontrásemos esta noche para echarnos unos tragos —dijo al rato Brulé—. Aquí le estoy quitando el tiempo de trabajo.

Triana se masajó las sienes con los ojos cerrados y dijo:

—Me parece bien, chileno. Tú dirás, y permíteme que te tutee, porque los amigos de Cristián son mis amigos.

—¿Qué te parece a las ocho en la Bodeguita del Medio?

—Excelente.

—Pero te quiero pedir una cosa, Triana.

—Tú dirás, chileno.

—No comentes a nadie una sola palabra de este asunto.

En el atestado bar de la Bodeguita del Medio ordenaron un par de daiquiris mientras esperaban por una mesa.

—Este y el Floridita eran los locales predilectos de Hemingway —dijo Triana recorriendo con la vista el rústico decorado del bar.

Para entrar había que franquear unas puertas batientes. La Bodeguita del Medio se halla en la planta baja de un edificio antiguo de dos pisos, cerca de la colonial Plaza de la Catedral.

El barman colocó con un golpe seco las dos copas de boca ancha sobre el mesón. El hielo flotaba en el ron, el cristal se había opacado.

—Todavía no puedo creer que Cristián esté muerto —dijo Triana tras sorber el daiquiri y aceptar un cigarrillo del detective.

Brulé echó una mirada hacia afuera, por encima de las puertas, donde una larga cola de cubanos aguardaba a que les ofrecieran la posibilidad de ingresar. Los turistas extranjeros esperaban en el bar.

Pocos cubanos podían entrar al restaurante, necesitaban dólares o un amigo bien situado. De este modo la Bodeguita del Medio que en sus orígenes, en los años cuarenta, había sido un comedor de poetas pobres, se había convertido prácticamente en un restaurante reservado para extranjeros.

Brulé volvió sus ojos miopes hacia Triana, que había perdido el entusiasmo inicial de hallarse en el local, y preguntó:

—¿Qué diablos hizo Cristián tanto tiempo en Cuba?

—No te lo puedo contar —dijo Triana—, porque me lo confió en una borrachera que tuvimos en Bonn y me hizo jurar que jamás se lo diría a nadie.

—Una información de ese tipo puede ayudarnos.

Desde los comedores llegaba un bolero de la época de Los Panchos.

El bar y el restaurante eran frecuentados por europeas de piel tostada y generosos escotes, seguidas de hombres peinados a la gomina vistiendo bermudas. Había algo de uniformidad en los rostros despreocupados y sonrientes de los visitantes, y en la soberbia en que se expresaban y ocupaban sus puestos.

Triana siguió con la mirada cargada de deseo a una rubia de minifalda que avanzó por la sala en dirección a la cocina.

—Pongámonos de acuerdo, Triana —continuó Brulé—. O me ayudas con todo o pones trabas a mi investigación. No perdamos el tiempo. Si te interesa que la cosa se aclare, me ayudas, si no, nos quedamos a celebrar esta buena cena y nos olvidamos de Cristián para siempre, y que sus asesinos sigan libres...

—Quiero que te pongas en mi situación y sepas lo difícil que me resulta romper una promesa.

—Tú eres clave —insistió Brulé apuntando con su índice al rostro del periodista.

Sorbieron en silencio. Era un buen daiquiri. Lo continuaban preparando fuerte, dulce y perfumado como en la época de Hemingway. Havana Club es el verdadero Bacardi, pese a los tribunales internacionales, pensó Brulé.

—Puedes hablar o callar —insistió percibiendo el aire fresco del ventilador gigante del techo—, pero si callas habrás traicionado a Cristián.

—Mira, yo te lo voy a decir, pero con la condición de que no me metas en líos, porque un funcionario cubano no puede andar contándole cosas de este tipo a un extranjero.

—Soy una tumba, y si tengo que utilizar la información, puedes estar seguro de que no te citaré. En Cuba hablaré con mucha gente, nadie podrá concluir que la información provino de ti.

—Son cuestiones políticas serias —advirtió Triana enarcando las cejas.

Ahora acariciaba con sus dedos morenos la redondez fría de la copa, y sus ojos descansaron en el hielo *frappé* que flotaba en el ron.

Brulé hizo aparecer su cajetilla y le ofreció un cigarrillo.

—Yo sé que tenías una gran confianza en Cristián —continuó acercando una vela encendida—. Con él compartiste planteamientos políticos que no habrías compartido con cubanos...

Brulé había optado por jugárselas. Si Cristián le había regalado a Triana libros de connotación anticomunista, como los que había visto en La Librería, eso indicaba una compenetración ideológica entre ambos. De lo contrario, Triana no habría mantenido una relación estrecha con Cristián.

—Yo nunca revelaría que compartías los ideales de Cristián —dijo Brulé—, porque estoy seguro de que te traería problemas.

Triana encendió el cigarrillo en la vela y volvió a su trago.

Un mozo anunció que podían pasar a una mesa. Abandonaron la barra, se internaron por un pasillo estrecho y entraron a un comedor repleto, donde olía a cerdo asado y yuca frita.

Un trío acompañado de guitarras y maracas cantaba de espaldas a una ventana de barrotes que daba a un patio interior ocupado por más mesas repletas.

—Suelta la verdad —insistió Brulé—. ¿Qué hizo Cristián durante su estadía en Cuba?

Los aplausos premiaron la interpretación musical. Ahora cantaban *Nosotros* y el latigazo prístino de las maracas azotó la Bodeguita. Ordenaron varios platos típicos.

—Me contó que estudió cinco años en el ITM —dijo Triana bajando la voz, como si el acorde de la canción romántica no fuese suficiente para apagarla.

—¿ITM? ¿Qué es eso?

—Chico, ¿pero tú no conoces el Instituto Técnico Militar? —exclamó incrédulo el periodista.

Esta vez se había olvidado de la discreción.

Brulé asió la muñeca del periodista.

—¿Qué se hace ahí? —preguntó retirando la mano.

El periodista le explicó que era una escuela superior militar que se encargaba de entregar educación completa a futuros oficiales del ejército.

—¿Allí se forman los guerrilleros izquierdistas que actúan después en América Latina y otras partes? —preguntó Brulé.

—Te estoy hablando de cuestiones delicadas de la seguridad de Cuba —advirtió Triana.

—Déjate de pamplinas —repuso el detective—, que en Cuba se prepara a guerrilleros izquierdistas lo sabe todo el mundo. No me vas a decir ahora que me estás contando secretos de estado. Vamos, tú eres periodista y has trabajado fuera de esta isla.

—Una cosa es que extranjeros afirmen lo de los guerrilleros y otra cosa es que yo, un funcionario de confianza en el estado cubano, te lo confirme. ¿Me entiendes?

El mozo se acercó con varios platos. Apagaron sus cigarrillos. El puerco olía bien y la yuca se veía fresca y blanca. Era el reencuentro de Brulé con la comida de su tierra. Ordenaron un par de cervezas Hatuey.

—Entiendo más o menos.

—Los que se vienen a preparar como guerrilleros se quedan aquí por tres o cinco meses, y pasan cursos rápidos, en campamentos en las afueras de La Habana o en Camagüey —continuó el periodista.

—¿Y el ITM?

—Eso es otra cosa —dijo Triana tomando el plato del puerco asado—. ¿Gustas?

Brulé se sirvió un pedazo. Triana hizo lo mismo y volvió a depositar el plato a un costado de la mesa. Luego añadió:

—El ITM está destinado a la formación de cuadros para ejércitos de países amigos.

—¿Países amigos?

—Así se denominan algunos estados con los cuales Cuba tiene o tenía relaciones estrechas. Se trató fundamentalmente de ejércitos de países africanos. En América Latina se cooperaba con la Nicaragua sandinista, o las guerrillas estables, como las de El Salvador o Guatemala.

—¿Y entonces Cristián se preparó en qué?

—Se incorporó al ITM en el marco de una estrategia izquierdista, iniciada a mediados de los años setenta, que buscaba el derrocamiento por las armas de Pinochet.

—¿Y él se metió en eso?

—Claro, si creía entonces que era la única forma de acabar con la dictadura.

Brulé meneó repetidas veces la cabeza. Al rato preguntó:

—¿Y seguía apostando por la vía armada después de que el régimen militar anunció una apertura?

Los ojos de Triana brillaron por unos instantes. Se había inclinado sobre la mesa para acercarse más a Brulé.

—Esa es harina de otro costal —añadió—. Había tipos, según me contó Cristián, que siguieron en la cuestión militar porque piensan que el país necesita una revolución violenta.

—Pero cuando tú lo conociste en Alemania, ¿seguía pensando que ese era un método adecuado?

—Estás loco —replicó Triana dejando escapar una risotada—, cuando yo lo conocí estaba en otra onda, no quería saber nada de lucha armada, ni de la guerrilla, se había convertido en un ecopacifista, como dicen en Europa.

—¿Qué lo hizo cambiar?

—Su experiencia en Cuba. Además estaba decepcionado de los dirigentes del Frente, que querían la lucha armada incluso si volvía la democracia.

Llenaron sus vasos de cerveza. El detective picoteó la carne. Triana comía con ansiedad.

—Si lo que tú dices es cierto...

—Es cierto —insistió Triana con la boca llena.

—Si es así, es muy probable que Cristián haya sido «ajusticiado» en Chile por la guerrilla.

—O que el servicio de inteligencia del ejército chileno lo haya liquidado por haberse formado en Cuba.

—No creo, estamos en democracia. No podrían...

—¿No? ¿Por qué no? ¿Quién los controla?

—Permíteme que lo dude, aunque una muerte menos no cambia la imagen de las cosas.

Brulé tomó un largo sorbo de cerveza y luego se pasó la servilleta por los labios. Volvió a atacar la carne de cerdo. Preguntó:

—¿Y quiénes eran sus amigos en la Cuba de esa época?

—Más no sé —advirtió Triana con tono grave—. Solamente una vez me habló de su vida real en Cuba, me hizo prometer al día siguiente que yo nunca haría un comentario al respecto, y respeté la promesa. Hasta ahora.

El trío había terminado de cantar. Se alejó por un pasillo y comenzó a entonar boleros en otra sala.

—¿No sabes nada más?

—Nada. En serio.

Brulé cruzó el tenedor y el cuchillo sobre su plato y encendió otro cigarrillo. Aprovechó para ordenar un mojito.

—¿Tuvo alguna mujer fija en Cuba? —preguntó al rato.

Triana se chupó los dedos y luego se repitió cerdo, yuca y arroz con frijoles.

—Esto está muy bueno —comentó.

—¿Algún amigo firme? —insistió Brulé.

—Tuvo una novia en La Habana. No se casaron, pero con ella tuvo un hijo.

—Eso es nuevo. Me refiero a lo del hijo —precisó Brulé—. ¿Y cómo la puedo ubicar?

El mojito llegó en seguida. El investigador alejó el plato y se dedicó al trago. El viaje le había afectado el estómago y tenía una sed enorme, que le parecía poder apagar con ron.

—Era Magali, Magali Castejón —repuso Triana mordiéndose los labios ahora grasosos.

—¿Dónde la puedo encontrar?

—Vivía en Alamar, en uno de los edificios altos, eso lo recuerdo perfectamente, Cristián lo mencionó varias veces.

Brulé soltó un resoplido desconcertado y comentó:

—¿Y crees que con esos datos la voy a encontrar?

El rostro tostado de Triana dibujó una risa sardónica.

—¿Dónde crees que estamos? Alamar tiene solo dos edificios altos, de doce plantas, los demás son todos de cinco o cuatro. Están cerca del mar. Es fácil llegar allá.

Una sensación de alivio contagió al detective.

—¿Y amigos? ¿No tenía un amigo de verdad? —insistió.

—Varias veces me habló del Zapallo.

—¿El Zapallo?

—Era el sobrenombre de un chileno, muy amigo de él, creo que se llamaba Alejandro. Pero era una chapa.

—¿Vive aún en Cuba?

—No sé.

—Alejandro ¿cuánto?

Triana se encogió de hombros. Estaba agotado.

Es posible que a estas alturas le estuviese entrando la incertidumbre, pensó Brulé. Era probable que por su cabeza pasase la idea de informar a la seguridad sobre lo conversado. No era imaginable que los cubanos apoyasen su investigación, toda vez que la víctima había sido formada en el ejército revolucionario. Lo más probable era que si Triana pasaba el soplo a los cubanos, lo pusieran en el aeropuerto tras interrogarlo. Optó por comprometer más a Triana.

—El padre de Cristián es un tipo de dinero y me está pagando por llegar a la verdad —explicó en voz baja—. Necesito que me ayudes. Se entiende que se paga, sería tu tiempo...

Triana sacudió la cabeza. Depositó el tenedor y el cuchillo sobre el plato y se limpió los labios con la servilleta. Advirtió:

—No necesito dólares, no me sirven, chileno.

—Pero yo necesito tu ayuda para ubicar a Magali y al Zapallo —repuso Brulé—. ¿Pedimos un cafecito?

El periodista asintió.

—Te puedo ofrecer quinientos dólares por ubicar a estas dos personas. No es una donación, es un pago a un servicio.

Triana se mantuvo en silencio con la vista baja.

Brulé ordenó dos cafecitos.

Triana regresó de Alamar cerca de las seis de la tarde. Cayetano Brulé lo aguardaba junto a la piscina del hotel, observando desde su mesa a un par de mulatas de minúsculos bikinis que hacían compañía a un alemán que ya peinaba canas.

—¿Algún traguito? —preguntó Brulé.

El periodista tomó asiento frente al detective y ordenó un Tom Collins. Luego colocó los anteojos de sol sobre la mesa, se restregó los ojos y dijo:

—Avanzamos. Ubiqué a la suegra de Magali. Ella sigue viviendo en el edificio de doce plantas de Alamar. Estaba con su nieto, el hijo de Cristián, que anda por los diez años. Se le parece enormemente.

Brulé sonrió mordiéndose los nudillos de la mano. Recordó las fotos de Cristián, su mirada juguetona y sus cabellos lacios.

—¿Y Magali?

—Trabajando.

—¿En qué?

—En una empresa.

El detective se pasó una mano por la calva. La sentía áspera y le ardía. El exceso de sol le estaba quemando la piel. No sería mala idea comprar un sombrero, se dijo.

—En una empresa —repitió el detective mirando de reojo a una de las mulatas que se desplazaba con movimientos felinos a lo largo de la piscina.

Avanzó haciendo cimbrar unas caderas formidables. Al pasar frente a Brulé elevó los brazos para ordenarse el cabello, lo que marcó más drásticamente su silueta. Se acercó al borde de la piscina y se sentó en él para hundir los pies en el agua.

—¿Qué empresa? —preguntó el detective volviendo sus ojos a Triana.

—Este tipo de mujeronas no hay en Chile, ¿eh? —exclamó el periodista con una risotada que permaneció suspendida sobre la piscina.

Brulé sonrió.

—No te confundas, eso que ves es tralla. Se acuestan con quien les ofrezca un par de dólares.

—¿Y el control policial en el hotel? ¿Cómo llegan a la habitación? —preguntó el detective acomodándose los anteojos.

Triana movió la cabeza con un aire de compasión, hizo sonar la boca y dijo:

—Esas están arregladas con la recepción y los de la secreta, mi hermano. Después se reparten el dinero.

—Eso va contra la moral socialista —reclamó el detective simulando afectación.

—No hables sandeces, chileno, aquí la necesidad es muy grande y la gente tiene que comer. ¿Te interesa una chiquita?

Por un instante estuvo a punto de revelarle que también había nacido en La

Habana, no tan lejos de donde estaban, en Luyanó.

Desistió de hacerlo. No sería conveniente, desviaría la conversación y podría inquietar a Triana y moverlo a informar a la policía.

—Dediquémonos a trabajar, mejor —propuso el detective—. Dime, ¿en qué empresa trabaja mi compatriota?

La mulata se sumergió suavemente en el agua y llamó a su compañera.

—No entendí bien. Creo que su suegra habló de una empresa de la industria metalmecánica.

—¿Qué hace ahí?

—No sé, a estas alturas de la crisis da lo mismo, pero trabaja desde hace años y es vanguardia destacada.

Una camarera colocó el trago de Triana sobre la mesa. La segunda mulata corrió hasta el borde de la piscina y se zambulló. El alemán saltó al agua con una botella de ron añejo en su diestra.

—¿Qué le contaste a la suegra para que te hablara de ella?

El periodista apuró un trago largo y carraspeó satisfecho. Las dos mulatas nadaban ahora en torno al europeo, le habían arrebatado la botella y se la disputaban en medio de carcajadas y chillidos.

—Le dije que un turista chileno la andaba buscando de parte de familiares —agregó—, y que yo había optado por pasar a su casa porque andaba cerca.

—¿Se la tragó?

—Estaba más interesada en hablarme de su nieto, Albertico, y de contarme las dificultades que tiene para conseguirle leche y una ración de pollo —exclamó Triana.

—Pero esto está de madre, mi hermano, por decir lo menos —exclamó Brulé—. No hay quien lo resista.

—No te quejes tan alto, que tú vienes y te vas —advirtió Triana jugueteando con sus anteojos de sol. Son Ray Ban, seguro comprados en Bonn, pensó el detective—. Tú te vas y yo me quedo con mi familia en esto. Así que cuídate la boca.

Brulé echó una mirada en derredor. Un par de personas, de aspecto europeo, dormitaban en trajes de baño sobre las sillas, aprovechando el sol oblicuo de la tarde. Las mulatas se turnaban ahora para bailar con el alemán en la parte baja de la piscina. De algún lugar brotaba una canción sabrosa de Luis Formell, cuyo ritmo marcaba suavemente un mozo golpeteando unas cucharas.

—Está bien, está bien, disculpa —agregó Brulé en los momentos en que caía en la cuenta que dos hombres de guayabera y anteojos calobares habían ocupado la mesa inmediata—. Pero no me explico cómo en medio de esta crisis soportan aún al hombre.

—Esto se mantiene gracias a una alianza entre la izquierda y la derecha latinoamericana.

—No hables como la esfinge. ¿A qué alianza te refieres?

—Los empresarios hacen los mejores negocios en Cuba y la izquierda sigue

teniendo un símbolo. Ambos sacan sus lascas y Castro sigue en el poder.

—¿Y este es el socialismo?

—Esto no es lo que nos prometió el Caballo —admitió Triana. Se echó otro sorbo, esta vez uno largo del Tom Collins. Las risotadas del alemán y las mulatas revoloteaban sobre la piscina—. Pero no se puede hacer nada.

—¿Por qué no? Mira lo que pasó en Europa oriental.

—Te equivocas, chileno, a los líderes de allá los tumbaron porque eran comunistas. Al Caballo no lo tumba nadie, lo protege el pacto que hizo con Xangó y Ochogún.

Brulé carraspeó y se acarició el bigote. Luego se cercioró si aún llevaba el parche. Allí estaba. Dijo en voz baja:

—¡Estás hablando mierda, Triana! Un cuadro comunista como tú y hablando de santería.

—En fin —agregó Triana volviendo a colocarse los anteojos—. A estas alturas ya da lo mismo.

—¿Cómo que da lo mismo?

—Da lo mismo, chileno —repitió el periodista desde la oscuridad de sus cristales—. El Caballo se murió hace mucho y nadie se ha dado cuenta. Por eso sigue en el poder.

La brisa de la tarde despeinó el cabello liso de la mujer. Su cuerpo fino naufragaba dentro de la falda y la blusa blanca. Al fondo una avenida amplia y desierta, enmarcada por cocoteros, desembocaba en el mar turquesa.

Tendría unos treinta años y un rostro severo de enormes ojos café sin pintura.

Se estiró la falda arrugada, echó llave a la puerta del Lada y comenzó a subir lentamente, con la carpeta presionada contra el pecho, por las gradas que conducían a los elevadores. De su hombro izquierdo colgaba una pequeña cartera de plástico.

—¿Magali? —preguntó Cayetano Brulé cuando ella se disponía a oprimir el botón de llamada.

Volvió la cabeza.

No había nadie en los alrededores. A lo lejos unos negritos descamisados jugaban con una pelota de béisbol. Le dijo en sordina:

—Necesito hablar con usted, se trata de Cristián Kustermann. Vengo de Chile.

Las aletillas de la nariz de la mujer se agitaron.

—¿Dónde está Cristián? —preguntó descontrolada. Tenía la voz gruesa, de fumadora en cadena—. ¿Se acordó de su hijo y desea verlo?

Su mano tanteó hacia el botón.

—Cristián murió. Lo mataron —dijo Brulé a quemarropa, convencido de que era la única forma de detener a Magali.

La mano de la mujer se aferró con fuerza a la carpeta. Sus ojos vacilaron. Echó una mirada en derredor y exclamó impotente:

—¿Cristián muerto?

Brulé asintió en silencio, sosteniéndole la mirada.

La puerta del elevador se abrió chirriando y escupió a un par de negros cargando cajas de cartón vacías. Sus disputas se fueron diluyendo en la distancia.

—¿No prefiere caminar? —propuso Brulé indicando hacia la avenida.

Ella giró sobre sus zapatos de medio tacón, que relativizaban su escasa altura, y miró al mar.

—Arriba está Albertico con su abuelita —explicó—. No conviene que hablemos en el apartamento sobre su padre...

—Podemos ir a otro lugar...

Ella titubeó un instante. Se ordenó el cabello y le pidió que la siguiera.

Bajó las escaleras en dirección al vehículo seguida de Brulé, abrió el portamaletas, depositó la carpeta y volvió a echarle llave. Tenía unos tobillos finos y unas pantorrillas apetitosas.

—Caminemos —propuso cruzando los brazos como si hiciera frío.

Brulé creyó ver que lloraba.

—Disculpe —dijo—. Fui un estúpido al darle así la noticia.

Se encaminaron por la avenida de los cocoteros. Era una tarde magnífica en que se podía escalar al cielo.

El detective recordó la noche en que había paseado junto al Pacífico con Paula Gómez. Ahora avanzaba hacia un mar transparente y calmo, bajo un cielo despejado y tibio, diametralmente opuesto al del paisaje agreste del centro de Chile.

—¿Qué pasó con Cristián? ¿Quién es usted? —preguntó al rato la mujer.

El detective extrajo una cajetilla de cigarrillos de su guayabera y le ofreció uno a Magali.

—Soy Cayetano Brulé, detective privado, vivo en Valparaíso —precisó encendiendo los cigarrillos—. Cristián fue asesinado en Chile. Hace cuatro meses. Su padre me encargó investigar, lo que me ha traído hasta aquí.

—¿No han hallado a los asesinos?

—Obviamente no.

—¿Y por qué investiga en Cuba? —preguntó ella aspirando.

—Para serle franco, carezco de pistas, pero estoy convencido de que el crimen tiene algo que ver con el pasado de Cristián.

Ella expulsó el humo por la nariz. La forma en que exhalaba y mantenía el Lucky Strike delataban a una fumadora empedernida.

—¿Cómo fue...?

—En su restaurante de Reñaca. Lo mataron una noche, cuando se disponía a cerrar. Aparentemente un asalto.

—¿Restaurante? —repitió ella, incrédula—. Nunca me hubiese imaginado que Cristián cambiase tanto, aquí terminó acobardado políticamente, había comenzado como revolucionario, pero que terminara como cocinero...

—Los asesinos se cercioraron de su identidad antes de matarlo. Huele a ajuste de cuentas...

—Siempre le rogué que no volviera a Chile, que lo iban a matar.

—¿Quién lo iba a matar?

—La dictadura.

—En Chile ya no hay dictadura —reclamó Brulé—, hay un gobierno democrático desde hace más de tres años.

Magali soltó una risita escéptica mezclada con el humo.

—No hable de lo que pica el pollo —advirtió. Brulé percibió con claridad su acento habanero—. Todos saben que los militares siguen mandando en Chile.

—¿Y por qué lo querían matar?

Escucharon primero el ronroneo lejano de un camión a sus espaldas, y luego lo vieron acercarse. Un Zyl de las Fuerzas Armadas Revolucionarias los envolvió en una nube de polvo, y continuó su marcha alegre hacia el mar.

—Por su compromiso político inicial...

—¿Por su formación en el ITM?

—Cristián ingresó al ITM para formarse y luchar contra Pinochet, ¿entiende? — aseveró ella mirando fijo al detective—. No creía en el retorno pacífico a la democracia y por ello despreciaba a los políticos que aceptaban las reglas de Pinochet.

—¿Fue adiestrado como guerrillero?

—Como oficial del nuevo ejército que quería crear la izquierda exiliada —dijo ella en tono de reproche—. Todo fue en secreto, encargo del Frente, pero todo trasciende de alguna forma. Yo presentía que si llegaba a oídos de la DINA, lo liquidarían. ¿Desde cuándo estaba en Chile?

—Desde hace tres años.

Ella buscó algo en la cartera y volvió a cerrarla. Ahora mantenía el cigarrillo a pocos centímetros de los labios, pensativa, inmóvil.

La tarde declinaba con la rapidez propia del Caribe y unos pájaros ensayaban un canto en alguna parte. Un avión surcaba el cielo en dirección al norte, dejando atrás una estela frágil. Se acercaron a la playa, donde se levantaban un par de quitasoles de concreto que parecían hongos gigantes.

—En Cuba vivió desde el 82 al 88 —agregó—. Nos divorciamos en el 85, cuando estaba en el ITM. Albertico tenía dos años.

—¿Qué pasó? —inquirió con cautela Brulé—. ¿Usted volvió a casarse?

—Nunca fue una relación sólida. Yo, hija de un ministro de Allende en el exilio. Él, hijo de un empresario conservador... Nada perdurable podía surgir de eso.

—¿Cuándo se separaron?

—Nos separamos y reconciliamos durante su estadía en el ITM —replicó ella soltando un suspiro. Sus rasgos se habían endurecido. Volvió a aspirar—. Creo que tuvimos al niño para ver si podíamos salvar el matrimonio. No sirvió de nada.

—¿Usted volvió a casarse?

Ella lo miró de reojo.

—Con un oficial del Ministerio del Interior.

—¿Cubano?

Ella asintió.

—No tenía sentido nuestro matrimonio —continuó al rato, sin dejar de caminar—. Cristián estuvo en misiones internacionalistas en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. No nos veíamos. Yo necesitaba de alguien a quien aferrarme. No tenía seguridad con un guerrillero, que se preparaba para dejarme.

—¿Nunca le ofreció irse con él?

Ella soltó un resoplido de fastidio.

—Nos casamos convencidos de que nuestras vidas pertenecían a la causa del Frente, a la libertad de la patria. Pero más tarde la llegada de Albertico me hizo cambiar de idea. La entrega a la revolución es para los solteros sin hijos.

—¿Y Cristián no dejó acaso de ser revolucionario?

—Eso fue más tarde —replicó la mujer—. Mucho después del divorcio. Pero eso

fue distinto a lo mío. Yo quería dedicarme a mi hijo en el marco de la revolución. Él avanzaba imperceptiblemente hacia el distanciamiento de Cuba.

—¿Cómo lo supo usted?

—Cosas de percepciones —dijo ella ordenándose el cabello—. Pero no crea que voy a hablar con un extraño de los problemas de la revolución.

Habían arribado a la playa. Estaba desierta, pequeñas olas rompían contra las rocas y se deshacían en espuma. Se detuvieron en un muro que separaba la calle de la arena. Ella puntualizó:

—Poco antes de irse me ofreció llevarme a mí y al niño a Alemania oriental, pensando en un retorno posterior a Chile. No podía aceptar.

—¿Cuando usted ya se había casado?

—Sí.

—¿Por qué no se fue con el padre de su hijo? ¿Por amor a su actual esposo?

—Ya no tengo fuerzas para comenzar otra vez mi vida.

—¿Qué pensaba hacer él en Alemania? —preguntó Brulé lanzando el pitillo a la arena.

—Había conseguido un trabajo de traductor en una empresa alemana exportadora de herramientas. Lo había conseguido a través de la embajada de la RDA. Eran dos plazas, en realidad, una para un amigo de él.

—¿Quién?

—Silvio Guerra.

Brulé se introdujo las manos en los bolsillos buscando la cajetilla.

—¿Chileno también?

—Se conocieron en el ITM —dijo ella—. Chileno descendiente de alemanes...

—¿Con ese apellido?

—Seguramente era una chapa. Lo vi un par de veces, era un tipo alto y fornido, rubio y blanco como un europeo. No me pregunte dónde está ahora, ni cómo se llamaba la empresa porque no me acuerdo, solo sé que estaba en Berlín Este.

—¿Tuvo Cristián alguna vez diferencias con Silvio? —preguntó el detective ofreciéndole otro cigarrillo a la mujer.

Estaba comenzando a oscurecer y la brisa se hacía más fresca. Ella respondió:

—No sé, no se olvide que estábamos separados. No me diga que sospecha de Silvio.

—Solo busco más información sobre la vida de Cristián —replicó el detective—. ¿Tuvo algún otro amigo Cristián en La Habana?

Magali miró hacia el mar, dibujó algo sobre la gravilla con la punta del pie y dijo:

—Casi todos se han ido. Ahora están en Suecia, Alemania o Canadá. Eran revolucionarios cuando llegaron a Cuba, y luego traicionaron.

—¿Todos? ¿Traicionaron todos? ¿También el Zapallo?

Ella aceptó el fuego y volvió a otear el mar. Después de un rato respondió:

—Creo que aún anda por ahí. Si no me equivoco trabaja en una pizzería —hizo

memoria un instante—. Se llama Alejandro Barra, trabajaba en La Vita Nuova, frente al Coppelia. Dicen que va a ser el último mohicano de los chilenos en Cuba.

Ahora tenía al Zapallo a su lado, sentado sobre el muro rompeolas del Malecón, mirando hacia el norte a través de la noche, hacia donde presentían a Miami, allá, al otro lado del estrecho cuajado de tiburones y peces voladores. Disfrutaba en silencio un cigarrillo.

Cayetano Brulé lo había encontrado la noche anterior en la pizzería La Vita Nuova, donde se turnaba como cajero, mozo y preferentemente como ordenador de colas, que era lo único que abundaba en las cercanías del local.

Alejandro Barra había llegado a Cuba a estudiar medicina en el año 73, poco antes del golpe de estado contra Allende. Tenía entonces cerca de veinte años, la mirada brillante y una primavera en el corazón. Junto a un centenar de miembros del movimiento revolucionario chileno había obtenido una beca de La Habana para convertirse en médico.

Poco después del golpe, la organización había cambiado su estrategia y había exigido a los estudiantes abandonar sus estudios e ingresar al ITM. Debían convertirse en el futuro ejército revolucionario de Chile. El movimiento planeaba entonces el derrocamiento de Pinochet por las armas y la instauración de un socialismo a la cubana.

Alejandro había roto con el movimiento un par de años atrás, hastiado de los atentados terroristas en que habían caído inocentes y no los militares a quienes el movimiento había querido ajusticiar. Había terminado hastiado también del grado de autonomía del aparato militar del movimiento y de la vida de privilegios que llevaban los dirigentes militares de la organización.

—¿Y por qué no volvió a Chile? —preguntó Brulé.

A sus espaldas pasaban lentamente automóviles de turistas, aminorando la velocidad ante las jóvenes de ropa ceñida que se ofrecían a lo largo del Malecón por un par de medias o una cena en un restaurante para extranjeros.

Alejandro escupió una minucia de tabaco hacia el mar.

—Por mi historia y porque la inteligencia del ejército me tiene fichado —respondió con su acento habanero—. Participé en varias acciones en Chile y escapé enjabonado. Si vuelvo me dan agua, como dicen en Guatemala.

—¿Y dónde conoció a Cristián?

—Lo conocí años después, en el 82, en Cuba, cuando llegó a formarse al ITM. Venía de Alemania, estaba limpio y la dirección tenía interés en que volviera pronto a Chile a rearticular el movimiento por medio de acciones concretas.

—¿Se refiere a bombas y atentados?

Alejandro no se inmutó. Puntualizó:

—A una dictadura solo puede enfrentársela con las armas, lo demás es

martirologio. Eso lo enseña la experiencia de los compañeros cubanos.

El Zapallo seguía fiel al grueso de sus convicciones políticas a esas alturas de su vida. Pese a haber encallado en un local de dudosa categoría, donde lo único promisorio era el nombre, ganando cinco dólares mensuales en un país desabastecido, y desvinculado quizás para siempre de su patria, el hombre mantenía su ideario revolucionario.

Hasta la muerte vas a soñar con una *vita nuova*, pensó Brulé.

Alejandro volvió a aspirar de su cigarrillo. Lo gozaba con aire nostálgico, con modales medidos y elegantes que revelaban, pese a los pantalones zurcidos y la camisa percutida, aunque planchada, que había disfrutado de una educación especial en su tierra.

—¿Cristián volvió a Chile a dirigir al movimiento? —preguntó Brulé.

El hombre le pidió otro cigarrillo, aunque aún no había terminado el suyo. Extrajo de la cajetilla el que le ofrecía Brulé y lo guardó en el bolsillo de su camisa de mangas cortas con el cuidado con que alguien guarda una reliquia.

—Sí. Y creo que por eso lo mataron —precisó. Luego elevó su mano con el índice erguido y le advirtió a Brulé—: No busque más, lo mató el ejército o un grupo paramilitar. Es seguro que hay filtraciones y lo denunciaron.

—Hay una cosa que me llama la atención —dijo el detective afilándose el bigote—, si Cristián era un tipo de sensibilidad, no creo que haya estado conforme con las acciones terroristas del movimiento. Ha muerto mucha gente inocente.

Alejandro se rascó una mejilla mal afeitada y luego se pasó la mano sobre el pelo corto y grasoso. Dijo:

—Yo tampoco compartí la violencia a mansalva. Creo que en el movimiento eran más quienes pedían mayor lucha política, sobre todo cuando se vio el ocaso de la dictadura.

—¿Y cómo se explica el asesinato de carabineros y del senador?

No respondió. Examinó la lumbre del cigarrillo.

—¿Sabe lo que llevaba en sus bolsillos el senador? —preguntó Brulé—. Un par de monedas, las llaves de su vivienda y un pañuelo.

—Yo ya había roto con el movimiento —repuso el Zapallo.

—Pero Cristián ya tenía algo que decir en él.

—Desde hace mucho que se oponía a acciones de este tipo —agregó—, al igual que Léniz. No puedo creer que él haya apoyado algo así.

—¿Léniz? ¿Samuel Léniz?

—Sí, el que murió en el accidente carretero.

—¿Cómo sabe que murió?

—En La Habana se sabe todo; es una ciudad sabia, mi amigo.

—Pero Cristián estaba en Chile entonces, y supuestamente dirigiendo al movimiento cuando mataron al senador —insistió Brulé.

—No necesariamente —replicó el otro—. A lo mejor ya no estaba a cargo de la

parte operativa del movimiento.

Brulé tosió, se arregló sus anteojos, que comenzaban a resbalarle sobre el sudor de la nariz.

—Pero si él volvió a Chile precisamente a dirigir el núcleo operativo del movimiento —insistió Brulé.

—Es lo que se dice —respondió al rato Alejandro, dudando—, pero creo que él quería reorientar el Frente.

—Dígame —contraatacó el detective—, ¿el alejamiento de Cristián de sus posturas radicales era auténtica o leyenda para ingresar a Chile y operar políticamente en la clandestinidad?

—No sé, lo concreto es que quería reorientar al movimiento, lo demás es literatura.

—¿Y usted también pensaba así?

—También.

—Reorientarlo podía implicar dividirlo...

—Puede ser —respondió taciturno—. Cristián intentó que yo lo apoyara. Quería salvar vidas. Creo que estaba muy marcado por su historia.

Abajo golpeaban suaves las olas. Un auto hizo sonar la bocina, robando a unas mujeres carcajadas vulgares.

—Dígame, ¿cómo fue que Cristián se convirtió en revolucionario? Provenía de una familia pudiente, lo que explica que en su juventud apoyara al régimen militar.

Alejandro se paseó la lengua por los labios y luego se rascó el lóbulo de la oreja.

—Fue su padre —dijo.

—No entiendo.

—Me lo contó Cristián durante una misión en El Salvador. Era el secreto de su vida. Pero fue su padre —reiteró y se puso de pie para darse unas palmadas en las asentaderas.

—No entiendo.

—Un amigo de la infancia de Cristián había sido secuestrado por la DINA y estuvo desaparecido por varias semanas...

—¿Y?

—Cristián le rogó a su padre que interviniera en favor de él, que lo liberaran.

—¿Tenía su padre contactos con la policía política?

—Con altos jefes militares... Como empresario, usted se imagina.

—¿Intervino?

—Le dijo a Cristián que en la vida cada uno debe asumir lo suyo.

—¿Y qué pasó?

Alejandro no respondió. Se quedó observando el oleaje que se deshacía en el muro gris y resbaloso. Volvió a sentarse.

—El muchacho apareció en las afueras de Santiago —continuó—. Degollado.

Se quedaron inmersos en la oscuridad, uno junto al otro, sin decirse nada, como

las parejas que de tanto conocerse conversan con silencios. A través de la noche y la fragancia salina se divisaban las luces de un barco que avanzaba hacia el norte, alejándose de Cuba.

—¿El asesinato de Cristián no será una venganza por eso? —inquirió al rato Brulé.

—Nadie lo sabe. Solo yo, el padre de Cristián y ahora usted.

—¿Por qué no apoyó a Cristián en su lucha por reformar al Frente?

—Sabe, a estas alturas del partido tengo que ver cómo protejo a mis hijos de lo que le aguarda a esta isla.

El detective encendió otro cigarrillo. Le supo a alga.

—Dígame —insistió después de unos instantes—. ¿Usted conocía a Léniz?

Los ojos del Zapallo escrutaron al detective.

—Sí.

—¿No le parece extraña su muerte?

—También lo mataron —sentenció el Zapallo, tirando hacia las olas el pitillo encendido. Le pidió otro a Brulé—. Es claro que el movimiento estaba plenamente infiltrado.

—Fue un accidente —corrigió Brulé, dándole fuego—. Yo mismo vi el vehículo accidentado.

—¿No le parece demasiada casualidad que en Chile hayan muerto dos de las tres personas que tenían a cargo la conducción militar del Frente?

—¿Y quién es el tercero?

Soltó una sonrisa burlona. Sus dientes blancos y grandes resplandecieron en la oscuridad.

—Oiga, yo rompí con el movimiento, pero no soy soplón —advirtió con enérgico tono cubano—. Si estamos hablando de ellos es porque están muertos.

—A lo mejor el tercero también está muerto —especuló Brulé.

—Imposible.

—El tercero es Silvio —apostó el detective.

El Zapallo hizo una pausa que aprovechó para aspirar del cigarrillo. Soltó al rato el humo por la nariz y luego movió la cabeza diciendo:

—No sé quién será ese Silvio. Pero jamás podría revelarle el nombre de un dirigente en la clandestinidad, el movimiento continúa actuando en la clandestinidad.

—Dígame —volvió al ataque Brulé—, me imagino que Léniz también se oponía a las acciones terroristas, como usted, ¿es así o no?

El Zapallo asintió con la cabeza.

—Pero el movimiento sigue adelante con el terrorismo —continuó Brulé—, por lo que esto solo puede deberse a que el tercero de la dirección optó por el terrorismo y maneja las operaciones del movimiento.

—No necesariamente —replicó el otro—, porque el movimiento no lo dirige una sola persona, una cosa es estar a cargo de las acciones operativas, y la otra dirigir el

movimiento.

Se bajaron del muro y echaron a caminar por la avenida en dirección hacia La Habana vieja, que proyectaba sus luces sobre las olas. Divisaron La Cabaña, el faro y la entrada al puerto.

—Sabe, no soporto lo de centrar la discusión en los errores del Frente para ignorar los crímenes de las fuerzas represivas —dijo Alejandro pateando piedrecillas—. Es vil y cobarde.

Había terminado casándose con una cubana que trabajaba de secretaria en la Universidad de La Habana. Tenían tres hijos, y vivían modestamente en La Víbora, un barrio obrero de combativa trayectoria prerrevolucionaria.

—¿Y realmente no piensa volver? Estaría mejor en Chile, hay programas de retorno para los exiliados.

—Me decidí por este país —recalcó—, sé lo que le espera. Pero me recibió sin pedirme nada a cambio, no puedo irme ahora y desentenderme de su destino. Yo aposté por esto hace muchos años, y la carrera hay que correrla hasta el final.

—El que nace chicharra muere cantando —dijo el detective.

—No es eso, hay que aprender a ser digno, Brulé. Es lo único que puedo legarles a mis tres hijos para la época en que los yanquis vuelvan a adueñarse de la isla.

Unos muchachones negros como la noche les ofrecieron muchachitas y cambiar dólares. Siguieron caminando en dirección a La Habana vieja por el Malecón, a esa altura magníficamente iluminado. Una caravana de buses de turistas pasó a toda velocidad en dirección a Miramar.

—Son delegados a un congreso —comentó Alejandro.

—¿A cuál?

—Cualquiera, da lo mismo. Con los años ya no sé si han sido varios o si es siempre el mismo que se celebra.

—¿Cómo se formó el trío con Cristián y Samuel? —preguntó Brulé al rato.

—Éramos en verdad un cuarteto.

—¿Un cuarteto? ¿Y el cuarto, dónde está?

—Eso quisiera saber —repuso Alejandro, cansado y amargado—. Nos conocimos en el ITM, pero estrechamos relaciones cuando prestábamos servicios internacionalistas en Centroamérica.

—¿Qué significa eso?

—Estuvimos en esa región asesorando y apoyando a las fuerzas revolucionarias —replicó el Zapallo—. En Nicaragua con el gobierno sandinista, y con las guerrillas en El Salvador y Guatemala.

—¿Mercenarios?

El hombre reaccionó airado:

—Nunca. Nunca cobré un centavo, lo hice por convicción, luché con los destacamentos guerrilleros. No lo puede entender. Algún día se escribirá esa historia y llenará de orgullo a Chile.

—¿Nunca un pecadillo siquiera? —insistió el detective con malicia.

Contra el muro del Malecón se abrazaban parejas, y frente a ellos jugaban niños. Más allá otro grupo de mulatas ofrecían sus carnes preciosas a automovilistas.

—Nunca —respondió.

—¿Cristián y Léniz salieron al mismo tiempo de Cuba?

—Casi al mismo tiempo, en el 88, pero por vías separadas —aclaró el Zapallo rascándose una oreja—. El detalle lo desconozco, razones obvias de la conspiración, en el movimiento se trabaja de forma muy compartimentada.

Fue ese el momento en que Brulé reparó en el anillo que Alejandro llevaba en su mano derecha. Era similar al de Cristián.

Preguntó:

—¿Dónde compró ese anillo?

El Zapallo dejó de rascarse la oreja, se limpió una uña y echó un vistazo rápido sobre el anillo, como si recién hubiese tomado conciencia de que lo llevaba.

—Este es de la época del internacionalismo —explicó—. Fue en el 86, cuando estábamos en Guatemala, apoyando a la URNG. Detuvimos una caravana de turistas norteamericanos que viajaba a Tikal y cobramos un impuesto de guerra.

—Robo a mano armada —opinó Brulé.

—Llámelo como quiera, pero lo cierto es que todo lo recolectado fue a parar a la guerrilla —continuó el Zapallo con una mueca de molestia—. Con excepción del tremendo medallón de jade que tenía una gringa, que fue para nosotros...

—¿Usted, Léniz, Cristián y el otro?

—Exacto, en Panamá mandamos a hacer cuatro anillos, cada uno con un pedazo de la piedra —recordó el Zapallo—. Era una especie de símbolo de nuestra identificación, y quedamos en que los usaríamos siempre, hasta la victoria final o la muerte.

IV

Cayetano Brulé se embarcó el sábado siguiente en el vuelo de Cubana de Aviación que lleva a Santiago de Chile. El viaje en el destartalado Ilushin 62 le sirvió para ordenar sus ideas y saborear varios Havana Club *on the rocks* de manos de una escultural azafata, cuyas caderas apenas le permitían transitar por el pasillo.

Pese al ron, no pudo dormir. Los turistas chilenos, que repletaban la nave, habían sufrido una metamorfosis radical tras su estadía en la isla, y ahora entonaban y bailaban una y otra vez *Guantanamera*, *Cuba-qué-linda-es-Cuba* y *Aquí-se-queda-la-clara*, acompañados de flautas, maracas y tambores al ritmo lerdo que solo pueden imprimirle a los instrumentos del trópico seres que habitan el Cono Sur del continente.

—Espérense, no más, en cuanto bajen en Santiago y los agarre el viento cordillerano, se van a acabar las guayaberas, las maracas y el zangoloteo —se consoló el detective mientras intentaba conciliar el sueño.

La nave, que une a La Habana con Santiago sin escalas, arribó al atardecer de ese mismo día a la capital chilena. Brulé dejó el edificio cerca de las ocho de la noche; ya la temperatura se había encargado de liquidar el artificial fragor tropical, y quince minutos más tarde abordaba un bus en dirección a Valparaíso.

Cerca de las once franqueó el umbral de su casa, donde lo aguardaba la siempre fiel Esperanza.

Se cambió el parche de la ceja, preparó un Cuba Libre y se instaló en el balcón a ordenar los apuntes. Abajo Valparaíso vivía una nueva noche de sábado veraniego, y el chirrido de las grúas portuarias subía envuelto en sedados ritmos de boleros.

Al día siguiente, tras almorzar con Kustermann en el Café Riquet, donde le entregó un pormenorizado recuento del viaje y los gastos, se dirigió a su oficina. Había optado por no comunicarle a su cliente las sospechas que abrigaba y le solicitó un plazo de una semana para entregar una versión completa de la investigación.

—Tenga confianza —le dijo a Kustermann, que vestía un impecable traje azul y corbata gris—, tengo la película bastante clara. Deme una semana más.

El empresario lo había observado con desconfianza, pero había accedido tratando de envolver en palabras su titubeo. Las aletillas de su fina nariz habían vibrado por unos segundos como si le faltara el aire, y luego había aceptado.

—Solo una semana más —precisó con aire amistoso, y a la vez resuelto.

En la oficina esperaban a Brulé un par de cuentas abultadas y un mensaje de Suzuki del día anterior, en que le anunciaba que se encontraba modernizando el cafetín del puerto con la cooperación financiera de Madame Eloise.

Preparó un café y telefoneó al consejero económico de la embajada de Alemania en Santiago para solicitarle una lista de las empresas alemanas orientales que se

especializaran en la exportación de máquinas-herramientas. Simuló ser un importador interesado en maquinaria de tecnología adaptable.

—¿Usted se refiere a empresas que eran de la República Democrática Alemana?
—preguntó solícito y en perfecto español el Dr. Kaufmann.

—Efectivamente. ¿Son muchas?

Hubo silencio al otro lado de la línea. Solo se escuchaba el tecleo atemperado propio de las computadoras. Al parecer la eficiencia alemana se encontraba en esos instantes en plena ebullición en la calle Agustinas. Abajo, en Cochrane, los buses seguían expulsando sus gases venenosos.

—Cerca de veinte —replicó al rato el Dr. Kaufmann con voz cascada.

—¿Me las puede enviar?

El diplomático dijo que lo podría hacer de inmediato por fax. Brulé asintió, dándole el número de una oficina de abogados instalada un piso más abajo, donde conocía a la secretaria.

Posteriormente telefoneó al Ministerio del Interior y ubicó a Carlos Maturana, un amigo de Suzuki y experto en materia de armas.

Era un hombre gris que bordeaba los cincuenta años. Solía escapar cada cierto tiempo, en supuestas comisiones de servicio, hacia Valparaíso. Suzuki le conseguía muchachas jóvenes, que lo atendían en un ambiente familiar y económico desde que su esposa lo había abandonado para irse con un marinero griego. Acordaron encontrarse al día subsiguiente, a las doce, en el restaurante City, de Compañía.

Luego bajó a buscar el fax. La lista, que finalizaba con los saludos cordiales del Dr. Kaufmann, quien tenía una rúbrica clara como la de los niños, contenía veintitrés nombres de empresas alemanas orientales representadas en Chile. Invitó una vez más al cine, y nuevamente sin éxito, a la poco agraciada secretaria del consultorio jurídico, y volvió corriendo a su oficina.

Ojalá nunca se dé cuenta de que la invitación es solo una forma de agradecerle la recepción de los fax, se dijo el detective mientras ascendía de tres en tres los peldaños.

Se acomodó en su sillón tras recalentar el café en la cacerolita, y leyó detalladamente el documento. De las 23 empresas, siete tenían casa matriz en el ex Berlín oriental, el resto se ubicaba en Leipzig, Rostock, Dresden, Magdeburgo y Cottbus. Ninguna era empresa de reputación, y al parecer la mayoría tenía razón social nueva desde la unificación alemana.

Tras estudiar la ubicación de las oficinas, casi todas en la zona céntrica de Santiago, llamó a Suzuki. Le pidió que se presentara muy temprano a la mañana siguiente.

Suzuki apareció poco antes de las ocho de la mañana. Venía sin afeitarse, más amarillo que de costumbre y ojeroso, secuelas de una noche de amor con Madame Eloise.

—Cerramos el Kamikaze a las tres de la mañana, jefe —dijo preparándose un café y soltando un gran bostezo—. Después nos fuimos a mi casa, figúrese.

—Espero que estés capitalizando con Madame Eloise para ofrecer en el futuro servicios mancomunados. Imagínate: masajes y arte culinario en un mismo lugar —opinó el detective—, te podrías olvidar de esta pega.

—Malos tiempos para este tipo de empresas, jefe, el sida desanima hasta a los más gallitos.

Se apoyó en el escritorio y comenzó a revolver su café. Aquella mañana de cielo claro vestía sus jeans desgastados de costumbre, una camisa de cuello abierto y la parca sintética verde.

—Ahora pasemos a lo nuestro —advirtió Brulé volviendo a llenar su tacita con el café recalentado que sobraba—, pero no me pidas que te explique, me tardaría un día entero en aclararte el rollo y no lo entenderías. Mira, aquí tienes una lista de empresas ubicadas en Santiago.

Le mostró el fax del Dr. Kaufmann, y continuó:

—Necesito que a partir de las ocho y media las llames a todas y consultes el nombre de sus representantes.

Suzuki sorbió un poco de café y preguntó:

—¿Llamo de parte de quién?

—Diles que eres de una empresa importadora y que tu patrón desea conocer los nombres para enviarles consultas sobre sus productos. Ah, y otra cosa, averigua bien de qué nacionalidad son los representantes. ¿Entendido?

Suzuki asintió.

—Otra cosa importante —continuó Brulé echándose el cabello hacia atrás—, dile a Madame Eloise que vuelva a consultar al patrón de la lancha *La Estrella de la Quinta Región*.

—¿El del rumor del contrabando?

—Exactamente. Es importante que le saque el máximo de información. ¿No dijo el patrón en su borrachera que el homicidio de Cristián olía a contrabando de armas?

—Así es.

—Que le sonsaque todo lo que pueda —precisó Brulé con las manos en los bolsillos—, tenemos que saber por qué asocia a Cristián con las armas. ¿Está claro?

—Más claro echarle agua —respondió Suzuki—. Esta noche le diré a Madame Eloise que ubique al patrón de *La Estrella*.

Vació su taza de café y se dirigió al baño a lavarla. Antes de cerrar la puerta, se

volvió hacia Brulé y le preguntó:

—¿Usted cree que Cristián estaba metido en el contrabando de armas? ¿Fue esa la conclusión que sacó de su viaje?

El detective colocó sus pies sobre la mesa. Mantenía la tacita entre las manos, descansando en el regazo, y apuntó con aire satisfecho:

—Es una probabilidad. A lo mejor podremos avanzar en esa dirección.

Después comenzó a buscar en las gavetas de su escritorio recortes de diarios. Recordaba que a mediados del año anterior había archivado una noticia sobre el descubrimiento en un barrio de Valparaíso de una caja que contenía armas fabricadas en países comunistas.

Buscó largo rato. Solía archivar ciertas noticias. Se trataba usualmente de asuntos no esclarecidos. Su idea inicial había sido ordenar algún día los recortes y seguir los casos desde sus inicios hasta la solución. Pero, al igual que muchas otras iniciativas, quedaban a medio camino. El orden no era ciertamente su fuerte, pensó mientras hojeaba.

Finalmente halló lo que buscaba. Se trataba de una información de *El Mercurio* de Valparaíso, fechada el 11 de agosto pasado, tres meses antes del asesinato de Cristián. El diario daba a conocer la noticia en la parte inferior de su primera página, acompañada de una foto en colores que mostraba a miembros de la Policía de Investigaciones junto a una caja de madera con armas.

La caja contenía tres pistolas chinas de calibre 7.65 con silenciador, cinco pistolas CZ 75, de nueve milímetros, de procedencia checa, y dos versiones silenciosas del Escorpión checo 32 ACP, una subametralladora pequeña de gran poder de fuego. La caja había sido descubierta en un sitio eriazo de la ciudad gracias a una denuncia anónima.

Brulé guardó el resto de los recortes y dejó sobre la mesa la noticia del hallazgo, posteriormente envió a Suzuki a continuar su labor desde el Centro de Llamados de la calle Esmeralda, lo que le permitió comunicarse con *El Mercurio*.

Tenía que hablar con Pepe Gutiérrez, el viejo periodista encargado de la página policial. Don Pepe frisaba los setenta años, tenía un físico esmirriado, un bigote grueso y negro, y una voz gangosa por el exceso de cigarro. Desde hacía decenios seguía el acontecer policial de la región y pocos sabían tanto como él en materia.

—Tienes suerte, Cayetano —exclamó Gutiérrez al otro lado de la línea—, hoy aparecí temprano por la redacción porque en la tarde me voy de vacaciones a Los Andes. El clima de la costa me tiene por las cuerdas.

Brulé mencionó el asunto de las armas, del cual el periodista se acordaba, pues la nota había salido de su pluma. Le aclaró al detective, sin embargo, que la investigación policial no había conducido al esclarecimiento del caso.

—Hace poco hablé con el inspector Molina, a cargo del asunto —precisó Gutiérrez tosiendo—, me dijo que la cosa duerme, pues no hay pistas. Se trataba de un contrabando, alguien dejó una caja supuestamente de herramientas en un sitio

eriazos para que un cómplice la retirase, pero el asunto falló.

—¿Por qué falló?

—Un soplo.

—No es muy usual que una operación de esta dimensión fracase por un soplo. ¿O me equivoco?

—Así es —replicó.

—¿Cómo fue el soplo?

—A través del teléfono. Directo a Investigaciones.

Brulé se mordió los labios mientras se afilaba los bigotes.

Preguntó:

—¿No recuerdas ajustes de cuentas en el hampa que pudiesen asociarse al caso?

Silencio. Seguro que Gutiérrez estaba aspirando de su cigarrillo. Brulé optó por extraer uno. Al otro lado el periodista tosía seca y reposadamente, con el mismo estilo sosegado con que hablaba y escribía sus notas. Así va a morir también, con la tranquilidad propia de un esquimal desahuciado, pensó el detective.

—No, no recuerdo nada de eso en relación con ese hallazgo. La pista se perdió.

—Dime, Pepe —continuó Brulé, jugando ahora con la llamita del fósforo antes de encender el Lucky Strike—, con respecto a ese tipo de armas, ¿no son precisamente las que usan delincuentes comunes, no es cierto?

—Mira, Cayetano —replicó el otro tras aclarar su garganta—, la subametralladora Escorpión no es broma, es un arma que utilizan terroristas y asesinos profesionales en Europa. Con la china y la checa pasa lo mismo. Bueno, son armas mortíferas, pero nadie las compra para intimidar o disparar al aire. Son armas en el sentido más completo de la palabra: hechas para asesinar.

Poco después de almuerzo, Suzuki finalizó su labor de consulta con las empresas alemanas, e informó a Cayetano Brulé.

Tres de las empresas, dos de Berlín y la de Magdeburgo, no habían respondido a los llamados, y la de Rostock tenía en funcionamiento un contestador automático. Las nueve restantes estaban dirigidas por hombres: tres alemanes, cuatro chilenos, un panameño y un guatemalteco.

Brulé, afilándose los bigotes, ordenó a su ayudante pasar a máquina la lista de las empresas con sus representantes. Llamó a Maturana y le pidió que le devolviera la llamada desde un teléfono público.

El timbrado de Maturana llegó quince minutos más tarde, desde la estación Universidad de Chile del Metro.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—¿Tienes todavía buen contacto con Torres, de la policía de inmigración? —preguntó a su vez Brulé, mientras Suzuki escribía a máquina en el otro costado de su escritorio.

Maturana respondió afirmativamente.

—Te voy a enviar por fax una lista de representantes extranjeros de empresas alemanas —continuó el detective—, me interesaría que tu compadre consiga los datos personales y la dirección de esas personas. Además van los nombres de cuatro compatriotas, a lo mejor logra también ubicar datos sobre ellos. Es importante.

—Entiendo.

—Fuera de eso necesito los nombres de los representantes en Santiago de las firmas Interex, Technocommerz y Maschinenbau Leipzig.

—¿Cuánto? —preguntó la voz al otro lado de la línea.

—Ahora mismo.

—No cuándo, sino con cuánto nos harás cariño —corrigió Maturana.

Brulé lanzó una carcajada.

—Suzukito se encargará de prepararles una buena combinación en Valparaíso cuando vengán —exclamó guiñándole un ojo a su asistente, que había dejado de teclear.

—No te preocupes. Mañana nos vemos, ¿o no?

—Mañana necesito los datos, son claves para lo que tengo entre manos, en un par de minutos te puedo enviar el fax. ¿Hay fax en ese lugar?

—Estoy en un centro de llamados —precisó Maturana y dictó el número.

Tarde volvió Suzuki al Paseo Gervasoni. Olía a camarones al ajillo en toda la cuadra. Como cada noche, los clientes ya se habían apoderado de los balcones del Café Turri y entre murmullos y carcajadas apuraban un aperitivo a la luz de las velas.

—Cuando aclaremos el caso, voy a darme el lujo de venir con la Madame a este local —pensó el ayudante del detective aspirando profundo un olor a carnes asadas que le alcanzaba ahora.

El sol se había sumergido en el Pacífico, silenciando a los zorzales y pintando de colores rojizos las casas aferradas a los cerros. La brisa perseguía unas nubes que navegaban hacia el oeste.

Suzuki había acompañado a Madame Eloise a conversar con el patrón de la lancha del muelle Prat, quien había desconfiado del sorpresivo interés mostrado por los visitantes por algo acaecido meses atrás.

Premunidos de botellas de cerveza, el detective y su asistente tomaron asiento en las sillas de mimbre del balcón que se abría a la ciudad. A esa hora todavía ascendía el perfume de azaleas y claveles confundido con un fuerte olor a algas.

—El hombre se chupó —dijo Suzuki— y se enredó en versiones contradictorias.

—¿Y qué sacaste en limpio?

—Don Jacinto dice que él tuvo en su embarcación el año pasado un par de cajas de herramientas, como la que fue descubierta posteriormente por Investigaciones en Playa Ancha conteniendo armas. Cree que el hallazgo se debió al soplo de alguien.

Brulé colocó la botella de cerveza en el piso, junto a sus pies, y preguntó molesto:

—¿Y por qué habla ahora de eso?

—No quería hablar. Tiene miedo, pero está picado.

—¿Por qué?

—No le gustó que lo engañaran. Le habían dicho que se trataba de herramientas. Si hubiese sabido que eran armas, se habría negado.

—O habría cobrado más caro.

Un buque pitó en la bahía.

Brulé bebió directamente de la botella, eructó e insistió:

—Pero ¿por qué afirmó hace un tiempo que Cristián podía haber sido asesinado por contrabandistas de armas?

—Nunca dijo eso, según aclaró —prosiguió Suzuki—, lo único que él afirmó es que alguien tenía que ser ajusticiado por la delación, y que cada vez que hay un crimen inexplicable, es posible que sea el ajuste de cuentas pendientes.

—¿Y eso fue lo que le dijo a tu mujercita en la borrachera?

—Es claro que cambió la versión ahora. Tiene sentido. Tiene miedo.

—¿Y no le ofreciste algo a cambio?

Suzuki se encogió de hombros y bebió un sorbo largo, se pasó el dorso de la mano por los labios y agregó:

—El patrón nunca afirmó, dijo ahora, que Cristián haya sido asesinado por delator. Lo único que dijo fue que su muerte podía hallarse vinculada probablemente con ese hallazgo.

—¿Por qué?

—Dijo que los tipos encargados de recibir las cajas eran de buena familia y vestimenta cara, como Cristián.

—¿Y no reveló la identidad de esos tipos? —preguntó Brulé buscándose con la lengua uno de los colmillos.

Suzuki hizo un gesto de fastidio. Replicó:

—Jefecito, usted sabe que esas cosas son secretas en el medio, y que el hombre jamás las revelaría. Duraría lo que dura un pastelito en la puerta de una escuela.

—¿Se acuerda el patrón cuándo cargó las cajas?

—Dice que a mediados del año pasado, unas tres semanas antes del hallazgo de la caja en Playa Ancha.

—¿Cuántas llevaba?

—Muchas, pero no quiso dar el número exacto.

—¿Y de dónde a dónde llevó las cajas?

El ayudante volvió a encogerse de hombros y lanzó un suspiro.

—Déjese de preguntas tontas, jefecito, usted sabe que en este ambiente reina la ley del silencio. Dese por contento con la explicación del patrón, de ahí no lo va a sacar, ¿no ve que corre peligro la vida de él, la mía y la de Madame Eloise?

Escogieron una mesita oculta detrás de un pilar en el restaurante del City, en la calle Compañía. Estaba desocupado a esa hora, y a través de sus ventanales se filtraba implacable la resolana. Ordenaron el menú del día.

Maturana, vistiendo un terno café a rayas y una corbata de flores manchada de aceite, había cumplido íntegramente el pedido de Cayetano Brulé, y disfrutaba ahora con satisfacción el *pisco sour* que habían ordenado de aperitivo.

—Aquí está la lista con los nombres, las edades, la nacionalidad y las direcciones de los representantes de las empresas —dijo Maturana extrayendo del bolsillo interior de su chaqueta una hoja de papel impresa en computadora.

La chaqueta le quedaba estrecha, como si Maturana hubiese engordado en exceso desde su compra, mientras que las solapas revelaban que el traje había experimentado su época de esplendor hacía un decenio.

Brulé desdobló el papel, aplanó la hoja para leerla sobre la mesa y encendió un cigarrillo. El funcionario disfrutaba el interés despertado por la lista, y de vez en cuando lanzaba una mirada de reojo por el local, lo que solo servía para confundir a los garzones, reunidos a la entrada a la espera de clientes.

De las doce empresas, cuatro eran representadas por chilenos, seis por alemanes, una por un panameño y la última por un guatemalteco. Ocho ejecutivos vivían en Las Condes, dos en Santiago centro y los dos restantes en Lo Curro.

—Y aquí tienes una fotocopia de los retratos de los personajes —agregó Maturana haciendo resbalar otra hoja sobre el mantel blanco.

Era una fotocopia borrosa.

Las fotos nunca salen bien en una fotocopia, pensó Brulé. La dobló en cuatro y se la guardó en el bolsillo interior. Luego elevó su copa de *pisco sour* y dijo:

—Buen trabajo.

Bebieron en silencio.

Brulé volvió a examinar el documento.

Lo más importante ahora para Brulé era la edad de los integrantes de la lista. Consideraba que los hombres claves eran los que andaban entre los cuarenta y cincuenta años. Si aplicaba este criterio de exclusión, quedaban cuatro, el resto superaba con creces los cincuenta, e incluso dos tenían más de sesenta.

El mozo trajo el menú del día: comenzaba con una sopa de arvejas, que sería seguida por un pollo al *cognac*. Todo acompañado de medio litro de tinto de la casa.

Con la servilleta el detective se desprendió la espuma del *pisco sour* que colgaba de su bigote. Carraspeó, se ordenó hacia atrás los cabellos lacios y continuó:

—¿Estas empresas eran empresas de la desaparecida Alemania oriental, o no?

Maturana sacudió la cabeza saboreando la sopa de arvejas. Tenía un resabio ácido

que le agradaba.

—Mira, ninguna de esas empresas funcionaba —afirmó— cuando existía la República Democrática Alemana, pero siete de ellas pertenecían al estado germano-oriental.

—No entiendo —dijo Brulé apoyando la cuchara en un borde del plato—. ¿Son todas de la época post-socialista?

—Las siete de que te hablo son refundaciones, ¿entiendes? Fueron inscritas en Chile como sociedades nuevas, pero en la práctica solo cambiaron de nombre, porque en el pasado representaban a las empresas estatales de Alemania oriental.

—¿Y por qué cambiaron de nombre?

—Muy sencillo, sus casas matrices fueron privatizadas en la parte oriental de Alemania, con lo que cambiaron de nombre, y sus representaciones en el mundo también cambiaron posiblemente de nombre, aunque siguen dedicadas a las mismas operaciones.

Brulé partió la hallulla y se introdujo un trozo en la boca.

—¿Eso significa que sus representantes son comunistas?

—No necesariamente —repuso Maturana. Tenía unos labios finos y colorados, y unos ojillos pícaros—. En la era comunista, los representantes eran del partido gobernante o de su confianza, pero tras la privatización de las empresas, los representantes no son necesariamente los mismos de antes, con lo que sus representantes actuales pueden no ser comunistas.

Brulé trató de ordenar mentalmente lo que le decían.

—¿Todas las empresas germano-orientales privatizadas pasaron a manos de empresarios occidentales? —preguntó.

Maturana negó con la cabeza. La cuchara quedó a medio camino entre su boca y el plato.

—No, hay grupos de excomunistas germano-orientales que compraron las empresas, y las siguen dirigiendo como grupo privado en una sociedad ahora de libre mercado. ¿Entiendes?

Brulé asintió.

—¿Y las otras cinco? —preguntó.

Maturana descubrió que había agregado una mancha adicional a la colección de su corbata. Optó por colocarse una servilleta de papel al cuello, ahora tenía aire de escolar desorientado. Después de maldecir la sopa de arvejas, dijo:

—Las otras cinco son empresas nuevas, de reciente inscripción en Chile. Me imagino que antes, cuando pertenecían al estado comunista, no negociaban con Chile, y que ahora, tras la privatización, se abrieron a nuevos mercados.

—Dime, entonces, bajo el régimen de Pinochet ¿existían relaciones comerciales con Alemania oriental?

—Pero claro —afirmó Maturana junto con terminar su sopa y limpiarse los labios—, había mucho intercambio comercial, pese a que políticamente las relaciones

andaban por el suelo.

El mozo trajo los pollos al *cognac* y se alejó llevando los platos soperos. Una que otra mesa comenzaba a ser ocupada por oficinistas y empleados públicos que almorzaban bajo la presión del escaso tiempo de que disponían en su pausa de mediodía.

Brulé echó otro vistazo a la lista. Los cuatro que contaban con alrededor de cuarenta años, y que por lo mismo le interesaban, eran un alemán que representaba a una empresa de Dresde, otro que estaba a la cabeza de una de Berlín Este, el panameño, que también dirigía una firma de la misma ciudad, y el guatemalteco, a cargo de una empresa de Leipzig.

—Pero ahora dime, ¿qué te traes entre manos? —preguntó el funcionario.

—No te lo puedo decir, pero tú y Torres pueden contar con un buen *weekend* cuando vayan a Valparaíso —afirmó Brulé soltando una carcajada maliciosa—, de eso me encargaré yo personalmente.

—Mejor que no —rebatía Maturana preocupado.

Suzuki llegó a las seis de la mañana a la casa de Cayetano Brulé. Venía entumido de frío en su parca verde. El amanecer prometía un cielo sin nubes y las grúas seguían moviendo contenedores en el puerto.

La noche anterior, tras retornar de Santiago, el detective había llamado a su asistente al Kamikaze, ordenándole presentarse al día siguiente en el Paseo Gervasoni para que viajaran a la capital.

Se instalaron junto a la mesita de la cocina, sobre la que descansaban un tarro de Nescafé, un azucarero y una minúscula cámara de video. Brulé tostó unas hallullas añejas. La leche estaba a punto de hervir en una negruzca ollita de aluminio.

—¿Y esta elegancia, jefecito? —preguntó Suzuki apuntando a la cámara.

—La compré con cargo a la investigación. Ya te enseñaré a manejarla. No me costó nada aprender.

Llenó dos tazones con leche y los colocó sobre la mesita. Después sirvió las hallullas.

—Menos me costará a mí, que soy japonés, como la cámara, jefe —dijo Suzuki sentándose.

—Apúrate, que tenemos que viajar y déjate de fanfarronadas —ordenó el detective dando un mordisco al pan seco.

—¿A Santiago los boletos? —preguntó Suzuki.

Su hallulla presentaba un aspecto deplorable.

—Es un día decisivo —anunció Brulé echando cuatro cucharadas de azúcar—, pero no me pidas que te explique. Ahora nos vamos a Santiago a vigilar a un par de pájaros que me interesan.

Acto seguido le entregó a Suzuki una hoja en que había anotado los nombres de dos de los cuatro representantes que quería chequear, así como una deficiente fotocopia de sus retratos y las direcciones de sus residencias y oficinas.

—En cuanto lleguemos a Santiago —indicó—, tú te vas a la residencia de Teodor Schmidt, que vive en Vitacura a la altura de Luis Carrera. Debes filmarlo sin que se dé cuenta. Para eso llevarás mi bolsón deportivo, en el que ocultarás la cámara.

El bolsón estaba en el suelo. Junto a él se había echado Esperanza a dormir.

—Después de Schmidt —agregó Brulé—, te vas a la oficina de Technocommerz, en Huérfanos 995, tercer piso. Allí tienes que esperar a Albert Kollmann, que arribará, como buen gerente, cerca de las nueve de la mañana. Allí harás lo mismo.

Suzuki mordisqueó la hallulla y la hizo bajar con un sorbo de leche. Al menos esta estaba caliente.

—¿Y usted qué va a hacer mientras tanto en Santiago? —preguntó calentándose las manos con el tazón.

—Voy a chequear a otros dos pájaros similares.

—¿Son peligrosos? —preguntó inquieto Suzuki.

—No creo, pero fílmalos con disimulo, la cámara tiene un zoom fantástico.

Abandonaron la casa a las seis y media y alcanzaron a duras penas el terminal rodoviario con el Lada.

—Cuando Kustermann me pague, te voy a regalar esta porquería y me voy a comprar un Chevrolet 1959, que autos como esos ya no se fabrican —se juró el detective mientras intentaba destrabar la manilla de su puerta para abandonar el vehículo.

Avanzaron pegados a las rejas del Congreso Nacional, cruzaron a toda carrera la avenida Pedro Montt, donde aún dormían profundamente los hoyos de la calzada, y alcanzaron la boletería.

—Tendrás doble oportunidad para observar a los pájaros —precisó Brulé mientras se acomodaba en el bus—, por la mañana, cuando vayan a sus trabajos, y a mediodía. Creo que Schmidt y Kollmann hacen pausa cerca de la una y media. No puedes fallar. El que se desocupe, vuelve a mi casa. La llave está, como siempre, debajo del felpudo.

A las 8.12 Cayetano Brulé bajó del bus interurbano en la estación Ecuador. Su ayudante siguió hasta el terminal. En el metro se agolpaba un mar de gente dispuesta a desplazarse al oriente de Santiago. Tras quince minutos de viaje, el detective se bajó del tren en la estación Santa Lucía.

Afloró a la mañana bulliciosa, enrarecida y amarillenta, y se encaminó por Miraflores en dirección al Parque Forestal. Se detuvo dos cuadras más allá de la Biblioteca Nacional, allí donde Santiago intentó en una época parecerse a París. Un río interminable de vehículos surcaba a toda velocidad huyendo de la Alameda.

Se detuvo frente al número 287, que era la entrada estrecha a un edificio de departamentos tan gris y anónimo como un barco de guerra. Una puerta de gruesos barrotes oxidados impedía el acceso, y al fondo vio a un conserje en impecable uniforme, oropeles y gorra azul sentado a un escritorio sobre el que descansaban un teléfono negro, un tazón humeante y un par de croissants. Hojeaba *Le Monde*.

Brulé reparó en que el edificio carecía de estacionamiento propio y de otra salida, por lo que Rodrigo Montero, el panameño, solo podría abandonar su vivienda por la puerta que ahora vigilaba.

Echó una mirada sobre su reloj. Eran las 8.35. German Eximport, la oficina de Montero, estaba en Esmerada entre Miraflores y Mac-Iver, frente al Colegio Médico, a solo tres cuadras de la residencia. Esto hacía muy probable que Montero se hallara aún en casa, pues si usualmente las empresas abren a las 8.30, sus ejecutivos llegan a ellas algo más tarde, pensó el detective.

Alcanzó la esquina próxima, desde donde divisó una cabina telefónica. Nervioso apuró el tranco hacia ella, consultó la guía y encontró el nombre del panameño. Su mano cazó una esquivada moneda de cincuenta pesos que bailaba en el bolsillo del pantalón. Las otras seguramente se habían caído en el bus a través de la costura descosida. Tendría que dejar de andar con las manos en los bolsillos, o de guardar dinero en ellos o de viajar en bus, pensó. Introdujo la moneda en el aparato y marcó el número.

Una voz femenina respondió al otro lado. Brulé dijo ser el señor González y preguntó por Montero.

—Aguarde —respondió la mujer.

Escuchó que sus pasos se alejaban del aparato por un piso de madera.

—¡Monitooo! —gritó la voz con tono estridente—. ¡Te aguardan en el teléfono!

Era todo lo que necesitaba. Colgó y volvió a apostarse en las cercanías del edificio, parapetándose detrás de un kiosco de diarios, junto a un perro que dormitaba sobre unos cartones.

Compró una cajetilla de Lucky Strike, un *Condorito* y simuló esperar a alguien.

Con traje azul y corbata no llamaba la atención en aquel sector dominado por la clase media.

El perro despertó al rato entusiasmado, meneó la cola y se dirigió con aire de buenas pulgas hacia el detective. Le olió los zapatos y luego el ruedo del pantalón.

—El perfume de Esperanza —maldijo Brulé.

El quiltro seguía oliéndolo con insistencia y ahora trataba de abrazar con sus patas la pierna del detective.

—Le cayó bien al Washington —exclamó una voz de mujer desde las profundidades del kiosco—. Ahora lo va a perseguir hasta que me compre otro diario, patrón.

Brulé compró un *Qué Pasa*. El enamorado desapareció dentro del kiosco con la cola entre las patas. Brulé plegó las dos revistas y se limpió los pelos adheridos a su pantalón.

A las 8.48 un hombre de aspecto fornido y cabellera clara abandonó con un maletín diplomático el edificio. Era Montero. Tendría sus cuarenta años bien cuidados, vestía un traje oscuro, una camisa blanca con corbata verde y unos zapatos negros lustrados. Se encaminó en dirección al Parque Forestal.

Brulé lo siguió por la vereda opuesta, sobre la que caía el sol, haciendo reverberar el pavimento. Estuvo a punto de tropezar con un grifo, y después de hundir un pie en un cauce mal tapado.

Montero avanzaba a paso lento, como disfrutando el paseo pese al torrente de vehículos que circulaban a su favor. El detective aceleró el paso, atendiendo ahora a las irregularidades del camino, y lo adelantó por la vereda de enfrente con el ánimo de espiarlo desde otro ángulo.

A la altura de la calle Catedral ya lo había dejado atrás, y una cuadra más adelante le había sacado doscientos metros de ventaja, lo suficiente como para cruzar a su vereda con las revistas bajo el brazo, enrumbar hacia él y observarlo de frente.

Al intentar cruzar la calle, advirtió que el quiltro lo seguía nuevamente, esta vez a prudente distancia. Continuaba meneando la cola y con cara de grandes amigos. No había nadie más a quien pudiera seguir. Brulé temió que Montero se diera cuenta que lo espiaban.

—¡Vete p'al carajo, coño! —le ordenó al perro en su mejor estilo cubano.

El grito quedó ahogado por los ruidos de los motores, pero el quiltro entendió y optó por quedarse en la vereda, sin dejar de perseguir con la vista al detective.

Brulé emitió un resoplido de alivio, esperó a que terminara de pasar la avalancha vehicular y cruzó en dirección al panameño: tenía un rostro enjuto y ojos claros. Las líneas de su quijada revelaban a alguien poco amigo de la risa. Era muy alto, sobrepasaba probablemente el metro noventa.

El detective supo de inmediato que ese no podía ser el hombre que buscaba.

—Aquí se acabó lo que se daba, mi hermano —se dijo, tiró las revistas a un tarro de basura y volvió a toda prisa a la Alameda, para alcanzar la estación Santa Lucía.

Con ojos tristes el quiltro lo vio sumergirse en el submundo de los humanos.

Minutos más tarde salió a la superficie en estación La Moneda, en medio de una muchedumbre que ascendía peinada, ordenada y silenciosa. Se devolvió unos metros y se encaminó por Teatinos avanzando en dirección al Mapocho. Una muchacha, con aspecto de estudiante, le pidió monedas para cigarrillos.

—Me las quita la CTC —replicó y siguió su marcha.

Pasó por un costado del Palacio de Gobierno, dejó atrás la Plaza de la Constitución, a esa hora despejada y hospitalaria en medio del tránsito intenso, y alcanzó, cinco cuadras más abajo, el hotel Cervantes.

Frente a él se encontraba el edificio. Era una construcción sólida y gris, como la mayoría de las del centro, y en sus siete pisos se albergaban varias oficinas.

Franqueó sin problemas la puerta y buscó en la obligada placa de bronce el nombre de «Maschinenbau».

Se hallaba en el tercer piso. Podía acceder hasta allí a través de un ascensor de jaula antiguo, que gemía como un animal herido cada vez que se ponía en marcha.

Optó por las escaleras. Reinaba una semipenumbra odiosa. Un eco lúgubre devolvía sus pasos y la tos de alguien. Maschinenbau estaba en el tercer piso, al final del pasillo, detrás de una puerta con placa de bronce y ojo mágico.

Oprimió el timbre, que activó un gong lejano. Esperó. Hasta ese rincón húmedo y con olor a encierro no alcanzaba el rumor de la ciudad.

Un bigote al que se había adherido un hombre joven abrió la puerta. Vestía terno y camisa blanca sin corbata.

—¿Esto es Maschinenbau? —preguntó el detective.

—Adelante —dijo una voz detrás de la frondosidad negra.

Brulé entró a un pasillo sobre cuya alfombra desgastada caía perpendicularmente la luz del sol. La voz lo invitó a pasar a una minúscula sala de espera con bancas adosadas a las paredes y una mesa de centro, sobre la que dormían revistas técnicas alemanas.

—Tome asiento y espere un minuto por favor, la secretaria ya llegará —dijo el bigote con acento melodioso, dispuesto a abandonar la salita.

—Disculpe, me llamo Carlos Serrano —mintió Brulé— y lo único que necesito es algo de información sobre el tipo de maquinaria que importan. Un par de folletos me ayudaría.

—Mucho gusto, señor. Epaminondas Correa para servirle —precisó el bigote ofreciendo su mano izquierda—. Si me permite, doña Carmen, la secretaria, llegará ahorita. Ella le atenderá.

En ese instante Brulé reparó en que el representante de Maschinenbau en Chile era manco.

—No se preocupe, puedo volver más tarde.

—Como usted desee, señor Serrano —replicó el guatemalteco—. Platicamos más tarde, y espero me disculpe, pero estoy atendiendo a unos clientes del sur.

Y abandonó la sala de espera.

Suzuki arribó a la casa de Cayetano Brulé poco después de las nueve de la noche. El detective miraba las noticias desde su sillón, decepcionado con el seguimiento de los representantes. Esperanza dormía a sus pies.

Ni Montero, ni Correa eran el hombre que buscaba. Solo le quedaba confiar en que el eslabón perdido fuese uno de los hombres seguidos por su ayudante.

—Filmé a ambos —dijo este extrayendo la cámara de video del bolsón deportivo.

Brulé reaccionó como impulsado por un resorte, arrebató el aparato a Suzuki y lo conectó al televisor. Luego devolvió la pequeña cinta hasta su inicio, oprimió el botón de funcionamiento y en la pantalla apareció un *bungalow* cercado por una reja de hierro de regular altura. A un costado de la casa, bajo un porche, se veía estacionado un BMW 520 de color blanco.

—Fue fácil filmar la casa de Schmidt, en la avenida Vitacura, porque está frente al paradero de micros, donde espera mucha gente y hay un kiosco de diarios —comentó Suzuki.

Brulé volvió a su sillón y cruzó las piernas. Andaba descalzo.

Buses que circulaban a gran velocidad por la avenida taparon por unos segundos la casa. Con los automóviles no había problema desde la perspectiva de Suzuki.

—Ahí sale —agregó el ayudante—, parece que quien lo acompaña es su hija.

El zoom fue enfocando gradualmente a Schmidt, quien se detuvo a media distancia entre la puerta de casa y el BMW. La niña —una rubiecita de no más de cinco años— se había devuelto con su maletín al interior de la vivienda.

Schmidt permanecía de frente a la calle, observando el paso de los automóviles. Luego había tratado de abrir el candado que cerraba el portón de la entrada de automóviles.

—¿Es a él a quien busca? —preguntó el ayudante.

Era un hombre extremadamente gordo, de anteojos gruesos y pelo rubio y liso. Caminaba con cierta dificultad, como si sus muslos le impidieran el movimiento de las piernas. Vestía un traje gris, camisa blanca y una corbata oscura.

Tras abrir las alas del portón, entró a la vivienda y volvió trayendo de la mano a la niña. Ella vestía una falda de jeans y polera de colores, y en sus movimientos había dulzura.

Brulé soltó un resoplido meneando la cabeza descorazonado.

—Pasemos al otro —sugirió.

Se acercó a la cámara y aceleró el paso de la cinta sin dejar de observar la pantalla, por la que ahora transitaban buses y gente en una marcha enloquecida.

—Pare, pare, jefecito —ordenó Suzuki—, que ahí estoy ya frente a la casa de Kollmann. Es mediodía.

La pantalla mostraba ahora una casa de dos pisos detrás de una reja alta, rodeada por un césped bien cuidado. A lo largo de la reja crecían rosales y a un costado, casi oculto por la casa, se levantaba un garaje para dos vehículos.

Suzuki se había ubicado adecuadamente, en la acera de enfrente, junto a un árbol. De vez en cuando buses y camiones obstaculizaban la visión.

—¿Y no lo filmaste antes de que llegara a su trabajo? —preguntó Brulé impaciente, volviendo a acomodarse en su sillón.

—Lo esperé, pero o se me pasó o nunca llegó. Cerca de las once de la mañana llamé a su casa y pregunté a qué hora lo podría encontrar. La empleada me dijo que el caballero llegaba a almorzar cerca de la una de la tarde. Me instalé frente a su casa, en una parada, como usted ve.

—Buena idea —masculló Brulé encendiendo un cigarrillo.

—No se olvide de mí, jefe.

Brulé le alargó un cigarrillo suelto.

Una furgoneta de reparto de flores se detuvo delante de la casa. Se bajó un joven vistiendo un buzo, descargó un par de gomeros en maceteros y cruzó rápidamente la calle en dirección a la cámara.

—Falsa alarma —comentó Suzuki mientras encendía el cigarrillo—. Hubo dos más, eran vehículos que se detuvieron frente a la casa, pero que no tenían nada que ver con ella.

Más adelante un automóvil japonés se estacionó ante la residencia. Una atractiva mujer de pantalones estrechos bajó del vehículo solo para cerciorarse si la puerta del maletero estaba correctamente cerrada.

Al rato, otro corte mostraba a una mujer y a un niño aguardando delante de la casa. Daban la espalda a la vivienda, esperaban que alguien los pasara a buscar. Un automóvil gris norteamericano se detuvo unos segundos y los llevó.

—Ahora sí, jefe —anunció Suzuki.

El corte se iniciaba con retraso. Al parecer Suzuki se había distraído y había reparado tardíamente en la presencia del Mercedes Benz 230 azul ya detenido ante el portón. El zoom avanzó rápidamente sobre el vehículo. Viajaba en él solo una persona.

La puerta delantera del automóvil se abrió y emergió un hombre alto de aspecto atlético y pelo negro, que escondió su rostro bajo anteojos de sol. Avanzó hacia el portón de espaldas a la cámara, manipuló la chapa y luego empujó la puerta sobre las correderas. Tendría unos cuarenta y cinco años.

Brulé salió expulsado del sillón, lo que hizo estremecerse a Esperanza, y se abalanzó sobre la cámara. Oprimió el botón «reverse» y volvió a observar la escena desde la aparición del Mercedes, esta vez en cámara lenta.

—Observa bien, Suzukito —advirtió sin alejarse de la pantalla. Aplastó el cigarrillo contra el cenicero que tenía en el piso, cerca de la perrita.

El hombre volvió a descender del vehículo. Por unos instantes quedó de perfil

ante la cámara, sus entradas eran pronunciadas. Luego, al encaminarse hacia el portón, lo pudieron apreciar de espaldas. Era fornido. La cámara, gracias al zoom, se había instalado sobre la cabeza y los hombros del observado. Brulé paralizó la imagen.

—Mira —dijo a su ayudante, indicando la cabeza de Kollmann—. ¿Ves la tonsura? ¿No te parece algo extraño?

Suzuki observó con atención y luego meneó la cabeza.

—Se va a quedar pelado después que usted, jefecito.

—Si te fijas bien —continuó Brulé, apuntando a la imagen congelada—, verás que el cabello en torno a la tonsura tienen un resplandor claro, casi rubio, y que el resto del pelo es negro. Eso significa una sola cosa: que Kollmann es rubio y se tiñe el pelo de negro.

—Es cierto —exclamó Suzuki.

Brulé volvió a oprimir el botón de cámara lenta, y Kollmann continuó su marcha. Al acercarse al portón, se inclinó sobre la chapa, ubicada a la altura de su cintura. Después colocó sus manos sobre el marco del portón, haciéndolo desplazarse sobre el riel. El detective detuvo la imagen y preguntó:

—¿Ves algo interesante?

—Nada, jefecito. No sé.

—¿Ni en las manos de este tipo?

Suzuki observó por unos instantes las manos del hombre y luego agregó:

—Es aficionado a los anillos.

—Efectivamente, allí hay algo interesante —concluyó Brulé—. Mira, Kollmann es alemán y está casado, pero lleva la argolla en la mano izquierda, como los chilenos, lo que resulta raro.

—¿Los alemanes usan la argolla de matrimonio en la mano derecha?

—En efecto —precisó Brulé—. Es muy sintomático. No es fácil que la argolla calce indistintamente en ambos anulares. Kollmann se casó en Alemania hace años, según mi información.

—Jefecito, se está pasando.

—Pero eso no es todo —continuó el detective—. Observa ahora el anillo de su mano derecha. Pese a la distancia me atrevería a jurar que es idéntico a los que llevaban Cristián y Léniz.

El inspector Zamorano, de la Brigada de Homicidios de Valparaíso, era un hombre de armas tomar, pero prudente. Se había formado en el Liceo dos de Playa Ancha en la década del sesenta, y posteriormente, al no acceder a la universidad, se había especializado en la lucha contra delincuentes en Investigaciones, donde había ascendido meteóricamente durante el régimen militar.

Pero a partir de 1990 se había hecho doblemente prudente, temeroso de que los rumores en su contra adquirieran fuerza y se convirtieran en una investigación acuciosa de su pasado bajo el gobierno del general Pinochet. Numerosos expresos políticos lo identificaban como un hombre activo en la persecución y tortura de opositores a la dictadura en la región de Valparaíso.

De rostro pálido y flácido, dedos amarillentos y una voz avinagrada, Zamorano había participado en la persecución y hostigamiento de estudiantes universitarios, hacia los que sentía una indisimulada aversión.

Ahora, sentado bajo un reloj de péndulo adosado a la pared resquebrajada de la central de Investigaciones, el inspector se negaba tercamente a aceptar la empresa que Cayetano Brulé le ofrecía: jugárselas por entero para lograr en Santiago el allanamiento sin orden judicial de la residencia de Kollmann.

Eran las once de la mañana y Brulé llevaba tres tazas de café aguado y cinco cigarrillos tratando de convencer al inspector para que hiciese valer sus buenos oficios en favor de la operación.

—Haz tú mismo la denuncia al juzgado, si estás convencido de que lo que presumes es cierto —reiteró el inspector arremangándose la camisa blanca— y el Juzgado impartirá la orden de allanamiento. Es lo mismo.

—Te repito que no quiero que el trámite se prolongue o adquiriera cierto matiz público —dijo Brulé—, la cosa es demasiado delicada y mientras menos se enteren de ella, mejor, así nadie pasa el sople.

—Si es un delito in fraganti, juégatelas tú, cubano.

La conversación parecía ya enriellada en un círculo. El inspector, interesado en mantener un perfil bajo dentro de la institución, quería actuar solo sobre la base de la plena seguridad. Brulé, por su parte, temía que el trámite legal a través del juzgado atentara contra la eficacia de la acción.

La oficina de Zamorano era estrecha y olía a humedad, pero tenía una ventana alta que daba hacia las palmeras de la avenida Brasil, a través de la cual se filtraba el sol y se escapaba el humo de sus cigarrillos.

—Además, un pelo teñido y un anillo de jade negro no bastan para justificar una operación —dijo el inspector esbozando una sonrisa que dejó al desnudo sus dientes amarillentos y pequeños.

—Puedes estar seguro de que en la casa se encuentran numerosas cajas de armas idénticas a la que encontraron el año pasado. Son armas absolutamente letales.

—Córtala, por favor, Cayetano —exclamó el inspector uniendo sus manos como para rezar. Estaba agotado de la insistencia del detective privado—. No me vas a convencer, esa historia no tiene asidero. Al hijo de Kustermann lo mataron delincuentes comunes, y ahí se acaba el asunto. ¿Me quieres llevar a perder mi puesto metiéndome con gente que tiene casi estatus diplomático?

Brulé se puso de pie y se apoyó en el escritorio. Dijo con voz queda:

—Kollmann es chileno, y tiene pasaporte falso, elaborado por exagentes de la policía secreta germano-oriental.

El inspector soltó una risotada. Nuevamente afloraron los dientes. Y exclamó:

—¡Estás chiflado, completamente chiflado, estás viendo ahora historias de espías!

—No es una historia de espías —reclamó Brulé, tirando el pitillo al suelo—. Kollmann es en realidad chileno, es el capo del Frente y mandó a asesinar a Kustermann y a Léniz porque se oponían a continuar la lucha armada.

—¡Estás loco de remate, cubano!

Brulé volvió a sentarse en su silla, encendió otro Lucky Strike y miró fijamente a Zamorano, que se había arrellanado en el desgastado sillón institucional. Su rostro crispado delataba que estaba pronto a expulsarlo de su oficina. El detective aspiró profundamente y dijo:

—Tienes al principal movimiento terrorista del país en tus manos y te niegas a actuar. Pero también tienes tu carrera en tus manos.

Durante unos segundos, Zamorano aguantó desafiante la mirada de Brulé, y luego posó sus ojos sobre el escritorio en desorden.

—¿Qué quieres decir? —preguntó cogiendo un lápiz.

—Muy simple —replicó Brulé, convencido de que el inspector había entendido—, si logras el allanamiento, vas a agarrar al pez gordo y quedarás como un buen funcionario que lo único que ha hecho es servir a cada gobierno con la eficiencia que le exige la ley...

—¿Y si me niego?

Brulé echó una gran bocanada de humo por la boca, que siguió con la vista hasta que se deshizo en dirección a las palmeras. Se atusó el bigote y paseó la mano sobre los largos mechones de pelo ralo. Agregó tranquilamente al rato:

—Tengo contactos con varias personas del ambiente intelectual de la región, que te pueden comprometer si se acuerdan ante los periodistas de sus experiencias como detenido por la institución hace un par de años.

—Eres un...

—No yo, tú —replicó Brulé levantándose con una sonrisa—, pero tienes la elección. Llámame a casa si cambias de parecer.

A la madrugada siguiente un grupo de agentes de Investigaciones fuertemente armados, provistos de chalecos antibalas y respaldados por carabineros, rodearon la casa de Albert Kollmann. Segundos más tarde, envueltos en la bruma y el silencio de esa hora, sortearon su reja por diversos puntos, y descerrajaron la puerta de la vivienda.

Cayetano Brulé, Suzuki, Zamorano y el inspector Ramírez, de la comuna y a cargo de la operación, ingresaron detrás de un piquete de agentes al living de la magnífica residencia y se parapetaron entre la chimenea y un sofá.

Siete hombres subieron sigilosamente la escalera alfombrada, mientras el resto se repartía por las habitaciones del primer piso, el jardín y el garaje.

Era una gran casona de estilo europeo de los años sesenta: vigas de alerce a la vista, piso de madera, lámparas de lagrimones, un sofisticado equipo de música estereofónica y cuadros caribeños. En una esquina Brulé detectó un discreto bar excelentemente surtido y pesados vasos de cristal de Baccarat.

Al rato los policías bajaron del segundo piso con Kollmann y una joven de cabello largo y liso envuelta en una bata. Era su mujer, una colombiana de Medellín, según los datos. Lloraba. Kollmann, que iba esposado, solo vestía el pantalón de pijama de seda.

—No hay nadie más arriba —informó el jefe del grupo a Ramírez mientras bajaban la escalera—. Encontramos además un arma.

—¡Esto es un abuso!, ¿qué sucede, señores? Voy a comunicarlo a la embajada —reclamó Kollmann en perfecto castellano al llegar al primer piso y quedar cara a cara con el inspector Ramírez—. Soy el representante para Chile de una gran empresa alemana. ¡Ya verán!

Ramírez no respondió. Optó por mirar brevemente al inspector Zamorano, quien se mantenía lívido, apoyado ahora contra la chimenea, como diciéndole este queso es tuyo. Un agente le pasó el arma, Ramírez la examinó y se la entregó a Zamorano.

—Es calibre 7.65, pistola china —comentó Zamorano mostrándosela a Brulé.

—¿Es que acaso está prohibido tener un arma en casa? —exclamó Kollmann.

Zamorano miró al detective.

—¿Y ahora? —musitó acobardado, con el rostro sudoroso.

—Ahora hay que examinar la pistola y hallar las cajas —indicó Brulé bajando la voz—. Tienen que estar en algún lugar. Ordena que se haga lo que te estoy diciendo.

Zamorano sacó fuerzas de flaqueza e hizo lo que le pedían.

—Y encuéntruelas. Sin ellas estamos perdidos —agregó con voz perentoria, para que Brulé lo escuchara.

El detective había abierto el bar y se estaba sirviendo un whisky triple.

—¿Qué hace usted en mi bar, sinvergüenza? —lo increpó Kollmann.

Un agente lo contuvo, dándole un codazo en el estómago.

—Déjate de abusos, cubano —gritó Zamorano. Luego se dirigió a la esposa de Kollmann—. ¿No quiere sentarse, señora?

Ella se ordenó el cabello y lanzó una mirada despectiva.

Brulé degustó un sorbo largo, y luego tomó asiento en un sillón de cuero. A decir verdad, no estaba plenamente seguro de que las cajas estuviesen en la casa, pero no creía que abusar del bar de Kollmann agravara su situación en caso de no confirmarse su sospecha inicial.

Mientras, los agentes, que parecían haberse multiplicado, pululaban por la casa buscando las cajas con armas.

—Zamorano, tómate un trago a cuenta del señor —propuso Brulé.

Ramírez volvió al rato del jardín con el rostro desenchajado y agitado. Llevó a un lado a Zamorano y le dijo algo en voz baja. Volvió a salir.

—En la que me metiste, cubano —gritó Zamorano, ya no le importaba que Kollmann lo escuchara—, ni en los entretechos hay cajas. Me liquidaste...

Se dejó caer sobre un sofá y aceptó el whisky brindado por Brulé.

Kollmann insistía en querer hablar con un abogado y exigía que permitieran que su esposa se vistiera. A los minutos volvió Ramírez. Dijo:

—Lo siento, inspector, no hay nada.

—¿Y ahora? —preguntó Zamorano volviendo unos ojos implorantes a Brulé.

El detective se puso de pie y ordenó a Ramírez que sus hombres removieran las alfombras, golpearan las paredes en busca de escondites y realizaran una operación rastrillo en el jardín para detectar si algo había sido enterrado allí recientemente.

Sabía que el tiempo corría en contra suya. Su suposición no se había ratificado. Por un instante añoró sus años de detective de maridos celosos y empresarios desconfiados, las charlas despreocupadas en los cafés de la calle Cochrane y las tardes de viento porteño en que sacaba a pasear a Esperanza. Le había faltado medida, cordura y prudencia. ¿Qué hacía ahora allí, sin orden judicial, el vaso de whisky en la mano, el dueño de casa esposado, la mujer a punto de sufrir un ataque de nervios y los agentes violentando cada rincón de ese hogar? Carraspeó.

Llegó la hora de los mameyes, se dijo paseándose la mano por la calva. Le sudaba. ¿La mano o la calva? La mano y la calva.

Entró a la cocina. Era amplia, de cerámica clara y los muebles relucían. Hornillas eléctricas, microondas, jugueras multiuso, pensó el detective. Abrió las portezuelas y golpeó los fondos de cada una de las divisiones. Unos agentes lo miraban atónitos.

Luego se dirigió a la puerta de la despensa, la abrió.

—Ya estuvimos ahí —dijo uno de los agentes.

El detective lo calzó con la mirada e ingresó a la despensa. Era una verdadera pieza, llena de anaqueles, en los que se encontraban conservas, detergentes, cajas y algunas verduras.

—Nada hay en esas cajas —afirmó alguien a sus espaldas.

También aquí comenzó a golpear con sus nudillos en las paredes. Dio la vuelta completa apoyándose en los anaqueles hasta terminar el control de la despensa, luego se detuvo en el umbral de la puerta, indicó hacia un costado y dijo:

—Muevan ese anaquel.

Allí se ocultaba la puerta. Cayetano Brulé destrabó un pestillo y abrió. Un vaho de humedad lo saludó desde la oscuridad. Bajo los haces de luz de las linternas de los agentes apareció una escalera estrecha, sinuosa, de peldaños de piedra, que conducían hacia un subterráneo.

Descendieron en silencio, siguiendo a Brulé. Soplaban una corriente fría. Alguien habló de murciélagos. Desembocaron en un pasadizo que llevaba a varias piezas sin ventanas. Pero estaban vacías, y sus pisos de tierra pulcramente barridos. Absolutamente vacías.

—Salvo esta —corrigió el detective empujando otra puerta de madera.

Adosadas a las paredes se amontonaban las cajas de herramientas. Serían una veintena, cada una de más de un metro de largo y cuarenta centímetros de ancho. Sus etiquetas hablaban de sierras, palas y taladros eléctricos. Estaban claveteadas.

—¡Ábranlas! —gritó Zamorano, que había recuperado la voz y el temple.

La orden, pronunciada detrás de Brulé, hizo que el detective se sobresaltara.

Varios agentes comenzaron a descerrajar las cajas. Brulé observó en silencio desde el umbral de la pieza. Apretó su cajetilla de Lucky Strike en el bolsillo. Podía palpar la agitación que flotaba en la semioscuridad.

—¡Son armas, armas nuevas, engrasadas aún! —exclamó de pronto uno de los agentes.

—Casi todas del Este —indicó otro, paseando el haz de su linterna por las cajas que se iban abriendo—. Pistolas 7.65, de China, CZ 75, subametralladoras Escorpión, de Checoslovaquia, y un par de Hechler und Koch MP5, de Alemania.

En otra de las cajas, cuidadosamente empacados, los agentes hallaron una fotocopidora japonesa e impresos del Frente. Además, un pequeño archivo con documentación y disquetes TDK, probablemente conteniendo información de la organización.

Kollmann apareció escoltado por dos agentes en el subterráneo. Alguien iluminó su rostro. Estaba deprimido y ojeroso.

—Silvio —dijo Brulé—, está acusado de liderazgo de grupo terrorista, tenencia ilegal de armas, ingreso al país con identidad falsa y también del homicidio de Cristián Kustermann y Samuel Léniz.

El rostro del detenido intentó una sonrisa descalificadora. Sus ojos vagaron incrédulos por el lugar. Se escuchaba el eco de los pasos de los agentes, de sus movimientos precisos y del descerrajamiento de las cajas. El hombre carraspeó y preguntó:

—¿Quién me delató?

—Cálmese —replicó Brulé—, usted mismo se delató.

El esposado fijó sus ojos en los de Brulé. Tenía huellas de viruela en el rostro y unos brazos musculosos, y sobre el pecho velludo una medallita de oro.

—Usted se delató cuando nombró a Cristián Kustermann antes de asesinarlo — agregó Brulé—. Fue clave para mí. No sé si lo hizo para asegurarse de que era él en aquella oficina apenas iluminada o para comunicarle las razones del «ajusticiamiento». No podía ser un crimen común si había nombre de por medio.

Brulé encendió tranquilamente un cigarrillo, aspiró profundo. Tenía una perspectiva cómoda. Estaba protegido por las semipenumbras y las linternas enfocaban al esposado. Continuó:

—Cristián lo nombró en su diario de vida poco antes del asesinato. Pese a su existencia misteriosa, usted dejó huellas, las suficientes como para que yo lo ubicara y supusiera que volvería a Chile cobijado por una empresa alemana.

—¿Cómo me ubicó aquí?

—Si no hubiese asesinado también a Léniz, nunca habría dado con usted — añadió Brulé—. Solo al ver el cadáver de Léniz descubrí que tenía el mismo anillo de Cristián Kustermann. Ahí sospeché que el jade simbolizaba una organización. ¿Usted olvidó que llevaba un anillo idéntico, hecho en Panamá?

El detenido echó un vistazo sobre sus manos y se percató de que llevaba el anillo desde hacía mucho. Un murmullo brotó de la oscuridad.

—Además, lleva su argolla matrimonial en la mano izquierda. Los alemanes la llevan en la derecha.

—¿Fue por eso? —preguntó el hombre cabizbajo, observando los anillos.

—Pero hay más, usted culpó a Kustermann del soplo que condujo a la policía a descubrir la caja con armamentos para el Frente en Valparaíso —puntualizó Brulé. Los demás escuchaban en derredor—. Era lo que necesitaba para condenar a muerte a Cristián.

Brulé hizo una pausa. Se atusó el bigote. Agregó:

—Después liquidó a Léniz porque este sospechaba que usted había tendido la trampa a Kustermann. Léniz podía volcar a su favor la dirección del movimiento y denunciarlo.

—No sé de qué habla —replicó el detenido, clavando sus ojos a la altura donde presumía que se hallaban los de Brulé.

—Sí sabe —insistió el detective—. Usted liquidó a los dos dirigentes del Frente porque ellos querían integrarse a la vida legal y pasar el movimiento a la vida política.

El esposado soltó un escupitajo que estuvo a punto de dar en un botín de Brulé.

—Pero a usted no le convenía —continuó este calculadamente—, porque la empresa que representa se dedica en realidad al comercio de armas. Es gente que está vendiendo las armas de la exseguridad del estado germano-oriental, de las cuales nadie tiene un inventario exacto. ¿Buen negocio, verdad? Son baratas, por lo tanto al alcance de los extremistas de lado y lado en el mundo.

El detective aspiró profundo, luego instaló el cigarrillo en una esquina de su boca e introdujo las manos en los bolsillos del pantalón. Así se quedó largo rato mirando al detenido. Después cogió el cigarrillo entre el índice y el pulgar, lo acarició un instante y lo tiró al suelo. La lumbre murió bajo su suela.

—Deseo ver a mi abogado —dijo el detenido.

—Pero lo que me convenció de que usted tenía que ser Silvio —agregó Brulé— fue que se tiñera el pelo. ¿Raro, no? Me pareció sintomático que un hombre se tiñera el pelo rubio, que abre tantas puertas en América Latina, y prefiriera el negro. Este hombre se esconde, me dije.

El detective hizo una nueva pausa en la que soltó una sonrisa agria. Se pasó una mano por sus cabellos ralos y la guardó después en el bolsillo del pantalón. Un agente se le acercó y le dijo algo al oído. Brulé bajó la vista.

—¿Sabe? —añadió levantando los ojos—. Todo indica que la pistola que hallamos en su velador es el arma con que asesinaron a Cristián Kustermann.

No esperó respuesta. Giró sobre sus talones, seguido de Suzuki, buscó el pasillo y subió los peldaños que conducían a la claridad de la cocina. Necesitaba un café bien cargado.



ROBERTO AMPUERO (n. en Valparaíso en 1953), ganó en 1993 el Premio de Novela de *El Mercurio* con *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* y se instaló de golpe en la primera fila de la nueva narrativa chilena. Desde entonces se han hecho en el país, en la colección Biblioteca del Sur, cinco ediciones, más dos en Alemania, donde fue traducida en 1994. La presente es la segunda edición en Planeta-Bolsillo.

Un éxito similar ha tenido *Boleros en La Habana*, de la que se publicaron tres ediciones en Biblioteca del Sur, más dos ediciones en Argentina y España. Ha sido traducida también al alemán.

La buena acogida a las historias del ya célebre investigador privado Cayetano Brulé, se repitió con *El alemán de Atacama*, publicada en 1996 en Biblioteca del Sur, de la que han aparecido ya cuatro ediciones en menos de tres años.